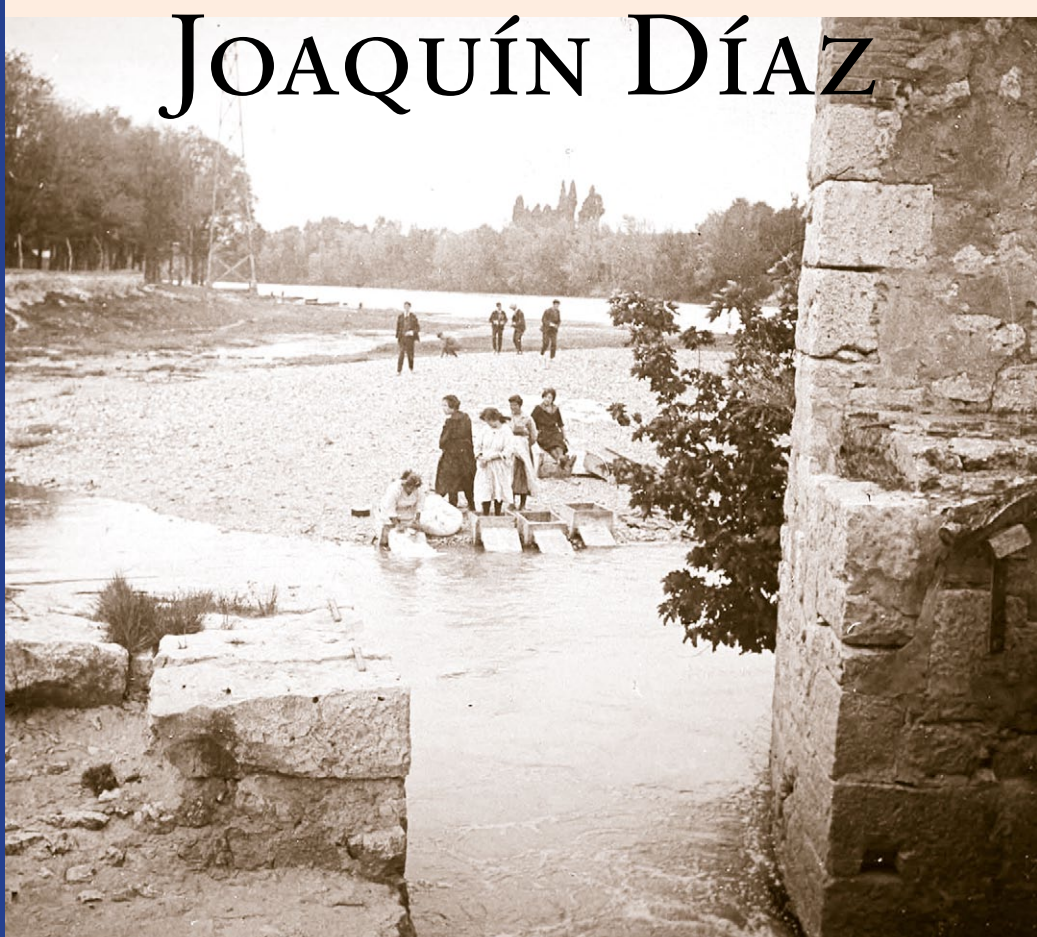


PASEANDO
POR LA
MEMORIA
VALLADOLID ANOTADO

JOAQUÍN DÍAZ



TÍTULO ORIGINAL:

Paseando por la memoria (2025)

© Joaquín Díaz

© Fotografías: sus autores y/o propietarios

© Prólogo: Jesús Urrea

© De esta edición: Fundación Joaquín Díaz y Ayuntamiento de Valladolid

Diseño y maquetación gráfica: Luis Vincent

DL VA 364-2025

ISBN 978-84-126425-9-9



Ayuntamiento de
Valladolid



JOAQUÍN DÍAZ nació en Zamora en 1947. Desde 1964 se dedicó a la interpretación y difusión de la música tradicional por medio de conciertos y conferencias. Al retirarse de los escenarios en 1974 trabajó en la creación de la Fundación que ahora lleva su nombre, en Uruña (Valladolid) con la colaboración de la Diputación de Valladolid. La actividad de la Fundación (en la que se enmarca la Cátedra de Estudios sobre la Tradición de la

Universidad de Valladolid), y más en particular la dirección de la Revista de Folklore, con más de 500 números, centran la relación de Joaquín Díaz con el mundo científico y académico. Editada desde 1980, la *Revista de Folklore*, se mantiene gracias a las colaboraciones científicas de más de 1000 especialistas. Ha escrito 70 libros sobre diversos temas de cultura oral y material y publicado más de ochenta discos sobre música hispánica tradicional. Entre los años 1964 y 1974, llevó a cabo conciertos en Universidades, Colegios Mayores, Ateneos e Instituciones de España, EE.UU., Alemania, Italia, Francia y Portugal y actuaciones en medios de comunicación (Radio y TV) en Europa, Asia y América. A toda esa actividad cabe añadir sus trabajos como director de cursos, jornadas y ciclos sobre cultura tradicional, además de las clases en Colegios, Universidades y Centros privados y públicos de enseñanza.



Foto: Francisco González San Agustín

Ha sido comisario de más de 50 exposiciones en toda España y organizado más de 30 simposios sobre literatura, arte, arquitectura popular y paisajismo. Es ciudadano de honor del Estado de Texas (1967) y Doctor Honoris Causa por el Saint Olaf College, de Minnesota (1985). Perteneció a la Real Academia de Bellas Artes de Valladolid, de la que fue Presidente durante 8 años. Premio Castilla y León de Ciencias Sociales y Humanidades en 1998 y catedrático honorario en la Cátedra de Estudios sobre la Tradición de la Universidad de Valladolid desde 1993. En el año 2002 recibió la Medalla de Oro al mérito en las Bellas Artes. En 2005, la Universidad de Valladolid le nombró Doctor Honoris Causa. En 2007, CIOFF (Consejo Internacional de Organizaciones de Festivales de Folklore) le nombró Socio de Honor. En 2008 la Academia de la Música le entregó el Premio a toda una vida. En 2012 la ciudad de Valladolid le hizo un homenaje en la Feria del Libro por sus aportaciones a la bibliografía en los campos de la Antropología y Etnografía. En 2014 la Diputación de Valladolid le entregó la Medalla de Oro de la Provincia. En 2021 la AIE (Asociación de Artistas y Ejecutantes de España) le concedió el galardón a toda una vida dedicada a la música y SGAE (Sociedad General de Autores) le entregó la llave de la Casa de los Autores por sus 50 años de trabajo en esta Sociedad. Los Premios Ceán Bermúdez acordaron concederle la mención a la divulgación y coleccionismo de grabados, que se entregó en la sala Goya de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Al cumplir 75 años se le hizo un homenaje desde el Ayuntamiento de Oviedo y la Junta General del Principado de Asturias, recordando sus raíces asturianas. En marzo de 2023 la Sociedad Geográfica Española le concedió el premio de Investigación. En mayo de 2025 el Ayuntamiento de Valladolid le nombró hijo predilecto de la ciudad.

Prólogo.....	5
Pisando fuerte.....	9
¿Estamos locos?	13
Todo fiel cristiano... ..	19
¿Mediador o licenciadillo?.....	25
Mucha vista.....	31
Un misionero en Castilla	37
Predicar y dar trigo: refranes para todos los gustos.....	43
Café para todos	47
El famoso Puente del Cubo	55
<i>Ars amica nostra</i>	61
Aventando... que es gerundio	67
La «Carmañola» en Valladolid	73
Programas teatrales vallisoletanos	79
¡Calle usted!.....	85
La guitarra del corregidor	91
Si vas a París papá... ..	97
Valladolid-París.....	103
El comercio en Valladolid. <i>Nec otium</i>	109
Condenados a entendernos.....	115
El campo de la verdad.....	121
Crímenes de libro	129
Juegos de niños.....	133
Un tranvía llamado deseo	139
De Cine	145
Una instantánea histórica	151
Larga vida al Círculo	155
Ya vienen los Reyes	161

PRÓLOGO

Prologar un trabajo de Joaquín Díaz González resulta cuanto menos comprometido pues siempre uno se quedará corto a la hora de sorprenderse, analizarle y admirarle. De cualquier cosa –es un decir–, sabe construir todo un mundo, abrir perspectivas nuevas o distintas, fijar la atención en asuntos inadvertidos, o fomentar la curiosidad.

Paseando por la memoria no es un ensayo, como podría hacernos creer su título, ni tampoco una novela. Los veintiséis pequeños estudios que ha elaborado su autor para esta ocasión reflejan la variedad del espectro temático que maneja solo en el campo de lo que simula ser anecdótico pero que, sin embargo, no lo es, debido a la densidad que esconde cada uno de ellos.

En realidad, la suma de esta nueva aportación a su extensa bibliografía constituye los mimbres de un armazón que se me antoja inabarcable si se quisiera concluir, aunque no creo sea esa la intención del autor. El mero repaso de los títulos que se suceden en el índice ya atrae la curiosidad, pues si algunos pocos permiten adivinar su contenido, en cambio la mayoría animan a desentrañar su argumento y todos, una vez leídos,

nos dejan con ganas de saber mucho más. Es como si quisiera dejarnos la miel en los labios, una auténtica provocación.

Son nuevas pinceladas, como otras muchas que ha aplicado Joaquín en su dilatada producción, siempre repleta de matices literarios, científicos, técnicos, o didácticos; aportando, enseñando, o divulgando, sin pausa y con pasión. Su entusiasmo acaba siendo contagioso. Además, en esta ocasión, incluye vivencias y recuerdos personales que permiten conocerle mejor y avivan las nuestras compartidas por coetáneas.

De esta forma, se aproxima al lector y le hace partícipe de la memoria de su infancia o juventud. Más que un «Valladolid anotado» como indica el subtítulo acaba siendo un «Valladolid recordado», para muchos seguramente desconocido, pero puesto en pie gracias a la habilidad de su narrativa histórica que nos permite disfrutarlo mejor.

Personajes, religiosidad popular, costumbres, refranes, paisajes urbanos, tradiciones, cafés, teatro, cine, música, comercio, tragedias, inventos y novedades, moda, sociedad, son algunos de los temas que se asoman por las páginas del libro, que debe ser leído con atención por todo aquel que se sienta vallisoletano o tenga aspiraciones de serlo, aunque su contenido solo sean fogonazos iluminados por el lenguaje de las palabras, el sentido común de las sabias reflexiones salpicado, muchas veces, de ironía y espíritu zumbón.

Joaquín, por favor, esperamos nuevos capítulos de esa enciclopedia de la vida pasada que tan bien manejas.

Jesús Urrea

PASEANDO
POR LA
MEMORIA
VALLADOLID ANOTADO

JOAQUÍN DÍAZ



Autorretrato de Christoff Weiditz, 1523

PISANDO FUERTE

Christoph (o Cristoffel) Weiditz fue un dibujante y acuarelista nacido en Estrasburgo que ejerció el oficio de platero. Precisamente en el viaje que hizo a España a fin de obtener la firma de Carlos V en un privilegio para la fabricación de medallas, pudo realizar los dibujos que constituyen uno de los primeros ejemplos conocidos de un libro de trajes españoles (1529). El tomo que contiene todas esas estampas fue donado al Museo Nacional Germánico de Nuremberg y consta de 154 hojas¹.

En muchos aspectos, es el siglo XVI la cumbre de una escalada artística y estética en la que toman parte y se implican diversos reinos de la Europa de la época. Lo que sucedía en la arquitectura, la música o la literatura no podía por menos que ocurrir en la indumentaria, y así, las primeras décadas de la centuria pueden considerarse como las mejores en técnica, diseño y resultado final de las telas. Ese apogeo de la industria textil se traduce en una abundancia de patrones, pero también en un recargamiento de detalles superfluos que lle-

¹ Ediciones Grial publicó un precioso facsímil con un estudio histórico-científico a cargo de José Luis Casado Soto, en 2001.

ga incluso a embrollar los dibujos y trazados. Como consecuencia de esa exuberancia, de ese gusto por lo recargado, se produce un uso exagerado del adorno por parte de oficiales y menestrales de costura, viéndose precisados los gobernantes a publicar pragmáticas que vendrían a actualizar otras ya dictadas antes. Se querían evitar gastos superfluos a quienes preferían vestir aparentemente bien antes incluso que comer, derivándose de esa actitud un desorden social y económico, pues era de todo punto descabellado que las gentes llanas quisieran engalanarse y usar el oro, la plata y los brocados con la misma prodigalidad que algunos nobles. Por eso las Cortes de Valladolid, con la excusa de que quienes se empobrecían de ese modo ya no podían contribuir a la Hacienda pública, suplicaron a su Majestad que acabase con esa nefasta costumbre. La respuesta del rey a esta demanda, que anunciaba una pragmática, fue de circunstancias².

Este es el ambiente que va a encontrar en España el mencionado Christoph Weiditz, que llega a nuestro país acompañando a Johannes Dantiscus, embajador del rey de Polonia y posteriormente obispo de Clelmno y de Warmia. Dantiscus, protector de Weiditz, intervino ante el Emperador Carlos para favorecer con sendos privilegios al joyero y grabador a quien comenzaban a incomodar las acusaciones de sus colegas, maestros plateros que le achacaban no haber justificado suficientemente su magisterio o incluso haber usado plata de calidad ínfima en sus medallas. La juventud de Weiditz en el momento del viaje a España con el séquito del embajador po-

2 Cortes de los antiguos reinos de León y de Castilla, publicadas por la Real Academia de la Historia, Tomo IV, p. 633. Madrid, Rivadeneyra, 1882.

laco que acompañaba al emperador, no le impide realizar un trabajo extraordinario que constituye un documento único conservado en el Museo de Nuremberg desde 1868, fecha en la que el médico alemán Johannes Egger lo donó a la institución. De Dantiscus se ha escrito mucho no sólo por su relación con Copérnico sino por sus aficiones –la poesía y las mujeres– que pudo desarrollar a su gusto en España donde parece que, además de recibir tierras de Carlos V, tuvo una hija –la Dantisca– con una tal Isabel Delgada o Delgado, de Toledo.

Pero volvamos al manuscrito. Son 77 hojas dobladas, al estilo de la que se muestra, que se convierten en 154 hojas en papel de hilo y algodón.

La imagen para mí más interesante de la colección está numerada en dos páginas con los números 24 y 25, y anotada por el propio Weiditz, que escribe: «Así pasean a caballo acompañados de sus mujeres en Valladolid». Tras el matrimonio cabalgando, aparece a pie un «esclavo» que lleva en su mano derecha el cingulo que utilizará su señora para subirse el vestido y evitar que se manche, y en la izquierda los chapines que tendrá que calzar a su ama cuando ella pretenda bajarse de la cabalgadura y pisar en el barro.

La costumbre de arrojar aguas mayores y menores al Esqueva desde las llamadas «tribunas», que se mantuvo hasta el siglo XIX nos recuerda que Quevedo criticó las calles de la ciudad por su mal estado y por estar enfangadas (y no siempre de lodo). Es verdad que el siglo XVII fue desastroso para Valladolid y que en el XVIII apenas aumentó la población en 3.000

personas, pero en esa centuria, al menos, algunos ilustrados trataron ya de acelerar el progreso de la población proponiendo la plantación de arboledas (la que se hizo en el campo de Marte que hoy conocemos como Campo Grande), la creación de numerosas industrias y la educación de las clases más populares con el incremento de los maestros y el adcentamiento de sus salarios. Lo de la esclavitud tardaría todavía en desaparecer, pero la ciudad empezaba a pisar fuerte.



¿ESTAMOS LOCOS?

A quien transite hoy por la calle de Cánovas del Castillo, le será difícil imaginar aquella estrecha y mal formada vía que dio alojamiento en la Edad Media a un hospital de locos –también llamados orates– para quienes donó el doctor Sancho Velázquez de Cuéllar a fines del siglo xv unos terrenos donde se edificaría un establecimiento dedicado al cuidado de los enfermos mentales³. El generoso doctor encargó al Cabildo de la Iglesia Mayor que se ocupara del triste aunque necesario menester y advirtió en su testamento que, de obtenerse rentas suficientes procedentes de otras donaciones o de las limosnas, se atendiera también a los niños expósitos –o inocentes– de diferentes parroquias. Hasta que la Junta de Beneficencia se ocupó, ya en el siglo xix, del traslado de este hospital a otro solar en la calle Herradores al hacerse cargo del cuidado de los enfermos mentales, la calle se conoció como «de los orates», si bien numerosos documentos la describen también como «de la frenería» (porque en ella se asentaban quienes fabricaban frenos para las caballerías)

3 Testamento otorgado por Sancho Velázquez de Cuéllar el 13 de febrero de 1489: «La casa que yo tengo en Valladolid a Frenería, según que ahora la poseyo o poseyere al tiempo de mi muerte, sea hecha hospital para que en él se recojan las personas que carezcan de seso o juicio natural».

o de «chapinería». Don Juan Agapito y Revilla nos explica en su obra *Las calles de Valladolid*⁴ que así se llamaba la calle porque en ella trabajaba el gremio de los oficiales «que se encargaba de confeccionar zapatos a manera de chanclos», muy usados por las mujeres para evitar mojarse o embarrarse los pies al andar por las calles de la ciudad, que debían de estar finas. Don Luis de Góngora atacó con las armas de su lenguaje barroco y críptico la poca limpieza de las vías vallisoletanas, queriendo además dejar al descubierto la vanidad de sus mujeres:

*¿Vos sois Valladolid? ¿Vos sois el valle
de olor? ¡Oh fragantísima ironía!
A rosa oléis y sois de Alejandría,
que pide al cuerpo más que puede dalle.
Serenísimas damas de buen talle,
no os andéis cocheando todo el día,
que en dos mulas mejores que la mía
se pasea el estiércol por la calle...*

Don Francisco de Quevedo también hacía historia recordando cuando la ciudad fue «villana» bajo el conde Pedro An-súrez:

*...cuando fue su turbio amante
el viejo aguador Pisuerga
y Esgueva, sucia de vasos,
fregona de su limpieza.*

4 Juan Agapito y Revilla: *Las calles de Valladolid. Nomenclator histórico*. Valladolid, Casa Martín, 1937.

¿Cómo circular por las calles de Valladolid sin «embarrarse» el calzado? Imposible si no se desplazaba uno a lomos de caballería o sobre los tacos de un chapín. El chapín se menciona en numerosas ocasiones en las ordenanzas que se aprobaron y mandaron pregonar en 1549 y que fueron reimpresas por el regidor Verdesoto en 1562⁵. A los chapineros se les obligaba a echar las soletas o palmillas dobladas y enteras, siendo de muy buen cuero la de encima, para evitar que el calzado durase muy poco por el uso y teniendo que pagar 500 maravedíes de pena la primera vez que se les pillara infringiendo la norma. La norma, naturalmente, era que las suelas debían de ser de cuero o de cordobán sin mezclar badanas en la fabricación. La diferencia era que las pieles de los cabrones o machos cabríos que usaban los chapineros tenían que pasar por los zurradores, que las raspaban y afinaban en el curtido del zumaque, mientras que las badanas se curtían con corteza de roble.

También se usaba para la fabricación del chapín un taco de corcho a fin de elevar las suelas y evitar el contacto con la hu-

5 Las primeras ordenanzas por las que había de gobernarse la República de Valladolid fueron impresas y mandadas pregonar el 31 de julio de 1549. En 1562 se reimprimieron. Alonso de Verdesoto, Regidor de la ciudad y miembro de una conocida y poderosa familia vallisoletana, mandó añadir una tabla o índice de la normativa, al tiempo que anotaba en los márgenes el contenido resumido de los capítulos. De la imprenta de Felipe Francisco Márquez salió la edición siguiente, la tercera, en 1681. Alonso de Riego, impresor de la Real Universidad, terminó de imprimir la cuarta el 24 de abril de 1737. La quinta corrió a cargo de Thomas de Santander en 1763 y finalmente la imprenta de Roldán publicó una sexta edición el 13 de diciembre de 1818. Sesenta y dos ordenanzas que advertían acerca del comportamiento que vecinos y forasteros debían observar en todo lo relacionado con la cosa pública: de hecho, la mayor parte de las normas procedía de unas ordenanzas anteriores que, si bien no habían sido sancionadas por la autoridad Real, habían servido durante años como ley consuetudinaria.

medad. Lo del corcho, material casi obligado por la cantidad de alcornoques que había en la península además de por su impermeabilidad y ligereza, venía que ni pintado para aislar el pie de la tierra, y vino a convertir al alto chapín (había algunos de 20 centímetros de altura) en un calzado casi exclusivamente español y principalmente femenino muy imitado en otros lugares de Europa. Es cierto que ya existió entre los romanos un tipo de calzado que se denominaba *fulcimentum* o *fulmentum* (podría traducirse como «apoyo») que servía para elevar a sus portadores del terreno, pero el chapín o tapín, con sus adornos y utilización de cueros, corcho y engrudo, parece netamente hispánico.



Del mismo Weiditz es el grabado o lámina 23 del *Trachtenbuch* o Libro de trajes, titulada «Así van las mujeres a la calle y a la iglesia en el reino de Castilla. Señora», en la que aparece una dama acompañada de un rubio paje que cuida de que el sayo de su ama no se manche de barro. La señora viste un refajo carmesí encima del cual ha sobrepuesto una saya verde. En la cabeza lleva un sombrero negro que se ha calado sobre la mantilla, caída sobre sus hombros. Se puede observar que los chapines van decorados con cuatro bandas adornadas de triángulos y círculos de diferentes colores. Esta costumbre de adornar los tapines o chapines se incrementó en la época en que se hace esta ilustración, como hemos visto la del comienzo del reinado de Carlos V, quien unos años más tarde (1534) tuvo que regular el uso excesivo de bordados por medio de una «Orden general que ha de observarse en los trages y vestidos por toda clase de personas»⁶.

Se supone que en el campo se calzaba mucho más sencillamente y que los chanclos, con suelo de madera, permitían a los labradores y ganaderos atravesar los barro y lodos de los caminos sin miedo a pisar plastas vacunas. Esas sandalias o cholas tenían, al igual que los chapines, unas orejas sujetas a la gruesa suela que se ataban con unas cintas o cordeles en la parte superior del empeine. Este tipo de calzado, aunque tenía suelo de madera, se diferenciaba de las galochas, ma-

6 «Orden general que ha de observarse en los trages y vestidos por toda clase de personas» firmado por Don Carlos y Doña Juana en Toledo el 9 de marzo de 1534. Comienza diciendo: En todos tiempos se ha procurado remediar el abuso y desorden de los trages y vestidos, porque junto con consumir vanamente muchos sus caudales, han ofendido y ofenden las buenas costumbres, y para ello se han publicado diversas leyes y pragmáticas por los Reyes nuestros predecesores de gloriosa memoria, aunque por ellas no se ha remediado absolutamente el daño...

dreñas o zuecos caracterizados por tener unas tiras o patas talladas en la misma pieza que elevaban aún más la altura y por tanto la protección de la humedad o de la suciedad. Durante una larga época que duró varios siglos esas suelas compactas fueron sustituidas por los tacones afrancesados que las cortes europeas difundieron por todo el continente y más allá. Sin embargo, las modas actuales han vuelto a traer al mundo de lo «casual» esa costumbre de elevarse por encima de los demás merced a unos calzos y, por lo que parece, ya no hay excusa para no tratar de ser más alto que los seres que nos rodean. No sé yo si el origen de la calle Chapinería, que fue sede de la locura vallisoletana, no nos habrá contagiado de alguna insania y estaremos todos afectados de alguna perturbación «de altura».

TODO FIEL CRISTIANO...

Hace muchos años organicé un ciclo sobre antropología en la Universidad de Valladolid e invité a una de las sesiones a Don Antonio García y García, el impulsor del *Synodicon Hispanum*⁷, una obra tan impresionante como imprescindible para entender la historia de la Iglesia en España. Antes de la conferencia, y por entretener la espera, se me ocurrió preguntarle a Don Antonio si no le parecía extraño que en los sínodos se suscitaran siempre las mismas cuestiones, lo que vendría a demostrar que las normas marcadas por la jerarquía eclesiástica se promulgaban más para poner un límite a las conductas que para hacer cumplir los preceptos. Pacientemente, Don Antonio me respondió: «La Iglesia, que ha estudiado a fondo el comportamiento humano, se ha pasado mucho más tiempo advirtiendo que castigando. Advertir es dirigir la atención, del mismo modo que educar es orientar. Pero el individuo no nace enseñado, y mostrarle la diferencia entre obrar bien y obrar mal, lleva mucho tiempo».

7 Antonio García y García: *Synodicon Hispanum*, Madrid, BAC. La obra, publicada en 15 tomos que abarcan los sínodos celebrados en España y Portugal entre los años 1215 y 1563, fue iniciada por Don Antonio y continuada por Don Francisco Cantelar.



Guillermo de Godin

En efecto, el comportamiento humano siempre necesitó de un rodrigón, una guía que enderezara las desviaciones de la conducta y que ayudara a crecer las conciencias rectamente. Ese rodrigón, esa vara sobre la que iba retorciéndose nuestro modo de ser, se hundía firmemente en el suelo de la fe y se sostenía sobre unas normas que aprendíamos en un pequeño librito que explicaba de forma breve y clara las bases de la doctrina cristiana. Probablemente todos sabemos cómo se llama ese librito, ese catecismo, y lo hemos leído y usado alguna vez en nuestra vida.

A los que ya peinamos canas —o acaso no necesitamos ni peine— la palabra catecismo nos suena a esa guía o manual de instrucciones que se nos ofrecía para armar o construir nuestro comportamiento desde que comenzábamos a usar la razón. Como todo manual de instrucciones, invitaba a ser leído con atención y prolijidad para no perder detalle de las orientaciones, pero tan cierto como eso era que nos saltábamos la letra pequeña, o los párrafos que no entendíamos por complicados o farragosos, para quedarnos con lo que nos

parecía esencial a la hora de montar el mecano de nuestras existencias. La versión que nos tocó repetir cientos de veces –porque el secreto de la eficacia de ese librito parecía estar en cómo se grababan pertinazmente sus normas en nuestra conducta–, la versión que nos tocó estudiar y memorizar, repito, tenía algunos párrafos que para las mentes infantiles eran como un jeroglífico complicado de entender y aún más de resolver. En particular a mí me resultaba casi ininteligible la parte dedicada al ayuno y la abstinencia porque, además de contener palabras desconocidas hasta ese momento como lacticinios, sumario, privilegio y colación, abría un frente irreconciliable entre la idea de la alimentación de mi madre, que nos quería sanos y lucidos, y la frugalidad predicada por el padre Gaspar Astete, solo pasada por alto si uno poseía alguna bula, o sea algún documento de aquellos que podían adquirirse con limosnas y de los que con cierta imaginación podía verse colgando todavía la eximente *bull*a o bola papal. En lo demás, aquel librito de instrucciones compendia sabiamente las normas para que «todo fiel cristiano», categoría en la que se supone que entrábamos nosotros, conociera las normas para creer, orar y obrar cabalmente. O, como se diría en un «catecismo explicado» que publicó Dámaso Santarén en 1842⁸ en esta ciudad para definir en qué consistía la mayor sabiduría, para «amar a Dios, vivir cristianamente y caminar hacia el cielo». De esta forma se seguía el camino marcado por el Concilio de Trento en el que la instrucción y educación de los más inocentes procuraba obviar cuestiones meta-

8 *Compendio del Catecismo explicado, o sencilla y breve ilustración de la doctrina y los principios fundamentales del catecismo de niños*. Valladolid, Santarén, 1842.

físicas, quedando para aquellos «doctores» que tenía la Santa Madre Iglesia, el papel de responderlas o desentrañarlas sin caer en el error de pasar por encima de ellas como de puntillas o incurrir en la equivocación contraria, «engolfarse en explicaciones áridas, en observaciones teológicas muy delicadas y en teorías abstractas muy profundas y difíciles porque ni los niños las entienden ni los adultos, no siendo teólogos muy instruidos, tampoco sacarían mucho aprovechamiento de tan difícil tarea. El pueblo –así se escribe en ese catecismo publicado por Santarén– solo comprende bien las explicaciones cortas, sencillas y de una claridad especial y análoga a su gusto, educación e inteligencia».

La Iglesia cristiana de los primeros siglos se afanó en construir sobre la roca sólida de la revelación bíblica un edificio universal en el que cupiesen creencias y misterios, relatos e imágenes, pero también todas las normas por las que habrían de regirse las conductas y una explicación clara de sus resultados. Sea o no apropiada la metáfora, esa Iglesia estableció una jerarquía en la que, desde el episcopado (el grado más alto del sacerdocio), el pastor vigilaba que el rebaño no se dispersara y pastara adecuadamente. Tal vez fueron los llamados «siglos medios» los largos períodos de tiempo que desvelaron y evidenciaron las dificultades inherentes al oficio de pastorear: guiar una manada de ovejas ya no tenía el mismo sentido que vigilar comportamientos, y hay que reconocer con admiración el enorme esfuerzo de los sucesores de los Apóstoles por sentar doctrina y explicarla de forma concisa para que todos pudiesen comprenderla y aceptarla. A tal fin se convocaron los mencionados sínodos y concilios, más o

menos frecuentes según la oportunidad o la necesidad, en los que los obispos dictaron enseñanzas al tiempo que regulaban formas de vida o fiscalizaban las acciones de los individuos, corrigiendo procedimientos y tratando de enmendar actitudes heterodoxas.

A ese ámbito pertenece el «Catecismo de Valladolid», edición del Servicio de publicaciones del Ayuntamiento de Valladolid⁹, texto con 700 años de antigüedad, rescatado, revisado y anotado por una de las personas que más y mejor han estudiado los textos doctrinales. La autoridad de Luis Resines vuelve a hacerse patente al descubrirnos los motivos principales de la celebración de un Concilio que se inicia en Palencia y concluye en Valladolid, las personalidades que intervinieron en él (nada menos que treinta obispos) y los efectos que se siguieron de sus conclusiones. El recuerdo del Cardenal Guillermo de Godin, legado del Papa Juan XXII, conservado a lo largo de muchísimos años e invocado en multitud de sínodos posteriores, nos puede dar idea también del carácter del prelado, de lo acertado de su gestión, así como de lo ilusorio de sus pretensiones sobre la regeneración de la vida particular y social de los castellanos. Godin ya había estado varias veces en España antes de asistir al sepelio de la reina María de Molina y venía suficientemente alertado de cómo se vivía y se pecaba en esta tierra. Precisamente para eso venía: para corregir yerros y enmendar conductas que estaban apartadas de la ortodoxia.

9 Luis Resines: *El catecismo de Valladolid de 1322* (número 48 de la colección de publicaciones municipales), Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, 2022.



María de Molina con su hijo Fernando en las Cortes de Valladolid, según Antonio Gisbert

Tras aquella reunión se redactaron unas actas de cuya lectura se desprende que la humanidad ha cambiado muy poco en las centurias precedentes: se critica el comportamiento del estado eclesiástico, se advierte acerca del peligro que supone que el poder civil se inmiscuya en las conciencias, se venden sin control los bienes de la Iglesia para beneficio de unos avariciosos y se echa de menos la formación en las personas que deben formar. La prueba de que el empeño del Cardenal Godin tuvo escaso efecto en la población nos la da el hecho de que aquel catecismo se mantuvo como normativa durante dos siglos y medio hasta ser sustituido por los textos de Astete y Ripalda, redacciones que llegaron a nuestros días, aunque su lectura tuviese similar resultado al que se obtuvo en la aparentemente lejana Edad Media, cuando el Canciller López de Ayala escribía:

*Por estos tales yerros / anda en la cristiandad
poco amor –mal pecado– / e poca caridad.*

¿MEDIADOR O LICENCIADILLO?



Acostumbrados como estamos quienes hemos transitado por el siglo xx a no perder la vergüenza o la vida, ya nos resulta tan usual como familiar que en todos los conflictos generados en el presente siglo haya un mediador que arbitre entre las partes litigantes. Tan frecuente y normal es, repito, que muchas veces no reparamos en su tarea, consistente más en ponerse entre quienes pleitean, que en acercar desinteresadamente las posturas a un hipotético punto medio. Aristóteles escribía a Nicómaco que «sobradamente está declarado cómo la virtud es medianía, y de qué manera y cómo es medianía entre dos vicios, el uno por exceso y el otro por defecto»¹⁰. Es decir, que ya advertía el filósofo hace dos milenios y medio acerca del peligro de quedarse varado —yo diría que hasta atollado— entre dos vicios por querer equidistar de la postura más ética. Si nos informáramos sobre los conflictos que últimamente han precisado de un media-

10 Aristóteles. *Ética para Nicómaco*. Libro segundo de los escritos a Nicómaco (capítulo IX).

dor y sobre los resultados de su gestión, caeríamos en la desesperación. Ya no hay obtentores que consigan la verdadera solución de los problemas, y el fracaso tal vez provenga de que los vicios son más numerosos que las virtudes y tienen mucho más poder que la verdad desnuda.

Antes de que Enrique Santos Discépolo lanzara al mundo su advertencia de que todo es un «cambalache», Arniches había publicado en 1888 una sátira titulada precisamente «La verdad desnuda», en la que la Verdad dialoga con la Buena fe para evitar que ésta baje a la Tierra y tenga que sufrir las canalladas de Don Infundios y Don Chanchullo, que han elegido a Don Compadrazgo de cómodo mediador. Coinciden Verdad y Buena fe en que la espada de la ley se ha roto en pedazos y el «derecho» humano se ha «torcido» hasta verse convertido en un muñeco jorobado...¹¹

La imagen vendría a cuento para definir la figura y personalidad de Don Pedro de la Gasca, rector de la Universidad de Salamanca y obispo de Palencia y Sigüenza, que llegó a ser virrey y conquistador del Perú pese a sus malformaciones físicas: «era muy pequeño de cuerpo con extraña hechura, que de la cintura abajo tenía tanto cuerpo como cualquier hombre alto y de la cintura al hombro no tenía una tercia», decía de él

11 Carlos Arniches y Apolinar Brull: *La verdad desnuda: sátira social cómica-lírica en un acto y cinco cuadros en verso y prosa*. Madrid, Imprenta de J. Rodríguez, 1888.

el inca Garcilaso¹², y sentenciaba: «andando a caballo parecía aún más pequeño de lo que era, porque todo era piernas; de rostro era muy feo, pero lo que la naturaleza le negó de las dotes del cuerpo se las dobló en las del ánimo». El emperador Carlos le había encargado que solucionara «con blandura y moderación» la grave situación que se había suscitado en tierras americanas teniendo por protagonista a Gonzalo Pizarro, alzado en armas contra la Corona cuando su hermano «perdió la cabeza» –dicho sea en el sentido más literal– a manos de los partidarios de Diego de Almagro. Había obtenido Don Pedro de la Gasca, sobrino del Cardenal Jiménez de Cisneros, merecida fama de árbitro y justo negociador en Valencia, donde desempeñó el cargo de consejero de la Inquisición con tanto acierto que los propios procuradores valencianos solicitaron al emperador que les enviara a Don Pedro como visitador del Reino, cuando normalmente el cargo debía de recaer en un natural de aquellas tierras. Gasca defendió junto a don Hernando de Aragón, duque de Calabria, la costa valenciana de las idas y venidas de Solimán el Magnífico, del pirata Barbarroja y hasta de Francisco I, ambicioso vecino que nos amenazaba siempre que podía. Carlos V escribió a Don Pedro desde Colonia apremiándole a que se presentase cuanto antes en la corte de Felipe II, su hijo, para que conociese de boca del propio príncipe la que era su voluntad con respecto al tema del Perú. En Valladolid se habían reunido, presididos

12 Nicolás Acero y Abad: *Dos cuadros de la iglesia Parroquial y Colegiata de Santa María de la Redonda de Logroño*. Logroño, Imprenta de los sucesores de Federico Sanz, 1901. Acero y Abad dedica su estudio sobre los Borja o Borja a Don Práxedes Mateo Sagasta y hace un extenso recorrido por la genealogía de Francisco de Borja o de Pedro de la Gasca recurriendo a infinidad de fuentes.

por Felipe, los cardenales Tavera, García de Loaysa y Valdés, el duque de Alba y el conde de Osorno, y los comendadores de Castilla y León de los Cobos y Zúñiga, a los que acompañaban el presidente de la Audiencia de Valladolid y el del Consejo de Indias, todos ellos convocados para elegir a la persona idónea que pudiese solucionar el grave problema peruano. A la carta imperial contestó Don Pedro con bastante reticencia poniendo por delante su lealtad y deseo de servicio pero advirtiéndole de su frágil salud y de su escasa experiencia en las cosas de Indias. En cualquier caso, indicaba ya en su respuesta las personas que podrían acompañarle en el viaje, que duró más de tres meses y que se inició en Sanlúcar de Barrameda el 26 de mayo de 1546. Tras desembarcar en agosto en la bahía de Nombre de Dios y habiendo intercambiado cartas con Gonzalo Pizarro (este pasó de considerarlo «humilde licenciadillo» a definirle como el hombre más mañoso y sabio que había en España), Don Pedro se imbuó de su oficio preferido, el de misionero, y comenzó a convencer con la palabra y con la promesa del perdón a los más destacados militares de Pizarro, teniendo en poco tiempo de su lado a los que se habían reído de su figura y de sus pretensiones. El que ríe el último ríe mejor, debió de pensar Gasca, al ver que se mofaban de su aspecto. Dicho y hecho: aquí paz y después gloria; después de tres años intensos de excelente gestión se presentó en Sevilla con una verdadera fortuna en plata para las arcas del emperador de la que sólo reclamó cuarenta y seis mil ducados de gastos y deudas que fueron satisfechos inmediatamente por Carlos V, quien además le propuso para la sede episcopal de

Palencia, la segunda de España, que estaba vacante. De aquella fortuna saldrían sin duda los dineros con que Gasca edificó la iglesia de la Magdalena en Valladolid entre los años 1570 y 1576, para que Dios le perdonara las veces que había dejado de celebrar misas durante el tiempo que estuvo en América. Eso sí, el obispo aprovechó la enorme fachada del templo para dejar sobre ella su impresionante escudo de armas tallado en piedra. Esteban Jordán firmaría la estatua yacente de Don Pedro, de cuerpo entero y revestido de pontifical, esta vez sin señales de la deformidad que otros artistas sí reflejaron, como es el caso de Evaristo San Cristóbal, que dibujó un retrato de Gasca giboso de delante (como diría Baltasar del Alcázar) en 1891, para una galería de gobernadores y virreyes de Perú.

El historiador norteamericano William H. Prescott en su obra *Historia de la conquista del Perú*¹³, a pesar de la poca simpatía que sentía hacia el español «codicioso y rapaz», escribe acerca de Gasca: «Era amable pero resuelto, intrépido por naturaleza, pero más aficionado a emplear el arte de la política que el de la guerra; frugal en sus gastos personales y económico en los públicos, pero poco amigo de adquirir riquezas para sí y de liberalidad inagotable cuando el bien general lo exigía; benévolo y compasivo, aunque severo con el culpado impenitente; humilde en su aspecto, pero con esa dosis de amor propio que nace de la rectitud de las intencio-

13

Guillermo H. Prescott: *Historia de la conquista del Perú con observaciones preliminares sobre la civilización de los Incas*. Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, 1851.

nes; modesto y sin pretensión pero incapaz de retroceder ante las más difíciles empresas, deferente con los demás, sin dejar de confiar principalmente en sí mismo, reflexivo en sus movimientos, paciente para aguardar la ocasión, pero cuando esta se presentaba, atrevido, pronto y enérgico».

¿Estaba pintando Prescott la estampa de un verdadero hombre de Estado?

MUCHA VISTA



Vista de Valladolid impresa por Huquier en París basándose en el dibujo que el paisajista Joris Hoefnagel realizó desde el alto de San Isidro

En el siglo XVIII comenzaron a proliferar en España las vistas ópticas, grabados panorámicos de ciudades —generalmente al aguafuerte— que se imprimían para ser introducidos en una caja y contemplados a través de una lente. El aparato usado para ese menester, llamado poliorama, no sólo permitía ampliarlos sino contemplarlos con tres tipos de luminosidad que obedecían a la apertura en la parte posterior de esa misma caja de una tapa que podía adoptar varias posiciones. Con la ayuda de algún tipo de luminaria podía darse a la vista de un paisaje o de una ciudad un aspecto vespertino o nocturno en el que una puesta de sol o unas ventanas iluminadas desde la parte posterior del grabado, creaban la ilusión. A estos polioramas, que a veces competían en éxito con las sombras chinescas o con las fantasmagorías, pronto vinieron a juntarse unas preciosas estampas que, ya

fuesen extranjeras o españolas, iniciaban a quienes quisieran jugar con ellas en el ámbito de las escenografías y de los decorados. En algunas de esas estampas impresas en España venía el atractivo título «Para montarlo y desmontarlo instantáneamente», y bajo esas palabras y tan atractiva promesa, un fondo teatral ocupando la mitad del papel y representando una casa, un templo o cualquier tipo de «escena» cuyo aspecto mejoraba con 4 o 5 bastidores que ocupaban la otra mitad de la estampa y que servían para dar profundidad o sugerir un fondo, delante del cual actuarían, convenientemente recortados y adheridos a una tira de cartón para permitir su movilidad, los personajes de la obra que se iba a representar.

Porque se trataba precisamente de eso: de representar un texto, habitualmente impreso en forma de pliego o pliegos, más o menos extenso, que solía tomar a su cargo el que tuviese más dotes de director para llevar a cabo una escenificación que convenciese o simplemente divirtiese a los vecinos y familiares. Las obras que se imprimieron y representaron se pueden contar por miles. Por miles y miles también los niños que se asomaron a la ventana del arte dramático y del gusto a través de esas pequeñas embocaduras cuya abertura daba paso a la fantasía y a la estética domésticas. Y al referirnos a esa clase de cultura doméstica sería difícil discernir qué ha sido más importante en España, si el gusto por poner en escena un tipo de teatro fantástico, en el que la imaginación y la magia se apoderaran de la vista y de la voluntad de unos espectadores absortos, o el intencionado interés por mostrar la realidad —una cierta realidad reconocible— reflejada en un teatrillo de dimensiones ridículas. En ambos casos, sin embargo,

estaríamos hablando de aprendizaje y diversión: aprendizaje porque esos pequeños escenarios, —generalmente montados sin dificultad en la sala de una casa particular donde sombras, fantasmagorías y personajes se movían a sus anchas por fondos y decorados escoltados o limitados por bambalinas y bastidores—, ayudaban a niños y adultos a entretener las horas de ocio mientras los preparaban para un mundo «mayor» o de tamaño real al que vendrían a incorporarse cuando el tiempo, la edad, la ocasión o las posibilidades económicas lo permitieran.

Antes de la proliferación de esos teatros domésticos, sin embargo, hubo otros inventos que llenaron de ilusión y fantasía las casas de las ciudades europeas. La linterna mágica, por ejemplo, inventada al parecer por Christiaan Huygens en los años 70 del siglo XVII (ya había sido descrita en el siglo XV por el italiano Giovanni de Fontana) y perfeccionada por el jesuita alemán Athanasius Kircher, el danés Erasmo Bartholin —descubridor de la polarización de la luz— y el italiano Alessandro di Cagliostro, consistía en una cámara oscura desde cuyo interior se iluminaban unos cristales pintados cuyo contenido se proyectaba a través de una óptica sobre una pantalla. Al otro lado de esa pantalla, el público podía contemplar lo que el cristal mostrase. Las primeras lámparas de aceite o las simples velas, usadas como iluminación para la proyección fueron poco a poco sustituidas por la lámpara incandescente o el arco voltaico para mejorar el invento.

El Tutilimundi, Titirimundi o Mundonuevo era una caja óptica dentro de la cual podían contemplarse paisajes, ba-

tallas o cualquier tipo de sucesos atractivos captados por la mano de un artista. Esas vistas eran comentadas y acompañadas por música de autómatas o interpretada en directo, lo que aumentaba el interés de los «televidentes». Todos estos inventos, en el fondo, eran un precedente de los teatrillos y de la televisión actual (no olvidemos que televisión significa «ver de lejos»).

Siempre se denominó en español «sombras chinescas» a un entretenimiento procedente del juego antiquísimo que se hacía con las manos ante una luz para que se proyectasen sombras sobre una superficie lisa y preferentemente blanca. A pesar de ser un juego tan antiguo, uno de los primeros en usar expresamente la denominación es un tal Guignollet (nombre probablemente tomado de la palabra francesa Guignol, que era la denominación de un títere de guante), quien en los años 70 del siglo XIX publicó una obra titulada «Le Theatre des Ombres Chinoises» donde explicaba cómo hacer y recortar los muñecos con los que se habían de representar las obras ofrecidas en el mismo libro.

El teatro animado con títeres y representado dentro de un retablo o caja es también muy antiguo en España. Quienes dirigían la actuación de los títeres y manejaban éstos por medio de varillas, hilos o usando el muñeco como guante, solían hacerlo en cualquier lugar en que pudieran montar el cajón y ante cualquier público que quisiera atender la representación. Por la sencillez del montaje y los pocos elementos necesarios para hacer la obra podía también realizarse dentro de una casa o en un patio de vecindad.

En suma, los niños podían, gracias a las estampas recortables y al uso de técnicas muy antiguas, crear sus propios teatrillos y «actuar» en ellos sobre fondos y decorados cuyos bastidores permitían entrar y salir a personajes de comedia o a actores de moda cuyas imágenes también se difundían para recortar. Los establecimientos litográficos competían para imprimir estampas que permitieran a los más pequeños imaginar o copiar representaciones. En España publicaron esas estampas principalmente las imprentas de Paluzie, Bosch y Hernando; en Francia, tras el éxito de las vistas de la rue Saint Jacques de París, las estampas publicadas por Pellerin, de Epinal; o en Alemania las imprentas de Neuruppin... De todas ellas salieron miles de estampaciones que alimentaron durante generaciones el imaginario de nuestros abuelos antes de que la televisión nos regalara la escasa ilusión de poder interaccionar con un mando.

La máquina óptica o zograscopio, otro invento que se hizo muy popular, tenía una doble lente convexa encastrada en un marco de madera que se colocaba frente al espectador y que se apoyaba generalmente sobre una mesa. Gracias a un espejo situado en ángulo agudo con respecto a dicha lente, el espectador podía contemplar la vista de perspectiva que estaba sobre la mesa con una sensación de profundidad. Las letras del grabado se leían invertidas, de modo que los editores solían imprimir las letras de la parte superior de la estampación al revés para que pudiesen leerse al derecho. Uno de los grabadores más célebres y populares de este tipo de panorámicas fue el francés Jacques Gabriel Huquier (hijo del también grabador Gabriel Huquier) quien tenía establecimiento de venta en

la rue Saint Jacques de París y posteriormente puso tienda en Londres. Entre 1752 y 1758, todavía en Francia, realizó al aguafuerte una serie de vistas de ciudades entre las que destacamos la dedicada a Valladolid. Huquier tomó como ejemplo la panorámica de Valladolid que ya había dibujado Joris Hoefnagel desde el alto de San Isidro y habían grabado posteriormente al aguafuerte Georg Braun y Frans Hohenberg para su obra *Civitates Orbis Terrarum*.

En la época en que Huquier reproduce la vista de la ciudad ya habían desaparecido torres de algunos templos y probablemente se había ido desmontando parte de la cerca o muralla que Hoefnagel destacó tan claramente en su dibujo, desde la puerta de San Esteban (hoy Plaza de la Cruz Verde) hasta la puerta de San Pedro (representada en nuestros días por la iglesia de San Pedro Apóstol). En unas obras que se efectuaron en el siglo XVII en el convento de la Merced apareció una pequeña imagen que se veneraría bajo la advocación de Nuestra Señora de la Cerca y que tendría capilla en la desaparecida iglesia que los mercedarios descalzos edificaron en nuestra ciudad.



Louise Sèbastienne Gely, que sería la segunda esposa del revolucionario francés Danton, mostrando vistas de ciudades a su hijo Antoine a través de un zograscopio

UN MISIONERO EN CASTILLA

Cuando yo era pequeño, había un domingo de octubre –creo recordar que el penúltimo– en que los colegiales salíamos a la calle a pedir para el Domund por las calles de la ciudad. Con nuestras huchas de loza en vivos colores que representaban a un indio, a un chino o a un negro, pedíamos por la causa misionera que transportaba nuestros ingenuos espíritus a remotas y exóticas regiones del planeta. No podíamos siquiera sospechar que, durante siglos, esa «misión» la tuvimos en nuestra propia casa. Es tradición que, según se relata en los *Hechos de los Apóstoles*, el Espíritu Santo se posó el día de la fiesta de Pentecostés, en forma de lenguas de fuego sobre la cabeza de los primeros seguidores de Cristo y les dio la capacidad de hablar y predicar en diferentes idiomas. Esa facultad, que tuvo como resultado que se convirtieran más de 3.000 personas en un solo día, se considera la primera «misión» de los Apóstoles, a la que seguirían a lo largo de los siglos cientos de miles de «embajadas» llevadas a cabo por clérigos y sacerdotes de diferentes órdenes religiosas, que buscaban predicar el evangelio y mover a los feligreses de ciudades y pueblos visitados a llevar una vida acorde con los preceptos cristianos.

La Real Academia Española de la Lengua, en la séptima acepción de la palabra «misión», escribe que se llama así a la *salida o peregrinación que hacen los religiosos y misioneros de pueblo en pueblo o de provincia en provincia, o a otras naciones, predicando el evangelio.*



El padre Pedro de Calatayud según un grabado de la época

En el siglo XVIII español en particular –al tiempo ilustrado y reaccionario– hay dos nombres que, por su capacidad de convicción y por los resultados de sus campañas, aventajan a todos los demás en efectividad y convierten su estilo comunicativo en paradigma misionero: se trata del jesuita Pedro de Calatayud y del capuchino Diego José de Cádiz. Del primero apareció en Madrid, impreso por el establecimiento de Benito Cano un texto titulado *Misiones y sermones del P. Pedro de Calatayud, maestro de teología y misionero apostólico de la Compañía de Jesús, de la provincia de Castilla*. A lo largo de tres extensos tomos, Calatayud, que

estuvo en el colegio de San Ambrosio en Valladolid, explica con todo tipo de pormenores cómo había de llevarse a cabo con mayor provecho una misión, para lo cual detallaba minuciosamente los pasos a dar desde la llegada del misionero al lugar: si lo hacía a pie o en mula, dónde debía albergarse, qué medidas de prudencia podía tomar para evitar los peligros y cualquier otro aspecto que pudiera tener efecto sobre la labor de evangelización o sobre las relaciones con la jerarquía. En lo que respecta a la manera de convocar a la gente, Calatayud escribe: «Lo primero, se previene al auditorio, que tres cuartos de hora antes de entrar en la misión se tocará por tres veces la campana, para que labradores, oficiales y otros dejen sus labores, oficinas y casas, y al último toque se hace señal especial para que sepan se entrará luego. Lo segundo, previéndose y encárgase a un sacerdote celoso y pío, que al toque primero salga con bonete y crucifijo presidiendo la procesión de los niños y gramáticos, que tendrán prevenidos sus maestros por las calles, y los niños irán cantando una vez las coplillas *con qué ojos terribles*, y otras el *rosario* para variar, tomando un día una porción del pueblo y otro otra, y han de estar de vuelta al último toque, o llegar ya al atrio del templo. Lo tercero, un padre misionero menos ocupado, o el que no predicara aquel día, acompañado de un eclesiástico sale con crucifijo y campanilla por las calles, convocando, exhortando, etc...».

Los cánticos eran muy eficaces y una ayuda siempre aprovechable para ir rindiendo poco a poco las voluntades de los pecadores que se habían alejado de la verdad. Los misioneros denominaban a esas estrofas cantadas «saetillas» aunque,

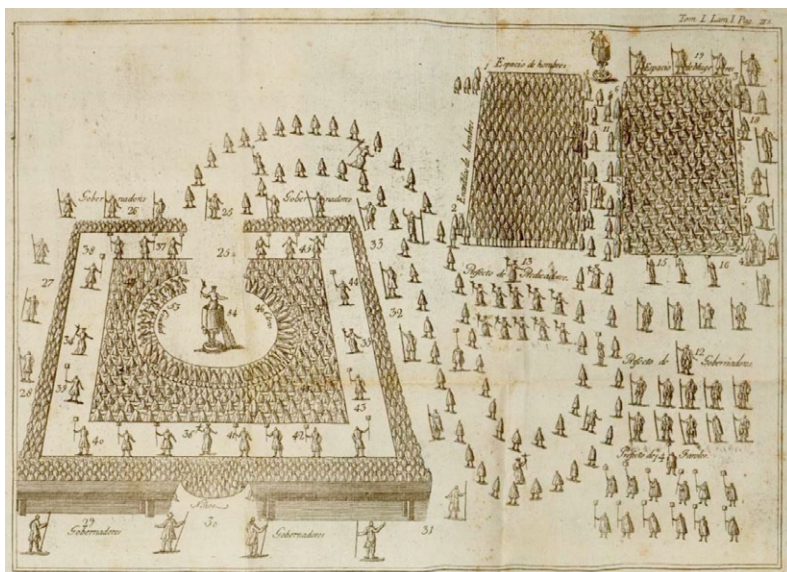
desde luego, también podrían haberlas denominado «dardos envenenados»:

*Ni el adúltero, ni el joven
que tienen pecados feos
han de entrar, dice san Pablo,
al reino de Dios ni al cielo...*

Y poco más adelante el mismo autor de la saetilla no se anda con contemplaciones, recalca la gravedad de algunos yerros y apunta con el dedo:

*Oyéndome está aquel mozo
que ha cometido un pecado,
por ser de bestia con hombre
ya ha diez años lo ha callado...*

Con enorme precisión se describe asimismo la forma en que han de situarse los asistentes a la misión, ordenando las filas que han de tomar parte en la procesión y dónde se irán situando los niños, las mujeres, los hombres, los clérigos, los gobernadores (que gobernarán la carrera bajo la dirección de un prefecto) y los predicadores. Como la mayor parte de las veces se celebraban los actos al anochecer para convocar mayor audiencia, «los dos prefectos de luces tendrán cuidado de recibir e informar a todos los que trajeren luces, cómo y en qué gremio ha de ir cada uno con su farol, y el silencio y paso con que ha de ir. Lo segundo, la mitad de las luces destinará el uno para el gremio de mujeres, y la otra mitad para los hombres. Lo tercero, si fuesen faroles, cada uno llevará cera que reponer. Lo cuarto, a los que han de ir en el gremio de



Orden que debía observarse en la procesión general de la misión

hombres, el prefecto de las luces los pondrá en dos filas, una enfrente de otra, distantes del enfiladero, y de cincuenta en cincuenta hombres en fila irán desfilando y enviando un farol o hacha, y así hasta el clero...».

La disciplina y el vocabulario casi militar producían en el auditorio un efecto positivo, de modo que no solía «sobrar ninguna diligencia», demostrando que el orden solo se podría dar si se gobernaba en forma y silencio el concurso de gente, «como en un ejército». La confesión general venía a cerrar dos semanas de sermones, procesiones y cilicios. El mismo Padre Calatayud se preguntaba: «Las penitencias que se imponen a pecados habituales, ¿son excesivas o demasiadas?». Y se respondía: «Ordinariamente suelen ser menos de las que debían llevar...» Y echaba mano de la historia para recurrir a

San Carlos Borromeo, en sus instrucciones para confesores, y recordar cómo se castigaban algunas transgresiones: «Por apostatar de la fe, o renegar de Dios y de ella, diez años de penitencia... Por bailar en el atrio de la iglesia en día de fiestas, tres años de penitencia... Por un pecado de simple fornicación, siete años de penitencia... Por el pecado de bestialidad, por el pecado de sodomía o por pecar con personas parientas, más de siete años de penitencia, otros ponen quince años: mirad lo que merecen los que caen con hermanas, cuñadas, hijas, etc...».

En fin, para conseguir los efectos deseados, Calatayud no dudaba en seguir su propio método aunque para acordarse de todo lo recomendado tuviese que recurrir al uso de «chuletas»: «Se apuntan en un papelito las especies que se han de prevenir, pues es fácil irse tantos palillos de la memoria en un entendimiento ocupado y repartido en mil especies, cual es el del misionero; y por esto saco siempre mi papelillo de las prevenciones que les voy a hacer, y una sola palabra que ponga en él de cada prevención, como ya las llevo meditadas, me ofrece la especie en el púlpito».

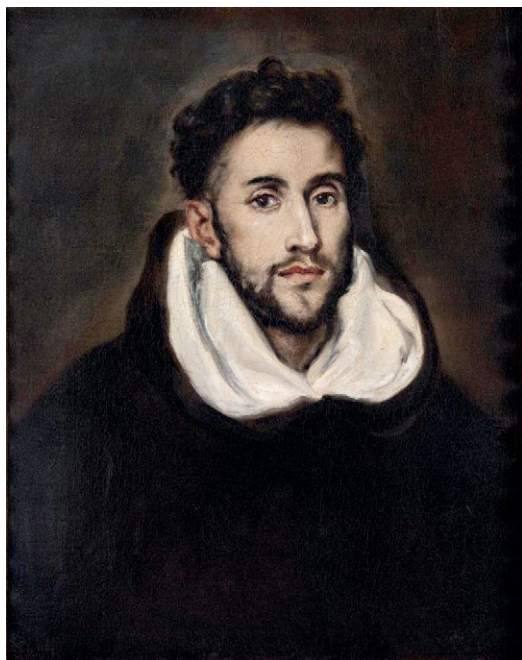
Son curiosas las referencias que hace a Valladolid –casi siempre ejemplifica su doctrina para mencionar cómo se hicieron las misiones en tal o cual lugar–, y al hablar de las visitas a las cárceles y hospitales que los misioneros realizaban en las ciudades importantes, sugiere que las señoras sirvan la comida a las enfermas de los hospitales «como lo hacen hasta hoy las señoras de Valladolid, desde que se hizo la misión».

PREDICAR Y DAR TRIGO: REFRANES PARA TODOS LOS GUSTOS

Dice un refrán castellano que »de músico, poeta y loco, todos tenemos un poco» y, como casi siempre que se habla de proverbios, la frase tiene un punto de verdad. ¿Quién no se ha enardecido escuchando una vibrante sinfonía y ha elevado los brazos para dirigir a una invisible orquesta sonando airosamente? ¿Quién no se ha emocionado con unos versos ajenos y los ha tomado prestados como si los hubiese compuesto él mismo, para subir a la persona amada en brazos hasta el olimpo? ¿Y quién no ha sufrido en su pecho la llama de la justicia ardiendo hasta la locura, como decía Cervantes que ardió la de Don Quijote? Algunos hispanistas, sin embargo, han reflexionado sobre esas cualidades singulares que parece que adornan a los españoles y han llegado a la conclusión de que son más bien plurales o compartidas, y que Alonso Quijano no sería el mismo sin su Sancho Panza, al igual que los lectores del manco de Lepanto actuarían y opinarían de otro modo si no estuviesen tan seguros de haber podido escribir ellos mismos la novela. ¡Con qué certeza predicamos lo que deben hacer los demás! ¡Con cuánta serenidad y aplomo advertimos acerca del bien y del mal, y cómo descansa el orador que todos llevamos dentro

después de haber improvisado el sermón admonitorio! Esa tendencia a reconvenir, esa oratoria fulminante, ese tono elevado de la voz que acompaña nuestras opiniones no puede ser producto de la casualidad. Habrá cambiado el ámbito en que se producen los fervorines –la plaza por el plató de televisión– y acaso el mobiliario sea distinto –la barra de bar en vez del púlpito–, pero ese papel de predicadores nos lo han escrito en los genes cientos de horas de sermones cuyos ecos aún resuenan en los templos de España desde hace siglos. Si bien es cierto que el fin primero de la retórica fue el de persuadir, también lo es que las firmes convicciones de numerosos públicos y su actitud cerril determinó a algunos predicadores a abandonar definitivamente la senda moderada de Fray Luis de Granada, cuyo lema era «ni todo lo condenes ni todo lo justifiques». Así, surgieron oradores cuyo verbo escocía en las espaldas como latigazos de disciplinante y no es extraño que algunos de ellos, por sus excesos verbales y su fogosa actitud, acabaran su carrera en las Indias, si es que no sufrían antes algún atropello de sus propios oyentes a quienes no sé si apellidar fieles. Es el caso de Fray Antonio de Montesinos quien, según asegura Fray Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias* llegó a la Española con ganas de jarana. No desperdiciaba ocasión de reprender a aquellos españoles que se habían olvidado bien pronto de su papel en América y estaban obsesionados con enriquecerse a cualquier precio:

¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en



Paravicino, por el Greco

sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día?

Mientras Montesinos cantaba las cuarenta, aunque su voz clamara en el desierto, quienes quedaban más cerca de la Corte se las ingeniaban para usar conceptos gongorinos por aquello de no molestar y hablaban lenguaje culterano para no ser entendidos del todo. El mejor ejemplo de estos frailes es Hortensio Paravicino –ministro provincial de la orden trinitaria en Castilla–, a quien retrató el Greco con cara de pocos amigos y cabellera alborotada, como si se acabara de desper-

tar de una pesadilla. Contra las voces conceptistas de los paravicinos clamó el Padre Isla, quien se inventó un personaje, Fray Gerundio de Campazas, cuyas necesidades obligaron a su autor a contar —para justificar las contradicciones de la alambicada mente del de Zotes— la célebre anécdota del maestro de música ateniense que intentando explicar cómo debía cantarse reunió a las voces más ramplonas y ratoneras de la ciudad y las puso a interpretar un horrendo tema en medio del cual se volvió hacia sus alumnos diciendo: «Hijos míos, con que no lo hagáis como éstos, ya cantaréis bien».

Los españoles decimos que una cosa es predicar y otra dar trigo, pero no lo decimos porque desconfiemos de lo que hay detrás de las palabras sino porque sabemos que esas palabras estarán siempre más hinchadas que nuestra bolsa, diezmada y triste con tanto gravamen y tanta pechería. También nos suele advertir el refranero que «a Dios rogando y con el mazo dando» pero eso no significa que el orador sagrado nos deba agredir con un mazo si no rezamos, sino que responde más bien a la anécdota que le sucedió a San Bernardo con un carretero, al que recomendó que rogara a Dios en vez de blasfemar si quería arreglar su carro pero, eso sí, sin olvidarse de darle al mazo para arreglar la rueda mientras rezaba.

CAFÉ PARA TODOS

Hace muchos años cayó en mis manos un curioso libro titulado *Aventuras en verso y prosa del insigne poeta y su discreto compañero, escritas por don Antonio Muñoz, quien las dedica a la Excma. Señora Duquesa de Arcos*. Tras el largo título se escondía un divertido y breve recorrido por algunas poblaciones del norte de Madrid, Villa de donde salen los protagonistas para dirigirse a Valladolid, ciudad a la que les trajo un pleito que debían resolver. El libro estaba dedicado a Doña María Teresa Silva Mendoza Gutiérrez de los Ríos, duquesa de Arcos, casada con don Joaquín Ponce de León Spínola, duque de Maqueda y de Arcos entre otros títulos. A esos títulos, heredados por don Joaquín, añade el poeta en el prólogo los que dedica a su esposa doña María Teresa calificándola de piadosa, caritativa, generosa, afable, cortés, prudente, discreta y en extremo hermosa. El texto, impreso en Madrid en el establecimiento de Manuel Fernández, frente a la Cruz de Puerta Cerrada, vio la luz en 1739.

La parte dedicada a Valladolid tiene mucho interés pues en el relato de las aventuras de ambos poetas por la ciudad va detallando con pormenores los lugares que visitan desde

el momento en que entran de noche por la Puerta del Campo Grande y van a hospedarse al Mesón del Sol, en la calle de Santiago. Al amanecer visitan la Plaza Mayor, «el celebrado ochavo», la Platería (calle que no les gusta «por su cortedad») y terminan el periplo en la Plazuela Vieja a la hora de almorzar, cosa que hacen comiéndose cada uno un panecillo de Zaratán y una torta de leche. La comida la hacen en la gran Casa de Nuestro Padre San Francisco donde, seguramente de caridad, se ponen «de caldo y otros despojos como timbales». A la tarde visitan el «nunca bien ponderado Espolón», lugar en el que echan de menos gente paseando y reflexionan sobre lo que sucedería si en la ciudad hubiese tantos habitantes como en Madrid, pues en tal caso no habría otra villa como Valladolid en toda Europa. En el Espolón, y acostumbrados a echar coplas de repente, costumbre tan española como olvidada, se les ocurren los siguientes versos a la vista del Pisuerga:

*Son hermosas las márgenes del Río
a quien siempre acompaña el Espolón,
mas esto en el invierno será frío
según está su amena situación.*

*Y si ello por posible fuera mío,
aquí pusiera toda mi atención
poblándolo de damas y galanes
por poderlo habitar ambos san Juanes.*

Se refieren sin duda a las celebraciones que podrían hacerse en invierno y en verano con una población más nutrida, aludiendo a los días en que la Iglesia celebraba San Juan Bau-

tista, cuya fiesta caía el 24 de junio, y al Evangelista que tenía su fecha el 27 de diciembre.

Para la cena entran en una Botillería donde despachan una libra de bizcochos y terminan el día en el Prado de la Magdalena al que llegan dispuestos a cantar y bailar acompañados de una vihuela, un violín y una mandurria (sic) con las que interpretan diferentes tonadillas como la del Petigongo:

*Dengue de mi denguecito
con su cinta escarolada,
una chulita morena
es quien me ha robado el alma.*

«A lo atractivo de la música –escribe don Antonio Muñoz–, y gracioso de la tonadilla, se fue llegando gente al corro de los licenciados, y ellos con esta vanidad apretaron más la mano a sus instrumentos y las voces, y por ellas los conocieron unas grandes amigas suyas, toda gente del bronce» (o sea «resuelta y pendenciera» como aclara el diccionario).

El grupo se sienta en sus capas, que han servido de alfombra y de cojín, e interpolados unos con otros a salta tú y dá-mela tú, celebran la función a gusto de todos. El juego del «salta tú» era parecido al de esconder la correa, una diversión «de prendas» muy popular desde el Siglo de Oro. Finalmente, llegadas las doce de la noche, hora en la que parece que se cerraban las posadas en la época, todos se levantan y «cogiendo cadascuno a su cadascuna por el brazo» se van a sus respectivas casas y alojamientos.

Es interesante la descripción de posadas y botillerías, establecimientos que bien pronto iban a experimentar un cambio radical, o a desaparecer, sustituidos por los hoteles y los cafés. En el *Manual histórico y descriptivo de Valladolid*, publicado en 1861 por los Hijos de Rodríguez¹⁴, se nos recuerda que las botillerías habían dedicado durante mucho tiempo su actividad fundamentalmente a servir refrescos y que no eran precisamente un dechado de salubridad, teniendo que salirse los clientes fuera del establecimiento para consumir lo que hubiesen solicitado. A partir del momento en que empieza a preocupar la higiene, los cafés sustituyen a las botillerías y, además de servir bebidas calientes (café, té, chocolate), abren sus puertas a las mujeres, quedando reducidos los locales de refrescos a alguna horchatería, generalmente propiedad de valencianos que vendían helados y horchatas en verano, palmas en Semana Santa y esteras en cualquier estación del año.

Los cafés que abrieron el siglo XIX fueron el de Los Italianos, el del Corrillo y el de Vega, añadiéndose pronto a estos el Café Español (en los bajos del Círculo), el del Casino (en la calle del jabón) y el de Molina (en la antigua botillería que había en los portales de Espadería y que se había trasladado a la calle de Santiago añadiendo la palabra «salón» a su rótulo). Tras ellos vinieron los Suizos y el Café del Norte. Es bien conocido que durante el siglo XIX algunos suizos y franceses se establecieron en España dedicándose a la pastelería. El célebre confitero Bernardo Franconi –creador de los cafés suizos

14 *Manual histórico y descriptivo de Valladolid, adornado con dos láminas y un plano topográfico de la población ; y seguido de un apéndice, o sea Guía del ferro-carril del Norte.* Valladolid, Hijos de Rodríguez, 1861.

en España desde que abriera el de Bilbao y que se unió a otro compatriota y pariente, Matossi, para formar una sociedad que luego instalaría negocios en Madrid, Burgos, Granada, Salamanca, Pamplona y Valladolid—, inventó un bollo especial para servir con el café que terminó denominándose «bollo suizo» y convirtiéndose en insustituible compañero de la merienda o el desayuno.

La cerveza Cruz Blanca (cuyo anagrama era en realidad la bandera de Suiza) también fue introducida en España por la firma de Matossi aunque luego fuese comprada por Cervezas de Santander.



En Valladolid la empresa de Matossi tuvo su establecimiento en la calle del Duque de la Victoria regentando también el café del Teatro Calderón. Cuando Matossi fue cerrando sucursales, el café Suizo y el Ideal Bouquet fueron adquiridos por el mismo propietario, Severo Mingo, que hizo de ambos negocios lugares de encuentro, amenos y elegantes. En 1886 se reinauguró el Suizo de la calle Duque de la Victoria, exhibiendo en sus paredes nueve cuadros de Arturo d'Almonte,

célebre pintor de la época. Posteriormente y hasta su cierre, tuvo, en sus mejores épocas, conciertos de grupos de cámara y algún coro, al igual que lo hicieron los cafés Davó y Royalty.

Ya en el siglo xx, ese Gran Café Royalty, situado en la esquina de las calles de Santiago y Claudio Moyano, tomó el relevo en el encomiable afán por musicalizar la ciudad, contribuyendo al tiempo a hacer más agradable la estancia en el local y evitando ruidos innecesarios. De hecho, se prohibía el juego de dominó –durante el siglo anterior también se había seguido la misma tónica en el Café de Calderón– para evitar el golpe triunfal y agresivo de la ficha contra el mármol de la mesa. A comienzos de la década de los años 30, el Café Royalty inauguró unas «temporadas de grandes conciertos» que trajeron de Madrid a varios conjuntos importantes, entre ellos la Orquesta Corvino, integrada por músicos de la Sinfónica de Madrid como Abelardo Corvino (violín 1º), Augusto Repullés (violín 2º), Enrique Alcoba (viola), Roberto Coll (violoncello) y Federico Quevedo (piano), quienes tocaban para el público en los llamados «días de moda», que eran lunes, miércoles y viernes. La empresa propietaria, dirigiéndose a unos parroquianos ocasionales que desconocieran los usos del Royalty, advertía: «Interpretando el deseo de nuestra distinguida clientela, la dirección y los artistas rogamos que durante la ejecución de las obras musicales se abstenga de hacer ruido alguno guardando el mayor silencio posible». Para ello, y recordando el conocido refrán de «mejor prevenir que curar», llevaba a los impenitentes jugones a los reservados correspondientes y se abstenía de sacar cualquier tipo de juego mientras durara la actuación. Dicha actuación incluía todos los días 3 magnos

conciertos 3: de dos y media a cuatro, populares y a elección; de seis a ocho y media, clásicos aristocráticos, dedicados a las señoras y a los aficionados a la buena música; por último, de diez a doce de la noche el concierto de gran moda. Como regalo especial, los domingos y días festivos, a las doce, la orquesta Corvino ejecutaba un formidable programa a elección del público. El repertorio abarcaba Oberturas de Rossini, Wagner, Beethoven, Mendelsohn, Mozart o Saint-Saens, obras de Brahms, Listz, Tchaikovsky, Czibulka, Bach o Haëndel, pero también composiciones de músicos españoles como Granados, Bretón, Serrano o Montes (su famosa «Negra sombra», por ejemplo) y zarzuelas, óperas, operetas, valsos y marchas. ¿Alguien da más por menos precio? Si a todo eso añadimos que Royalty ofrecía cenas especiales a las salidas de los «otros teatros», que estaba dotado de modernas cámaras frigoríficas «para la esterilización de todos los servicios ad-hoc», que daba picatostes y churros calientes junto a la más refinada pastelería y repostería elaborada en sus propios hornos y que sus «thés», chocolates y cafés no tenían parangón por estar hechos en la famosísima máquina americana «Omega», nos explicaremos perfectamente el éxito arrollador que tuvo este establecimiento durante varias décadas en Valladolid.

EL FAMOSO PUENTE DEL CUBO

Tradicionalmente se llamaba espolón a un contrafuerte o tajamar hecho de piedra de sillería que en algunas poblaciones, como Burgos o Valladolid (también en Toro, Logroño o León), se solía utilizar como lugar de paseo. Espolón, según explica también Covarrubias (1611), era «la esquina que ponen en los pilares de los puentes de piedra para que quiebren el agua y acuda a los ojos sin dar golpe en el puente».

A mediados del siglo XVI Tomé Pinheiro cuenta en su *Fastigia* un caso que sucedió en el Espolón, a donde parece que la gente no iba solo a pasear sino a «verse», «encontrarse» y, llegado el caso, hasta a retarse.

Quevedo decía en su *Romance de las Alabanzas Yrónicas a Valladolid*: «Claro está que el Espolón / es una salida necia / calva de hierbas y flores / y lampiña de arboledas». Y, en efecto, parece que en su época, la zona mostraba sólo el arbolado que aún refleja Ventura Seco en su plano de la ciudad, es decir el de la huerta de la Trinidad y el que había en lo que, andando el tiempo, habría de ser el vivero de San Lorenzo. María Antonia Fernández del Hoyo aporta, en su

libro sobre los conventos desaparecidos de Valladolid¹⁵, un documento con la escritura de una huerta –que podría ser la que luego pasó a pertenecer al convento de la Trinidad–, «cerca de los molinos que dicen de canaleja... y con la suerte del río Pisuerga que pertenece al dicho convento, que es como se entra desde las aceñas de la puente hasta el espolón que dicen de la serna». De hecho, Ventura Pérez todavía habla del Cubo de la Trinidad y de la playa, que se heló «de parte a parte» el invierno de 1766.

Desde 1863 el Ayuntamiento de Valladolid acordó denominar a la ronda que iba desde la iglesia de San Lorenzo hasta las Tenerías cruzando el Puente del Cubo, Paseo de San Lorenzo. Casimiro González García-Valladolid menciona, al hablar de las murallas de Valladolid, un segundo cinturón de piedra que amplió la primitiva cerca y que «seguía por la rondilla de San Lorenzo a la Cárcel de la ciudad, por delante del Espolón». Parece lógico pensar que el puente del cubo se llamó así porque uno de los cubos de la muralla se hallara cercano a la construcción (tal vez en la desembocadura del Esgueva sobre el Pisuerga, en el lugar que hasta los años 50 aún conservaba un merendero llamado «La Marina» donde se consumía pescado frito), y no porque las lavanderas llevaran allí sus herradas para lavar la ropa, como supone una leyenda urbana reciente. Tenemos un ejemplo similar en León, donde el Espolón estaba lindero con la carrera o «carretera de los cubos» que servían de protección a la muralla. Otra hipótesis podría ser que el nombre de Puente del Cubo procediera de

15 María Antonia Fernández del Hoyo: *Patrimonio perdido: Conventos desaparecidos de Valladolid*. Valladolid, Ayuntamiento, 1998.

un desaparecido cubo de piedra para alimentar un molino sobre la Esgueva, sistema bastante conocido en la Edad Media y usado para los casos de aceñas que dependieran de un caudal irregular.



Pero acaso se denominara así —y ya no es solo una suposición sino que queda demostrado en la primera fotografía, debida al doctor Nemesio Montero— porque todavía se conservaba, hasta comienzos del siglo xx, al final del Espolón Viejo un cubo de muralla.

En la segunda fotografía, al fondo del Puente del Cubo se ve también el puente de la Puerta del Campo, que cruzaba el Esgueva hacia una de las puertas de acceso a Valladolid. Esa Puerta del Campo, que daba paso desde la calle de Santiago al Campo de la Verdad, fue diseñada en 1626 por Francisco de Praves, siendo derruida en 1863 y trasladándose las imágenes que estaban en dos hornacinas, interior y exterior (la Virgen y San Miguel, respectivamente, este como patrono de la ciudad), a la iglesia de Santiago.



En el capítulo anterior he echado mano, para saber algo más sobre la vida cotidiana en el Valladolid del siglo XVIII, del curioso libro titulado *Aventuras en verso y prosa*, debido a la pluma de Antonio Muñoz. La parte dedicada a la ciudad del Pisuerga tiene mucho interés pues en el relato de las aventuras de dos poetas por la urbe va detallando con mucho pormenor los lugares que visitan desde el momento en que entran de noche por la Puerta del Campo Grande y van a hospedarse al Mesón del Sol, en la calle de Santiago. Al amanecer visitan la Plaza Mayor, «el celebrado ochavo», la Platería (calle que no les gusta «por su cortedad») y terminan el periplo en la Plazuela Vieja a la hora de almorzar, cosa que hacen comiéndose cada uno un panecillo de Zaratán y una torta de leche. La comida la hacen en la gran Casa de Nuestro Padre San Francisco donde, seguramente de caridad, se ponen «de caldo y otros despojos» como ahogados.

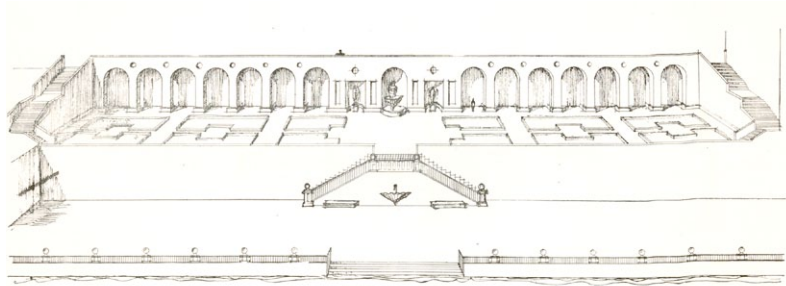
En la plaza de las Tenerías se edificó en el siglo XIX la fábrica de curtidos de los Dibildos cuyos canales salían al río entre el actual puente de Isabel la Católica y el Colegio de Lourdes. En medio estaba la casa de los Ibáñez, cuyos miradores acristalados pueden observarse también en la segunda foto.

La que hoy se llama calle de los Doctrinos era en realidad el cauce de uno de los ramales del Esgueva y atravesaba la calle de la Boariza, ahora de Doña María de Molina. El Ayuntamiento de Valladolid, a instancias del jesuita Francisco Pérez de Nájera, fundó una obra pía en la que poder acoger y enseñar a los niños pobres de la ciudad. Encargó de ello a la Congregación de la Visitación y creó un colegio donde se enseñaba la doctrina cristiana (de ahí lo de la calle de los Doctrinos) y distintos oficios y artesanías. La calle de los Doctrinos, paralela a la muralla, seguía al citado ramal del río Esgueva hasta su desembocadura en el Pisuerga en lo que se llamaba el Espolón Viejo.

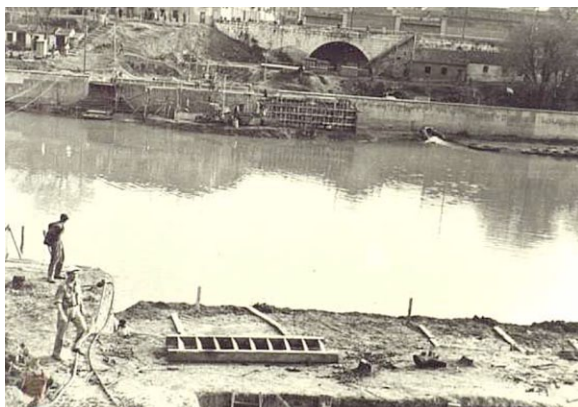
A comienzos del siglo xx se acometieron obras de cubrimiento del río Esgueva para evitar que desembocara en el Pisuerga en esa zona del Puente del Cubo. A partir de 1944 se preparó un anteproyecto que hacía desaparecer todas las pequeñas construcciones cercanas a dicho puente y preveía jardines de tipo inglés para toda la zona entre Tenerías y el Poniente¹⁶.

El plan elaborado para Valladolid por el arquitecto César Cort contemplaba, entre otras cosas, que la ciudad dejara de ser una población sin estructura viaria. El proyecto sufrió muchas alteraciones y reformas en los años siguientes a su aprobación en 1939 pero se mantuvo la necesidad de ampliar el crecimiento de la ciudad con nuevos puentes que salvaran el río Pisuerga permitiendo la expansión hacia el oeste.

16 *Ayuntamiento de Valladolid. Cinco años de gestión municipal.* Valladolid, Imprenta Gerper, 1949. Con un dibujo de la «perspectiva del Cubo» se imaginaban los nuevos jardines.



El llamado Puente del Cubo fue inutilizado para construir otro, perpendicular al primitivo, que se inició en 1954 y se terminó 2 años después. Era un puente en arco de más de 100 metros de largo y casi 70 de luz, proyectado por Luis Díaz-Caneja. Se encargó la obra a Francisco José Quevedo, haciéndose cargo de la ejecución Agromán. El puente quedó acabado, según se ha dicho, a fines de 1956. La ciudad quedaba conectada con la llamada Huerta del Rey, antiguos terrenos y fincas de Francisco de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma, que el noble vendió al rey Felipe III cuando Valladolid dejó de ser capital del reino. Hay un completo reportaje fotográfico sobre la construcción del puente en el Archivo Municipal de Valladolid, una de cuyas instantáneas muestra todavía restos del arco del famoso Puente del Cubo.



ARS AMICA NOSTRA

La costumbre de guardar fotografías para revivir ha sido una constante que ha creado no sólo afición sino gusto estético. La costumbre fue moda nacional –supongo que internacional también– durante casi todo el siglo xx y los niños de entonces –que éramos la inmensa mayoría– depositábamos los sueños en las imágenes de esas fotografías que, al igual que los cromos, contribuyeron a formar nuestro sentido estético tanto como Fidias y Policleto. Mi afición por la fotografía comenzó con una máquina Voigtländer que le trajeron a mi padre de Alemania cuando yo debía de tener unos 10 años. Mi admiración por el invento, que entró en casa aproximadamente al mismo tiempo que la televisión, se quedó simplemente en eso: mi padre no nos dejaba acercarnos a la máquina y esa misma prohibición acabó convirtiéndose en una tentación en la que caía cada vez que mis padres se ausentaban de casa, aunque solo fuera para colgarme aquel aparato del cuello. Siempre me he preguntado qué habría sucedido si mi padre me hubiese dejado llevar la Voigtländer en mis recorridos infantiles y juveniles por Valladolid. ¿Qué instantáneas habría sacado? Decía Antonio Corral Castanedo

en un precioso texto suyo¹⁷ que «somos de nuestra infancia, pertenecemos siempre a ella, la llevamos en todo momento con nosotros». Gracias al magisterio de aquel texto sincero y versátil de Corral Castanedo, uno puede completar el recuerdo personal o la imagen infantil de unas calles vallisoletanas animadas –siquiera algunas hayan desaparecido–, con trazos artísticos o literarios que abarcan desde la Edad Media hasta el momento en que nuestra mentalidad –es decir, el conjunto de vivencias y conocimientos que transmitían sentido e identidad a nuestra vida– comenzó a tambalearse bajo el peso de una moderna y aséptica visión del mundo y de sus habitantes. Hasta ese instante en que –y recurro a la palabra misma de Antonio Corral– la madurez asesinó al milagro que teníamos en nuestras manos infantiles.

Las palabras de Antonio Corral describiendo sus paseos infantiles nos recuerdan que las ciudades en las que nacemos y vivimos no solo existen por estar construidas con piedra, ladrillo, madera y cristal, materiales que van creando una trabazón física que termina por dibujar ese perfil que da personalidad al conjunto y ayuda a reconocer sus límites y sus contornos. La ciudad existe también al estar constituida por un conjunto variado de imágenes que se esconden en las memorias de sus habitantes. Imágenes que se imprimen en el recuerdo de las personas ya desde su infancia y que a veces son más perdurables que los materiales de los muros, a los que sobreviven y superan.

17 Antonio Corral Castanedo: *Valladolid al filo de mi infancia*. Discurso del Académico electo Ilustrísimo Señor Don Antonio Corral Castanedo con motivo de su recepción pública el 29 de noviembre de 1978. Valladolid, Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción, 1978.

La memoria, no es ninguna novedad decirlo, se erige como uno de los pilares básicos en el desarrollo y evolución de la tradición. Sin memoria no es posible la experiencia y sin experiencia se repetirían hasta el infinito los errores humanos. Sin embargo hay varios modelos de memoria que merecerían un breve comentario. La memoria individual, por ejemplo, atañe a cada uno de nosotros pero está condicionada por las circunstancias personales, a menudo inserta sus recuerdos de forma ordenada en un continuo vital y termina siendo un archivo monumental del que echamos mano en el momento oportuno para centrar y rememorar instantes concretos de nuestra existencia. La memoria colectiva, por otro lado, está formada por imágenes, fijas o en movimiento, que corresponden a situaciones sociales, a circunstancias compartidas, a partir de las cuales un grupo de individuos asume de forma común esas mismas situaciones; a esa memoria pertenecen buena parte de las instantáneas que todavía conservamos en papel, porque los monumentos, calles o edificios que aparecen, llegaron y se instalaron en nuestra vida ya desde nuestro nacimiento, pero evidentemente existían antes que nosotros y probablemente seguirán ahí después de que nos vayamos. Es una forma de memoria histórica a la que contribuyen las fotografías con sus imágenes fijas que hablan a quien quiera escuchar. Por supuesto que siempre cabe la precisión, el comentario, la objeción, porque, aunque sean imágenes fijas y por tanto aparentemente inamovibles, cada uno tenemos una forma de mirar o una perspectiva particular que ha conseguido que almacenemos los datos de diferente manera. A establecer de forma ordenada ese posible diálogo en el que entraremos todos casi sin percibirlo contribuyen a menudo

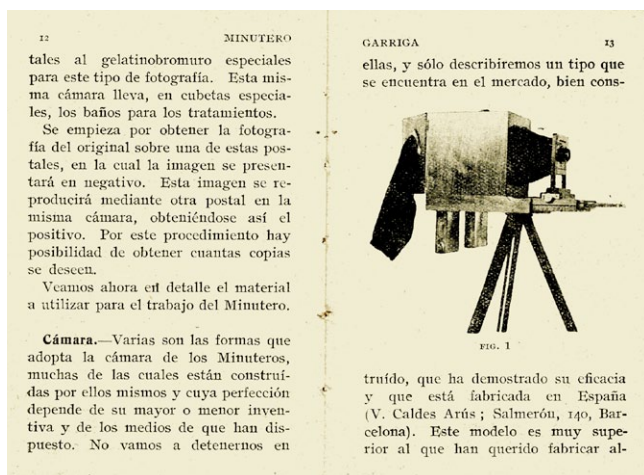
los recorridos imaginarios en los que nos topamos con personajes vallisoletanos y sus miradas, captadas por los primeros fotógrafos instalados en la ciudad. Las diferentes formas de mirar nos conducen a diferentes emplazamientos que por su estratégica situación han sido muy frecuentados como la Plaza Mayor, la calle de Santiago, la Plaza de Zorrilla o la de la Fuente Dorada. En España publicaron primero estampas y luego fotografías con vistas de ciudades, principalmente las imprentas de Barcelona y Madrid; en Francia, tras el éxito de las vistas de la rue Saint Jacques de París, las estampas publicadas por Pellerin, de Epinal; o en Alemania las imprentas de Neuruppin... De todas ellas salieron miles de estampaciones que alimentaron durante generaciones el imaginario de nuestros antepasados antes de que apareciesen los cristales estereoscópicos o las postales con vistas fotográficas de ciudades. La estereoscopía permitía conseguir un efecto tridimensional con dos imágenes del mismo motivo ligeramente diferentes en virtud del paralaje horizontal. Cada ojo percibía en su retina las diferencias y las procesaba en el cerebro dando como resultado una imagen con sensación de profundidad. Las imágenes se emulsionaban sobre una placa de cristal y se observaban en un visor estereoscópico que recibía diferentes nombres. El invento de Charles Wheatstone se patentó antes del daguerrotipo aunque tardó en popularizarse.

A la popularidad de la fotografía contribuyó en buena parte su propio contenido, pero también la creación de revistas –en las que la sección gráfica adquiría un extraordinario protagonismo–, o la costumbre de intercambiar por el correo tarjetas postales, cartas simples y de pequeño formato



que tuvieron su origen en Viena en 1869. La popularidad de esas baratas misivas fue tal que no sólo las instituciones difundieron su patrimonio cultural en sugestivas colecciones sino que particulares (a pesar de las disposiciones gubernativas en contra), empresas, colegios, museos, órdenes religiosas, comercios y todo aquel integrante del tejido social que quisiera ser recordado o admirado por algo, creaba su propia tarjeta postal. A la popularización de ese material ayudaron la heliotipia, la fototipia y todos los fotógrafos que con su trabajo

personal consiguieron surtir de documentación gráfica a las imprentas, dejando además un legado artístico impagable que crearía afición. Los apellidos de Clifford, Laurent, Herbert, Hauser, Menet, Thomas, Roisin, Castells, etc., aparecen casi siempre al pie de esas fotos a través de las cuales penetramos en el pasadizo de un tiempo aparentemente tan lejano y sin embargo tan cercano. A esos nombres habría que añadir los de los fotógrafos locales (algunos de ellos minutereros) que, ya profesionalmente ya por simple afición, contribuyeron a enriquecer la historia gráfica de las provincias. En los últimos años, numerosos estudios han dejado constancia del poder de evocación de esos documentos, así como de su importancia para el estudio de la Valladolid desaparecida. Los Maeso, Sancho, Pica-Groom, Eguren, Bonnevide, Idelmón, entregaron el testigo a los Varela, Roth, Cervera, Gilardi, Filadelfo, etc. quienes compartirían época y actividad con gabinetes fotográficos (en los que profesionales como Carvajal, Muñoz, Cacho, Garay o Bariego trabajarían ya con sus hijos e incluso con sus nietos) o con aficionados como Fraile o del Hoyo.



AVENTANDO... QUE ES GERUNDIO



La contemplación de esta antigua fotografía, tomada en plena faena de aventar el grano en una era de Mayorga, me ha sugerido algunas reflexiones relacionadas con nuestra actual y casi diría que perenne situación de crisis. El gerundio es inherente a la propia vida.

Los protagonistas de la foto, correctamente ataviados con blancas camisas, chalecos y pantalones de pana, parecen estar esperando la orden del mayoral («del viejo, el consejo») para poner en movimiento los garios, echar al aire el trigo y que el grano se separe de la paja. Primera lección: aprendamos a discernir, a seleccionar aquellos conocimientos que habrán de servirnos, a elegir de entre todo aquello que nos suceda,

solo lo positivo. No siempre tendremos la suerte de encontrarnos con buenos mayores y mucho menos con unos consejos sensatos, así que habremos de sentirnos afortunados y aprovechar la circunstancia si todo es propicio. Al pobre Gerundico, el divertido protagonista de la *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*, la genial y divertida obra del Padre Isla, le tocó un maestro cojo y pendolista que le enseñó a caminar torcidamente por la senda de la sabiduría. Tan torcidamente, que obligó a creer al pobre niño que era pecado decir palabras que empezasen por «arre», y para demostrarlo contaba en el aula la siguiente facecia: «Yendo un padre maestro de cierta religión por Salamanca y llevando por compañero a un frailecito irlandés recién trasplantado de Irlanda que aún no entendía bien nuestra lengua, encontraron en la calle del Río muchos aguadores con sus burros delante, que iban diciendo *arre, arre*. Preguntó el irlandesillo al padre maestro qué quería decir *are*, pronunciando la *r* blandamente, como lo acostumbran los extranjeros. Respondióle el maestro que aquello quería decir que anduviesen los burros adelante. A poco trecho después encontró el maestro a un amigo suyo, con quien se paró a hablar en medio de la calle. La conversación iba algo larga, cansábase el irlandés, y no sabiendo otro modo de explicarse, cogió de la manga a su compañero, y le dijo con mucha gracia: «*Are*, padre maestro, *are*»; lo cual se celebró con grande risa en Salamanca».

De hecho, yo iba a haber titulado este capítulo «Arreando que es gerundio», pero me acordé del maestro aquel y de sus enseñanzas en el aula y me contuve. ¿Qué digo? A pesar de

todo he metido la pata porque he escrito «el aula» y no la aula, que era lo que recomendaba el cojo en sus clases. Le chocaba sobremanera que al leer los textos de los procesos (fue escribiente de un notario) se dijera, por ejemplo: «María Gavilán, testigo». «Decía que si los hombres eran testigos, las mujeres se habían de llamar testigas, pues lo contrario era confundir los sexos, y parecía romance de vizcaíno. De la misma manera no podía sufrir que el autor de la Vida de Santa Catalina dijese: Catalina, sujeto de nuestra historia; pareciéndole que Catalina y sujeto eran mala concordancia, pues venía a ser lo mismo que si se dijera Catalina, el hombre de nuestra historia, siendo cosa averiguada que solamente los hombres se deben llamar sujetos, y las mujeres sujetas. Pues, ¿qué, cuando encontraba en un libro, era una mujer no común, era un gigante? Entonces perdía los estribos de la paciencia, y decía a sus chicos todo en cólera y furioso:

—Ya no falta más sino que nos quiten las barbas y los calzones, y se los pongan a las mujeres. ¿Por qué no se dirá era una mujer no comuna, era una giganta?».

Segunda lección: se puede cuestionar e incluso desestimar lo que nos enseñe un maestro disparatado o que equivocó la vocación. «*Orate frates*, no hagan ustedes caso de disparates», que decía aquel cura loco. ¿Cuántas tonterías no habremos leído y escuchado últimamente sobre el lenguaje y el género?

Aquí vendría la penúltima reflexión: las apariencias engañan. Cuando regresa Gerundico de su paso por la escuela los padres llaman al cura del lugar para que compruebe que

se habían gastado los ahorros en algo serio. El niño, lejos de haberse doctorado en la disciplina de la discreción pone en apuros al abate con una pregunta más propia de un orate y le reta a la siguiente:

«—Vaya otro ochavo a que no me dice usted cómo se escribe burro, ¿con b pequeña, o con B grande?

—Hijo —respondió el buen religioso—, yo siempre le he visto escrito con b pequeña.

—¡No señor! ¡No, señor! —le replicó el muchacho—. Si el burro es pequeñito y anda todavía a la escuela, se escribe con b pequeña; pero si es un burro grande, como el burro de mi padre, se escribe con B grande; porque dice el señor maestro que las cosas se han de escribir como ellas son, y que por eso una pierna de vaca se ha de escribir con una P mayor que una pierna de carnero.

A todos les hizo gran fuerza la razón, y no quedaron menos admirados de la profunda sabiduría del maestro, que del adelantamiento del discípulo; y el buen padre confesó que, aunque había cursado en las dos Universidades de Salamanca y Valladolid, jamás había oído en ellas cosa semejante. Y vuelto a Antón Zotes y a su mujer, los dijo muy ponderado:

—Señores hermanos, no tienen que arrepentirse de lo que han gastado con el maestro de Villaornate, porque lo han empleado bien.

Cuando el niño oyó arrepentirse, comenzó a hacer grandes aspamientos, y a decir:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué mala palabra, arrepentirse! ¡No, señor! ¡No, señor! No se dice arrepentirse, ni cosa que lleve arre; que eso, dice el señor maestro, que es bueno para los burros, o para las ruelas.

—Recuas querrás decir, hijo —le interrumpió Antón Zotes, cayéndole la baba.

—Sí, señor, para las recuas, y no para los cristianos, los cuales debemos decir enrepentir, enremangar, enreglar el papel, y cosas semejantes».

Jamás me arrepentiré de haber leído al Padre Isla, y recomendando vivamente volver al Fray Gerundio porque, por más grandes que sean las Tonterías que salen de su boca, nunca podrán compararse con las que estamos oyendo a diario de pretendidos «expertos» cuya primera y favorita frase es: «no sabemos...». Pues señor mío, si «no sabemos» póngase a la cola con todos nosotros, que ya lo hemos confesado abiertamente y estábamos esperando a alguien que nos alumbrara, o al menos que se comportara como la burra de Balaam, que se retiró del camino prudentemente. Lo cuenta la Biblia, en *Números 22–24*, y no lo cuento yo porque —y esta es la última reflexión— «lo poco agrada y lo mucho enfada».



Louis-Léopold Boilly (1761–1845): El cantante
Simon Chenard en traje de sans-Culotte

LA «CARMAÑOLA» EN VALLADOLID

Las dos últimas décadas del siglo XVIII dieron al llamado «mundo civilizado» motivos para preocuparse. Unos desharrapados que se denominaban a sí mismos «sans-culottes» (sin calzones, por no llevar los pantalones clásicos de la burguesía o la nobleza) pusieron en jaque los principios y bases de lo que ellos habían bautizado como Antiguo Régimen: una monarquía despótica y desgastada, una representación de dios escindida y tiránica, y una patria que trataba a duras penas de definir sus propios límites como nación, caracterizaban a una sociedad que se debatía entre lo malo conocido y lo bueno por conocer. La Revolución que sacudió Europa y sus colonias tuvo inevitables consecuencias, como el reconocimiento de los derechos de millones de personas, la supresión de algunas desigualdades injustas y arbitrarias, el cuestionamiento de un poder feudal inicuo y la vuelta a sistemas de gobierno antiguos y contrastados como la república. Todo ello no se produjo de la noche a la mañana ni de forma incruenta, claro está. La historia es testigo de horrores y errores, cantados y contados por los protagonistas de aquellos hechos. Porque las canciones siempre fueron un imprescindible acompañamiento para quienes desde los caminos, las plazas

públicas, los púlpitos o los tablados pretendían cambiar la sociedad y sus costumbres (*revolutio*, en latín, significaba dar una vuelta, dar un giro).

Entre las composiciones más celebradas e interpretadas en esa época revolucionaria está sin duda la denominada «Carmagnole», cuyo origen estaba en una especie de prenda de vestir –chaqueta, o más bien paletó– que usaban algunos obreros que se unieron a los primeros cuerpos de ejército populares y que procedían de la Carmañola italiana.

*Dansons la Carmagnole, vive le son, vive le son.
Dansons la Carmagnole vive le son du canon...*

La canción, popular y fácil de interpretar, tuvo bien pronto *contrafacta* que contribuyeron a su difusión. Como bien se sabe, el *contrafactum* (o contrahazimiento como lo denominaba Nebrija) era una antiquísima costumbre que consistía en utilizar una melodía pegadiza para ponerle diferentes letras. Por supuesto, en el caso que estamos tratando, no todas esas letras eran partidarias del Nuevo Régimen. La revolución se extendió en el tiempo y en el espacio y trajo como consecuencia la invasión de los pequeños reinos italianos –como el de Nápoles– que cambiaron monarquía por república con la ayuda francesa, primero de los jacobinos y luego de Napoleón. De ese modo, al menos por unos meses, el hijo de Carlos III, el rey Fernando IV, tuvo que soportar la República Partenopea (Parténope era una sirena que dio nombre legendario a Nápoles) hasta que un obispo partidario del monarca depuesto, el cardenal Fabrizio Ruffo, reclutó un ejército irregular –formado por campesinos, artesanos y bandidos– que

recuperaron el poder y los territorios de la realeza al grito de «Santa fede», es decir la santa fe, por lo que se les denominó «sanfedistas». La Carmagnola fue su himno y la religión y la tradición su bandera.

Quien pretenda saber qué sucedía en España mientras tanto, deberá matricularse en la difícil asignatura del siglo XIX español, con sus guerras enconadas, sus ideologías enfrentadas, sus partidismos irreconciliables y sus estériles y crípticos proselitismos (francmasones, carbonarios, comuneros, feo-tas, etc.). Comprender un poco ese período de la historia de nuestro país no significa necesariamente ponerse del lado de alguna de las facciones que contribuyeron a devastarlo, con la excusa de imponer sus ideas como las mejores. El sentido común ya había empezado a hacer las maletas y buscaba otros predios.

Pero para el caso que nos ocupa, el de la Carmañola, es evidente que también tuvo sus versiones en español. Hace muchos años, recogiendo en Mucientes unos paloteos con mi amigo José Delfín Val, escuchamos a Macario Zalama, dulzainero y acompañante habitual de las danzas, un texto que nos llamó la atención:

*Los franceses señores
son unos borrachones
que por la mañanita
tiraban del porrón.*

*Mataron a su rey,
Jesús qué mala acción,
al son de la plana mayor
Kirie eleisón, kirie eleisón
al son de la plana mayor
Kirie eleisón al pie de un cañón.*

Pronto nos dimos cuenta de que aquel texto sin duda procedía de esa época difícil y podía haber sido un *contrafactum* del célebre himno revolucionario. «Al son de la plana mayor» era un remedo de «dansons la Carmagnole» y el «kirie eleisón al pie de un cañón» una traducción sesgada y un poco forzada de «vive le son du canon». No acaban ahí las versiones españolas de la Carmañola: Francisco Alonso (1887–1948) compuso en 1933 una zarzuela titulada «La Carmañola», con libreto de Luis Fernández Ardavín, en la que se reproduce la melodía original del famoso himno.

Arthur Wellesley, el primer Duque de Wellington, no ocultaba la poca gracia que le hacían los militares españoles y, tal vez por haberse educado en Francia, mostraba su preferencia por la astucia de las estrategias francesas pese a que eran sus enemigos. Le encantaba que los franceses atacaran por la noche y que por el día les entretuvieran hasta «bailando la Carmagnole». De todo ello da cuenta su descendiente Muriel Wellesley en el libro «El hombre Wellington a través de los ojos de quienes le conocimos»¹⁸.

18 Muriel Wellesley: *Wellington in civil life through the eyes of those who knew him*. London, Constable, 1939.

Georges Bastin y Adriana Díaz, de la Universidad de Montreal, publicaron hace casi dos décadas algunas de las vicisitudes que la Carmañola tuvo que soportar al exportarse a América¹⁹. Su traductor en este caso, el revolucionario español Manuel Cortés Campomanes, fue un activo conspirador en la trama de San Blas de 1797 que pretendió derrocar a Carlos IV e implantar la república en España. Condenado a la horca tras el malogrado golpe, se le conmutó la pena por un castigo perpetuo en una prisión de Venezuela, de donde escapó acompañado por otros amigos de presidio, con quienes preparó una nueva sublevación. El alzamiento pretendía abolir la esclavitud, separar Venezuela de la corona española y declarar una república que habría de ser el germen de sucesivas actuaciones revolucionarias. El fracaso de esa nueva conspiración, denominada «de Gual y España» por los apellidos de los principales impulsores, sirvió sin embargo para que Cortés Campomanes se distinguiera como letrista y compositor de soflamas por lo que se le conoció finalmente como «el poeta de la revolución».

Como muestra, traigo aquí algunas de las estrofas de su particular Carmañola:

*Yo que soy sin camisa
un baile tengo que dar
y en lugar de guitarras
cañones sonarán.*

19 Georges L. Bastin y Adriana L. Díaz: «Las tribulaciones de la Carmañola (y de la Marsellesa) en América Latina». Trans, N° 8, 2004.

*Bailen los sin camisa
y viva el son, y viva el son.
Bailen los sin camisa
y viva el son del cañón.*

*Si alguno quiere saber
por qué estoy descamisado,
porque con los tributos
el Rey me ha desnudado.*

*No hay exceso ni maldad
que el Rey no haya ejecutado
no hay fuero, no hay derecho
que no haya violado.*

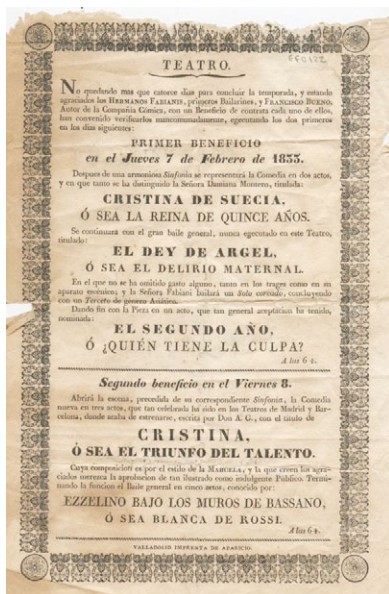
*Todos los reyes del mundo
son igualmente tiranos
y uno de los mayores
es ese infame Carlos...*

Cortés Campomanes, que falleció en 1835 en Bruselas, tuvo ocasión de combatir al lado de Bolívar, de reñir incluso con él después de perder su confianza, y de participar en la independencia de Colombia antes de pasar a vivir en Las Antillas. Un visionario, como tantos otros revolucionarios españoles a los que enardecieron sus propias canciones.

PROGRAMAS TEATRALES VALLISOLETANOS



Entre los papeles de remendería existentes en nuestra Fundación hay un par de ellos, fechados en la tercera década del siglo XIX que tienen que ver con el teatro en la ciudad de Valladolid. El único local dedicado a la representación de comedias y bailes hasta el año 1861 –en que se abre el Lope de Vega– era el Teatro de la Comedia, al que pertenecen esos dos pasquines (uno impreso en el taller de la viuda de Andrés Aparicio y otro en el establecimiento de Santarén). En el primero se anuncia una programación a beneficio de los hermanos Fabianis y Francisco Bueno. Como se indica en la



cabecera del cartel, aunque cada uno de ellos podría haber recibido el homenaje por separado, según contrato, convinieron en realizarlo «mancomunadamente» en dos sesiones que tuvieron lugar los días 7 y 8 de febrero de 1833 en dicho teatro.

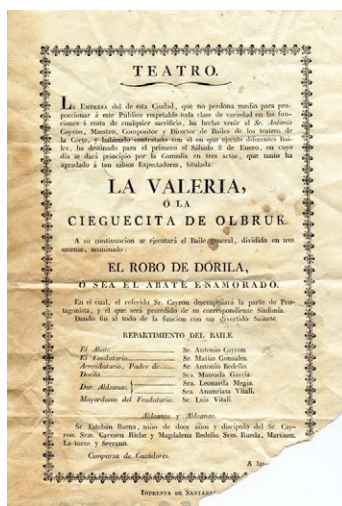
La programación del primer beneficio estuvo compuesta por tres obras: la primera comedia, en dos actos, tras una «armoniosa sinfonía» con que se abría la sesión, fue «Cristina de Suecia, o sea la reina de quince años», tema algo menos morboso que el propio personaje que daba nombre a la obra, la reina Cristina de Suecia. Acerca de la segunda, titulada «El Dey de Argel, o sea el delirio maternal», al parecer basada en la historia de Hussein Dey, el último de los gobernantes otomanos de Argel, no me privo de recoger un fragmento de la

crítica de un diario madrileño de la época que terminaba así: «Los espectadores no se han dejado seducir ni con los versos recitados, ni con las piruetas de una de las doncellas, ni con la tímida armonía del canto de la otra... (recibiendo) una silbatina sonora interpolada con chicheos melifluos y cadenciosos que debieron convencer a los actores de que habían perdido su tiempo y representado un disparate». La tercera obra del primer beneficio era «El segundo año, o ¿quién tiene la culpa?», obra traducida del francés y escrita por A. H. J. Duveyrier. La obra se estrenó en el teatro del Príncipe de Madrid el 24 de julio de 1832.

El segundo beneficio, correspondiente al día 8 de febrero de 1833 comenzó como siempre con una Sinfonía, hacia las 6 y media de la tarde, a la que siguió la Comedia nueva en tres actos «Cristina, o sea el triunfo del talento», escrita por Don A. G. y recién estrenada en teatros de Madrid y Barcelona. De ella se puede encontrar una versión en internet que se puede consultar libremente.

Por último, y cerrando la programación se representó el «baile general en cinco actos» titulado «Ezzelino bajo los muros de Bassano, o sea Blanca de Rossi», texto que se puede encontrar en la Biblioteca Cervantes Virtual.

La terrible historia de Blanca de Rossi adobada con la leyenda del tirano Acciolino III, cerraba así dos espectáculos en los que se trataba de homenajear a los hermanos italianos Fabiani, que ya habían triunfado en el Teatro de la Cruz de Madrid con sus interpretaciones de Boleros dieciochescos.



Precisamente el segundo pasquín está prácticamente dedicado a un «bolero», a quien se trajo de Madrid expresamente para la función anunciada. Se trataba del famoso bailarín francés Antonio Cayron, que iba a cerrar la sesión de tarde preparada para el día 2 de enero, en la que se prometía una comedia en tres actos seguida de un baile general, formato muy habitual para los años de que estamos hablando. «Valèrie», la comedia a la que se refiere el programa, fue escrita por el autor francés Augustin Eugène Scribe para la actriz francesa Ana Mars, también conocida como mademoiselle Mars, la misma que recomendó a Delacroix al conde de Mornay y la misma que presentó a su alumna Isabelle Constant a Dumas para que hiciese el papel de Hèlene en «El capitán Lajonquière», convirtiéndose después en amante del escritor. Scribe fue uno de los autores más conocidos en su época, no sólo por sus obras sino por haber sido libretista de celebradas óperas como «I vespri siciliani» de Verdi o «La favorita» de Donizetti.

El melodrama «Valèrie» fue traducido al español por Bretón de los Herreros, se editó en la imprenta de M. Galiano en 1825 –bajo el título «Valeria o la ciegucecita de Olbruk» y se estrenó en 1826 en el Teatro del Príncipe. Tuvo una segunda parte, tal vez a causa del éxito de la primera, que adaptó Manuel Antonio Lasheras en 1837 con la colaboración de Gaspar Fernando Coll. Ese éxito, inexplicable en nuestros días ante un melodrama de tal tipo, se extendió sin embargo a lo largo de más de cuatro décadas. El argumento nos parece hoy demasiado endeble y el desarrollo y el lenguaje un poco afectados pero el Romanticismo estaba en todo su esplendor y exigía protagonistas con vidas desgraciadas que acabaran encontrando la felicidad gracias a un destino manejado por la mano del autor que entusiasmaba a las audiencias (en el programa se hace referencia a la obra como una pieza que había agradado mucho a los «sabios espectadores» de los teatros de la Corte).

La función se completaba con un baile general en tres escenas. «El robo de Dorila o el abate enamorado» (Dorila es un nombre habitual en la poesía del XVIII y XIX que usan desde Meléndez Valdés, Blanco White o Martínez de la Rosa hasta Bretón de los Herreros) se representó al menos desde 1816 (se estrenó el 24 de abril de ese año como «baile nuevo» y después aparece anunciado en el *Diario de Madrid* en diciembre de 1816, bailado siempre por Antonio Cairón –ya con el nombre españolizado–) hasta 1839 (*Gaceta de Madrid* de febrero de 1839 en el Teatro de las tres musas de la Plaza de la Cebada).

¡CALLE USTED!

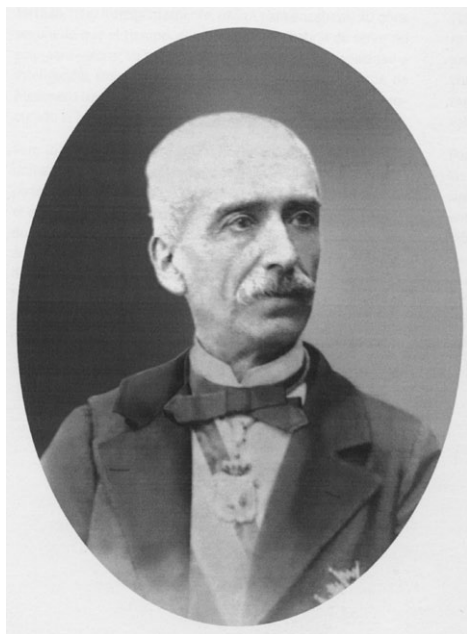
En fechas recientes recibí la visita de una amiga de Chile que recorría el norte de España por primera vez y, recordando las épocas juveniles en que servía de guía a quienes venían de otros países a conocer Valladolid, me atreví a echarme a la calle para narrar lo que aprendí hace años sobre sus monumentos y particularidades. Cuál no sería mi sorpresa cuando, tratando de explicar la fachada de la Universidad apoyado en uno de sus leones, me di cuenta de pronto de que estaba siendo escuchado atentamente por dos o tres matrimonios de cierta edad que, también probablemente turistas, me habían tomado por un guía oficial y seguían mis explicaciones con un interés y una atención inusitados. Aproveché para recordar que la calle Juan Mambrilla, por la que íbamos a adentrarnos, era la antigua de Francos, cuajada de palacios en el siglo XVI y hogaño ignorante de su propia historia. Decía don León del Corral –decano de la Facultad de medicina de la Universidad y Presidente de la Sociedad de estudios castellanos– que al vicerrector Mambrilla, hombre sencillo y amante de la historia, se le abrirían las carnes y se revolvería en su tumba al saber que, después de su fallecimiento, el Ayuntamiento había tenido la ocurrencia de cambiar arbitrariamente

el nombre de la calle Francos por el suyo, honrado y humilde catedrático que había pasado sus últimos años dedicado al viñedo y al excelente tinto que él mismo producía con la colaboración de su suegro Eusebio de Prado.



Juan Mambrilla

Cual flautista de Hamelin fui seguido por mis curiosos escuchantes y, ya convertido definitivamente en su cicerone, continué por la calle de Andrés de Laorden para rememorar a quien, además de ser Rector de la universidad y Presidente de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valladolid, fue uno de los primeros doctores en utilizar el cloroformo en sus intervenciones.



Manuel López Gómez

Había huido a propósito de la calle López Gómez porque, además de ruidosa, está preparada solo para transitar por ella y no para detenerse tranquilamente a observar algo o a explicar quién fue su titular, licenciado en Filosofía y en Leyes por nuestra Universidad y miembro de la Real Academia de Bellas Artes, aparte de destinatario del nombre de una calle que todavía no se había terminado cuando él falleció y sus compañeros de claustro solicitaron al Ayuntamiento que se le dedicara, ya que iba a unir el Campillo de San Andrés (de donde, por cierto, partía la calle Claudio Moyano, otro ilustrísimo ministro y universitario) con la plaza de la Universidad.

Como durante casi media hora me había convertido en maestro de escuela de unos alumnos improvisados y curio-



Federico Santander

sos, fui preguntado si había más universitarios que hubiesen dado nombre a otras calles de la ciudad. Recordé a don Calixto Valverde, ilustre castromontino que fue Presidente de la Federación agrícola de Castilla la Vieja, y a don Antonio Royo Villanova, quien llegaría a ser catedrático de derecho internacional además de presidente del consejo de administración del periódico El Norte de Castilla. No quise olvidarme tampoco de don Adolfo Miaja de la Muela, catedrático de Derecho internacional, o don Federico Santander, director de El Norte de Castilla y alcalde de Valladolid, quien tuvo por cierto entre sus atinadas decisiones la de haber comprado la casa donde vivió el poeta José Zorrilla a don Norberto

Adulce, uno de los más acaudalados vallisoletanos que, según las malas lenguas llegó a poseer incluso una calle en Berlín, nacionalizando en Alemania a un hijo suyo para que pudiese atender sus negocios en aquel país.

Entre los médicos más lejanos en el tiempo pero no en importancia, me detuve en Luis Mercado, que atendió la salud del rey Felipe II y destacó por su sapiencia, reconocida en toda Europa. Más cercanos, y casi en nuestros días, estuvieron Misael Bañuelos y su alumno el doctor Villacián, director muchos años del Manicomio de Valladolid, ambos con calle en la ciudad, aunque no fuimos a verlas. De Bañuelos se contaban tantas anécdotas en la Facultad de Medicina que podría llenarse un libro con chascarrillos sobre su carácter y su curioso enfoque de la antropología. En broma, decía a sus alumnos que el germen más pequeño que podía acceder al organismo humano era el gorrión y el más grande el soldado raso. Se empeñó en tratarse solo con leche un cáncer de estómago que terminaría con su vida...

Al doctor Villacián Rebollo, burgalés de la Bureba y que dio su nombre a una calle y un parque vallisoletanos, todavía se le recuerda como director del Hospital Psiquiátrico Provincial cuando este ocupaba el edificio del Monasterio de Nuestra Señora de Prado, actual sede de la Consejería de Cultura de la Junta de Castilla y León. No sé para qué diría yo que en el Monasterio habían tenido una capilla los hermanos de Boabdil, porque uno de los matrimonios, granadino, me suplicó que les contase la historia de Fernando y Juan de Granada, casados ambos por los Reyes Católicos con dos primas

de Valladolid, de la dinastía de los Sandoval. No me privé de confesarles la ilusión con que inicié en Urueña las excavaciones en el Monasterio del Bueso con la idea de que por azar reposasen allí los restos de Fernando de Granada, ya que un documento aseguraba que el Conde de Urueña los había trasladado hasta ese cenobio durante unas obras realizadas en el Prado y no existía otro documento que certificara que se habían devuelto a su capilla original.

En fin, con unas charlas y otras se nos fue prácticamente la mañana y terminamos todos hablando de las Chancillerías de Valladolid y Granada y de las bulas del Monasterio de Prado ante unas tapas, no de libro precisamente, que nos aprestamos a consumir mirando al conde Pedro Ansúrez en su emplazamiento habitual de la Plaza Mayor. Los turistas meridionales quisieron sin excusa invitarme, ya que me había negado en redondo a que me diesen una propina por el recorrido ilustrado... A qué extremos lleva la jubilación.

LA GUITARRA DEL CORREGIDOR



Pedro Pascasio Calvo, retrato por Blas
González García-Valladolid

El 22 de febrero de 1776 nació en Valladolid Pedro Pascasio Calvo, que llegaría a ser Alcalde Corregidor de la ciudad en 1820. Su vida —en particular la relacionada con su profesión de abogado— ha sido estudiada y divulgada en diversas publicaciones, que no solo elogian su comportamiento ejemplar y decidido durante la guerra de la Independencia, sino que destacan algunos otros aspectos que reflejan una personalidad versátil e inquieta aunque siempre dominada por su sentido de la justicia y la equidad. Entre esos

aspectos figura su dedicación a actividades relacionadas con la agricultura, cuidando de unas viñas que poseía su esposa doña Demetria de Valles y de la Torre en el municipio de Cigales.

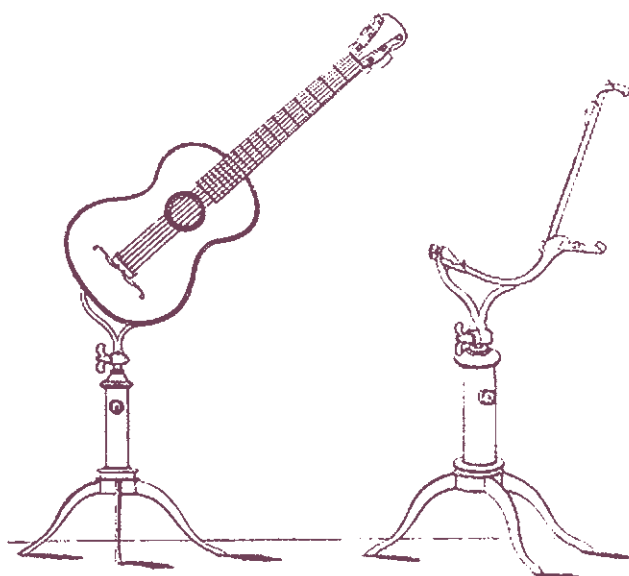
Poca documentación hay, sin embargo, acerca de su afición a la música y muy especialmente a la interpretación de la guitarra, instrumento que, en los años juveniles y de primeros estudios universitarios de Pedro Pascasio, estaba experimentando un auge muy importante debido principalmente a los éxitos internacionales de dos grandes guitarristas españoles, Sor y Aguado. Entre casi un centenar de partituras que pertenecieron a nuestro Alcalde y que adquirí hace unos veinte años, se encuentran piezas popularizadas por ambos artistas y una buena cantidad de producciones de compositores de época como Ferdinando Carulli, Miguel Carnicer, Tomás Damas, Matteo Carcassi, Luigi Legnani, Federico Moretti o Leopoldo de Urcullu, lo que demuestra no solo un aprovechamiento extraordinario de los recursos del momento —no eran frecuentes las partituras impresas por la dificultad y elevados precios que suponía grabarlas—, sino un interés por conocer los últimos avances que un instrumento como la guitarra podía ofrecer a los aficionados e intérpretes como él.

Dionisio Aguado —uno de los guitarristas preferidos por Pedro Pascasio—, había inventado un soporte, al que denominó «tripodisión», para que los intérpretes pudiesen fijar en él la guitarra e interpretar sobre el instrumento sin apenas tocarlo, es decir, evitando el contacto del brazo derecho sobre la caja y la presión de la mano izquierda sobre el mástil. El

invento de Aguado (patentado en 1830 y revisado en 1836), que había explicado en su obra *La guitarra fijada sobre el Tripodison. Observaciones sobre el modo de usarlo con éxito*, tuvo una salida espectacular, en buena parte debida a los avales de guitarristas como Sor, pero se quedó después en un intento más de transformar el instrumento en un objeto pretendidamente no contaminado y dotado de una pureza que ni tuvo en sus orígenes ni le correspondía por su historia.

Sor estaba convencido de que el invento de Aguado daba al intérprete facilidades para poder tocar una pieza sin necesidad de sufrir algunas de las obligaciones que el simple manejo de la guitarra exigía, y todo ello sin entrar en el terreno de la melodía, el bajo y la estructura armónica. En la explicación facilitada por el propio Aguado en su *Nuevo método de guitarra* (Madrid, 1834) se insistía en que la guitarra quedaba «como en el aire» gracias al sistema que permitía apoyarla sólo en dos puntos, uno en la base de la caja y otro en la unión del mástil con el clavijero. La columna o vástago que unía las tres patas con el brazo de hierro en que se fijaba la guitarra, se podía subir y bajar para mayor comodidad del intérprete, colocándolo en cada ocasión a la altura deseada.

Sor escribía, totalmente convencido de la eficacia del trípode: «Ese pie, que sostiene la guitarra a la altura y en la posición que conviene a cada ejecutante, ayuda a los medios de interpretación que se deberían emplear para sostener el mango o para presionar el cuerpo del instrumento con el brazo derecho para fijarlo. Al no tener que ocuparme más que de la digitación y de la producción del sonido, puedo colocar mi mano



TRIPEDISONO,

servant à fixer la Guitare,

inventé par D. Aguado.

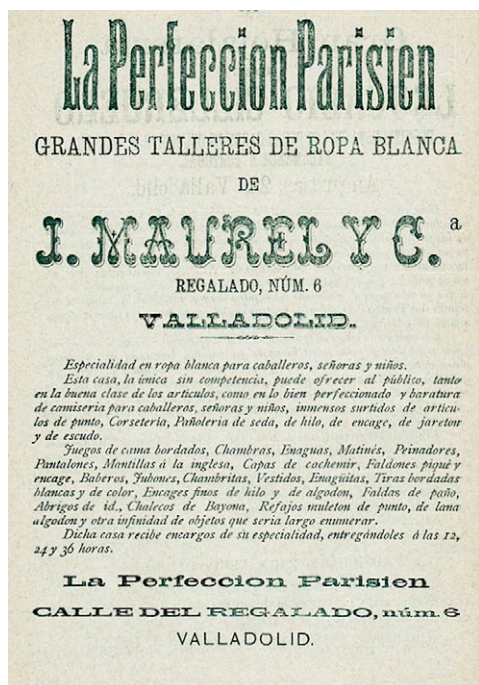
izquierda de manera que encuentre en las yemas de mis dedos lo que estaría obligado a buscar a cada instante si sostuviera el instrumento a la manera de la mayoría de los guitarristas; o bien, si quisiera sostenerlo como es debido, me expondría a que el peso del mango lo hiciera cambiar de dirección en los movimientos, o a que en una transición rápida de arriba abajo lo dejara un momento libre y mis dedos no encontraran la cuerda en el punto deseado». En unos papeles que se hallan en los archivos de la Fundación y que pertenecieron al corregidor-guitarrista vallisoletano, se puede ver —dibujado por el mismo intérprete— cómo era este aparato y la forma de sujetar en él el instrumento.



También podemos contemplarlo en un grabado de época en el que se ve al propio Aguado tocando cómodamente la guitarra, que va apoyada en el famoso «tripodison». Lo de «cómodamente», está dicho sin exageración, ya que una de las preocupaciones de los intérpretes de este instrumento ha sido, desde siempre, la postura que debían adoptar para tocar y ensayar sin cansarse y además con las mayores garantías de consecución de un sonido limpio. Por lo que se puede apreciar en el grabado, probablemente Aguado inventó el soporte para el pie izquierdo –que finalmente se hizo tan popular entre los guitarristas clásicos– después de haber probado suerte con el tripodison mencionado y sólo para los casos en que no se pudiera contar con la eficacia y comodidad del trípode, ya que los dos pies del músico, como puede comprobarse, están en el suelo y la silla en la que está sentado es más bien alta.

No estaría mal, aprovechando que recientemente se cumplieron 500 años de la derrota comunera en Villalar, recordar la figura de Pedro Pascasio Calvo —abogado, político, agricultor y guitarrista—, quien organizó una suscripción en Valladolid para pagar el catafalco que habría de llevar los supuestos restos de Bravo, Padilla y Maldonado a la Catedral de Zamora, reclamados en 1821 por el entonces gobernador militar, Juan Martín Díez, el «Empecinado».

SI VAS A PARÍS PAPÁ...



El derribo de algunos de los símbolos más significativos de la ciudad de Valladolid —los arcos por los que habían entrado en otros tiempos triunfalmente los reyes— presagiaba una ruina peor: la económica y financiera. El Banco de Valladolid, pese al incentivo que supusieron el Canal de Castilla (incentivo un poco tardío) y el ferrocarril (provocando a sus accionistas más gastos que ingresos a corto plazo) para el negocio de la harina, se hundía irremediable y estrepitosamente a fines de 1864 llevándose por delante fortunas y haciendas.

Podría decirse que el despegue económico de Valladolid a mediados del siglo XIX había estado determinado por las comunicaciones. Recordemos que en 1842 entraron en servicio los tres ramales del Canal de Castilla. Que desde 1850 se discute en el Ayuntamiento la necesidad de crear mercados al estilo de otras grandes ciudades en previsión del aumento de mercancías y el incremento de negocios. Que en 1851 se comienza a estudiar la construcción de un puente metálico sobre el Pisuerga que se llevará a efecto una década después. En 1854 se establece la línea telegráfica óptica entre Madrid e Irún, que pasaría por la ciudad. En 1856 la Alcaldía de Valladolid cede terrenos para construir la estación de ferrocarril y en 1859 llega por fin el tren al sur del Campo Grande. Un año antes se había aprobado en las Cortes el Plan General de Carreteras... Junto a todo ello, industriales como Manuel Pombo, Toribio Lecanda o José María Iztueta –santanderinos los tres– unen sus nombres a propietarios como Mariano Miguel de Reynoso o Blas López Morales que compran grandes extensiones agrícolas o terrenos cercanos a la ciudad, provenientes de las desamortizaciones de Mendizábal y Madoz, para hacerse con la llave del desarrollo urbano y del incremento en la producción de trigo, por ejemplo. Dos fundiciones, la de Julio Cardailhac y Félix Aldea y la de Agustín Mialhe, serán precursoras de una próspera industria que tendrá a Leto Gabilondo o a Miguel de Prado como ejemplos más importantes. Durante ese período se crean casi 50 sociedades comerciales en la ciudad y en la lista de los mayores contribuyentes a la hacienda pública figuran en lugares destacados los fabricantes de harinas. Al abrigo de determinadas fortunas se abren las primeras en-

tidades financieras serias entre 1857 y 1864: el Crédito Castellano, La Unión Castellana, el Banco de Valladolid, la Caja de Ahorros o la Sociedad de Crédito Industrial Agrícola y Mercantil. Todas ellas se resentirán en la crisis de 1864 que se llevará por delante negocios y sociedades por culpa de una gestión económica equivocada y excesivamente arriesgada. La quiebra de Antonio Ortiz Vega, uno de los personajes más ricos de la ciudad podría servir de ejemplo para describir una situación desmesurada que, por sus propios excesos, se va de las manos de sus protagonistas. Ortiz Vega era propietario de innumerables terrenos en Valladolid y accionista o dueño de más de siete fábricas de harinas repartidas por la región. El palacete de la calle de la Victoria, todavía en pie, recuerda esos momentos de esplendor de una ciudad cuyos prohombres quisieron vivir como se vivía en París en todos los sentidos, terminando por ser unos inadaptados.

Ya que he mencionado El Crédito Castellano, añadiré que fue creado a fines de 1861 por algunos accionistas del Banco de Valladolid (que en 1857, año de su creación, había tenido como principales capitalistas a don Benito Martínez Jover, don Juan Fernández Rico, don Miguel Polanco, don Toribio Lecanda –director– y don Salvador Pérez, del comercio de Valladolid), quienes estaban seguros de que una sociedad de crédito podría actuar más libremente en el mercado financiero que un banco de emisión, de los que solamente podía haber uno por plaza. Este hecho permitió que, ante la primera señal de alarma provocada por la suspensión de pagos de la Compañía de Crédito de España, el Consejo de Administración del Banco de Valladolid consintiera a sus consejeros –tam-

bién accionistas del Crédito Castellano—llevarse los efectivos del Banco a cambio de pagarés y especular con esas obligaciones de forma imprudente. Todos los historiadores coinciden en señalar que, aunque el recién creado Banco de España (en 1856 pasó a denominarse así el Banco de San Fernando) y el comisario regio —Rafael Cachá— eran conocedores de esa situación, no actuaron en consecuencia.



Las inversiones del Crédito Castellano se habían dirigido principalmente al ferrocarril Valladolid-Santander por Alar del Rey y a diferentes obras públicas que se suponía iban a estar relacionadas con los mercados de harina, como el puerto de Barcelona o el ferrocarril de Zaragoza a Barcelona, a los que el Estado dedicó especial atención. La especulación (que casi siempre consistía en la cesión de las concesiones a cambio de rápidos beneficios) y la imposibilidad de obtener réditos a corto plazo en inversiones como el ferrocarril hundieron las entidades de crédito.

El pagaré que se muestra en la fotografía, del Banco de Valladolid, todavía estaba en Reales de Vellón (el Real era la base del sistema monetario hasta que fue sustituido por la peseta en 1868 y el Vellón o *Billon* era un lingote aleado con plata y cobre).

Pasados unos años de la crisis, el periódico El Bú (*papelito que dará golpe*, como se titulaba la publicación) explicaba claramente los problemas que habían causado y empeorado la situación financiera de una Valladolid alegre y confiada: «El Banco, para salvar o atenuar la crisis metálica que amenazaba de muerte a Castilla entera, llevó a cabo una operación heroica, que según pudo haber salido bien, salió mal; porque los hombres de negocios se equivocan como todo el mundo. Si aquella operación hubiera producido el resultado que se deseaba, nadie se hubiera ocupado de ella; pero amigo, quebraron Pedro, Juan y Diego; el Banco no pudo cobrar los pagarés de su pertenencia. Resultado lógico y fatal de esto: el Banco de Valladolid cayó de bruces. Pues bien, aun en aquel funesto trance las cosas pudieron haberse arreglado todavía, pero la ocasión era calva para la venganza, el odio y todas las malas pasiones reunidas y capitaneadas por la villana intriga se desataron con intensa y feroz rabia y empezaron a verse con este motivo las negras nubes que aparecieron en el horizonte comercial de Valladolid».

Concluía la publicación: «Hace más de cuatro años (estamos en 1869) que

Primero: Valladolid está hecho una lástima.

Segundo: El comercio y la riqueza del país dieron de narices en los juzgados, escribanías y demás lugares inmundos.

Tercero: Las personas decentes no hemos visto de qué color es una peseta.

Cuarto: No hemos visto por esas calles de Dios más que escribas y fariseos con las uñas afiladas y aguzados los colmillos.

Quinto: Cada escribanía es un país de Jauja donde el oro ha llovido a torrentes.

Y sexto: Las nubes que ese oro derramaban eran las casas de comercio de Valladolid».

Esas pequeñas casas de comercio de Valladolid fueron las que, finalmente y con enorme esfuerzo, sacaron de la crisis a una ciudad que se había creído París sin serlo.

VALLADOLID-PARÍS

Repasando la lista de publicaciones vallisoletanas referentes a la actividad mercantil e industrial desde mediados del siglo XIX, nos encontraremos con títulos como *La Academia Comercial*, *El avisador mercantil*, *El boletín del comercio*, *El comercio*, *El comercio de Castilla*, *La crónica mercantil*, *El diario del comercio*, *El diario mercantil*, *El eco del comercio*, *El eco industrial*, *El indicador mercantil*, *La industria y el comercio*, *La juventud mercantil*, *El mercantil de Castilla*, *El Mercurio*, *El Norte de Castilla*, *El porvenir*, *El progreso*, *La revista mercantil*, *La revista económica*, *La unión comercial*, *La unión mercantil e industrial*, *La voz del Comercio...* etc., que dicen mucho de la actividad y el deseo de información de sus asociados y lectores. Por otro lado, asociaciones como el Ateneo Mercantil, la Sociedad de Comercio, la Sociedad filantrópica Mercantil, El Progreso Mercantil o el Círculo de Recreo, demuestran el interés de industriales y comerciantes por estar presentes en la vida social y cultural vallisoletanas. Estos hechos coinciden, particularmente en los 50 años con los que acaba el siglo XIX, con el afianzamiento de la burguesía como clase social determinante, la sustitución de las asocia-

ciones gremiales por las Cámaras de Comercio o Industria y la implantación de sindicatos y colegios profesionales en el proceso de defensa de determinados colectivos. Todo esto y mucho más –costumbres, modas, acontecimientos sociales, descubrimientos y avances técnicos– conforman un período de la historia de Valladolid de innegable interés.



¿Cómo llegaba la publicidad comercial a los vecinos de Valladolid para convertirlos en posibles clientes? Los medios habituales, ya se supone, eran los periódicos diarios, en los que las noticias de actualidad se apretaban junto a las alzas y las bajas de los precios de los mercados y junto a los anuncios de milagrosas medicinas que se podían obtener pidiéndolas directamente a Barcelona o a París. Esos bálsamos y específicos –al igual que cualquier otro invento del extranjero– venían avalados por ilustres doctores de reconocidas universidades y por «lumbreras de la ciencia médica de Europa», lo que les hacía más creíbles y eficaces.

El siglo XIX fue un siglo clave en el que la ciudad de Valladolid inició una aculturación acelerada en cuyo proceso la tradición parecía estorbar; una actividad dinámica y fagocitaria en la que las últimas modas se superponían a las anteriores por decreto sin que existiera la más mínima posibilidad de oposición. Y todo ello sobre un sustrato genético e identificador difícil de eliminar por completo. Mariano José de Larra, que analizó y soportó todo ello hasta donde le fue posible, describía esa situación movediza con el acierto y oportunidad que jalonó toda su obra: «La España está hace algunos años en un momento de transición; influida ya por el ejemplo extranjero, que ha rechazado por largo tiempo, empieza a admitir en toda su organización social notables variaciones; pero ni ha dejado de ser enteramente la España de Moratín, ni es todavía la España inglesa y francesa que la fuerza de las cosas tiende a formar. El escritor de costumbres está, pues, en el caso de un pintor que tiene que retratar a un niño cuyas facciones continúan variando después de que el pincel haya dejado de seguirlas: desventaja grande para la duración de la obra...».

Aunque muchas ciudades españolas querían parecerse a las extranjeras, a mediados del siglo XIX Valladolid se llevó la palma en imitar el urbanismo, el estilo, la elegancia y las modas y costumbres parisinas. Todo lo bueno venía de París o era «parisién»: era más «chic» decir *Maison Blanc* que Casa Blanca —local donde se vendía la ropa interior y de cama—, más fino llamar *Palace* al palacio y la moda empezaba a imponer la necesidad del *prêt à porter* sustituyendo el buen hacer de los sastres.

En 1860 se había iniciado en París la era Haussmann que transformaría la ciudad: su superficie pasaría de 3.300 hectáreas a 7.000 saltando por encima de sus propias murallas y alcanzando los límites de las antiguas fortificaciones de Thiers; se modernizaría, se construirían grandes obras públicas, se urbanizarían calles y plazas, y todo ello gracias a los monumentales proyectos de George Haussmann, prefecto y posteriormente político y senador, de cuya mano vinieron parques como el Bois de Boulogne, las estaciones de trenes, los mercados de abastos, el teatro de la Ópera (proyecto de Charles Garnier) y tantas otras obras que costaron al imperio de Napoleón III dos billones y medio de francos. Esos gastos fueron criticados principalmente por el político Jules Ferry que comparó irónicamente «Los fantásticos cuentos de Hoffman» con las «cuentas fantásticas de Haussmann». Las comparaciones son odiosas: París tenía en 1850 más de un millón de habitantes (había crecido entre 1790 y 1850 en más de 500.000) mientras que Valladolid capital, en 1861, tenía 57.356 habitantes (ese año nacieron 1.701 personas y murieron 1.781), que vivían en 3.769 casas. En 1863 había 104 fábricas, 31 farmacias y boticas, 14 parroquias, 31 serenos, 156 catedráticos y profesores y 249 abogados.

Algunos anuncios y gacetillas de la prensa a partir de los años 60 del siglo XIX seguían destacando, sin embargo, esa obsesión por lo parisino.

En aquel lejano pero siempre determinante siglo XIX, además de la evolución de las fábricas de tejidos, probablemente el invento que más contribuyó a la imposición de la

moda en todos los hogares fue la máquina de coser. Aunque su invención se atribuye a numerosos autores, probablemente el primer prototipo que se usó con provecho fue el del austríaco Josef Madersperger, quien regaló la patente del aparato que fabricó en 1825 y que aún se conserva en el Museo de la Técnica de Viena.



Isaac Singer

El norteamericano de origen judío Isaac Merrit Singer patentó en 1857 una máquina de coser similar a otras de inventores anteriores a él. Su principal aportación, que sin embargo no patentó, fue incorporar a la máquina una rueda, accionada con los pies por medio de un gran pedal, que permitía a la persona que cosía usar ambas manos. Sus máquinas daban tan buen resultado que pronto se impusie-

ron a las de sus competidores. Algunos malintencionados atribuyen la invención del nuevo modelo de máquina de coser al hecho de que Singer tuvo dos esposas y 8 hijos con la consiguiente carga doméstica que ello suponía y que, según sus detractores, le hizo agudizar el ingenio para que sus mujeres trabajaran menos. Mientras estaba casado con su primera mujer, Catalina Haley, mantuvo relaciones con Mary Ann Sponsler a quien no contó nada de su estado, según otros porque una de las muchas profesiones que probó fue la de actor. En cualquier caso se le recuerda como una persona imaginativa que inventó diferentes máquinas aunque la más conocida y la que le hizo pasar a la posteridad fue la de coser.

En Valladolid la empresa Singer se instaló en la calle de Regalado 6 desde los años 60 del siglo XIX, y bastante después pasó a la calle del Duque de la Victoria. Esta cosedora tuvo tanto éxito, que ya en 1886 se estrenó una Zarzuela titulada «Máquinas Singer», que en Valladolid se representó en el Pabellón Español, en el Campo Grande.

Hacia los años 20 del siglo pasado, se inventó incluso un nuevo modelo con motor eléctrico y luz, para los trabajos nocturnos.

EL COMERCIO EN VALLADOLID. *NEC OTIUM*



La Electra y la Caramelera castellana, en una foto de Patricio Cacho

Es bien conocida la labor del Diarista Pinciano –José Mariano Beristáin– precursor del periodismo comprometido, quien por medio de la publicación de sus gacetillas informaba y formaba a los vallisoletanos en la década de los 80 del siglo XVIII. Nos interesan sus escritos, no tanto por lo que pueden revelar acerca de la vida comercial de la ciudad sino por las noticias tangenciales que nos dan en relación con ese tema.

Hablando por ejemplo de las crecidas desastrosas de la Esgueva nos descubre que la gente de Valladolid usaba nada menos que 14 puentes para cruzar este río en diferentes partes de la ciudad: el puente de la Catedral, el de la Reina, el que iba de la cárcel de la ciudad al espolón nuevo, el del Bolo de la Antigua, el de Magaña, el del Conde de Cancelada, el de la Marquesa de Revilla, el de las Chirimías, el de San Benito, el de los Gallegos, el del Val...

No hace falta decir que tanto puente y tanta puerta iban en beneficio de un comercio activo y que aquellas inundaciones causaron una ruina a los tenderos mayores y menores por la falta de usuarios y compradores que, particularmente en el tiempo inmediato a la Semana Santa –recordemos que las inundaciones se produjeron a mediados de marzo– creaban una auténtica feria con los visitantes de los pueblos cercanos que entraban a Valladolid por el puente mayor, por la puerta del campo o por las puertas de Tudela y los Vadillos.

Ese pequeño comercio, sin embargo, no tenía nada que ver con el despegue industrial que se produjo en la ciudad a partir de mediados del siglo XIX, principalmente con la actividad de las fábricas de harinas y la sustitución de los antiguos molinos de piedra hidráulicos por el sistema austro-húngaro de cilindros.

Alrededor de ese negocio de la harina, que como todos sabemos comenzó a decaer a partir de la pérdida de las últimas provincias ultramarinas, se creó una red industrial –fundiciones, fábricas de sacos, construcción de edificios para las nuevas fábricas, carpintería de madera, instaladores de me-

canismos de cilindros, transportistas (ferrocarril, carretería, transporte fluvial), etc., etc.—.

Si seguimos la tradicional división en sectores de la actividad económica y de mercado tendríamos tres de las claves del engrandecimiento de la ciudad de Valladolid en el siglo XIX: la agricultura y maquinaria agrícola (o sea el trigo y la sustitución de la fuerza de los animales por la fuerza de los motores), la industria y las fundiciones (es decir el crecimiento durante varias décadas no consecutivas de algunas industrias relacionadas con las grandes obras públicas y privadas —puentes, estaciones, plazas de toros—) y, por último, el comercio, principalmente de alimentación (abacerías, mercados y establecimientos de hostelería), y los bazares.

Philippe Lavastre explica muy claramente en su magnífico trabajo sobre *Valladolid y sus élites*²⁰ que el desastre industrial y financiero de 1864 fue compensado por la actividad creciente y la sensatez y buen juicio del comercio vallisoletano, integrado por emprendedores recién llegados de Levante (léase estereros y heladeros, jugueteros o propietarios de bazares), de Santander (molineros y comerciantes de harinas) de Cataluña (tejidos y zapatos), del país vasco (fundiciones y maquinaria agrícola), de Cáceres y Salamanca (choriceros y fabricantes de embutidos) o los propios comerciantes locales. Entre 1865 y 1882, 110 nuevos comerciantes se inscriben en el registro o Matrícula, siendo el mejor año el de 1873 con 24 nuevas incorporaciones.

20 Philippe Lavastre: *Valladolid et ses élites. Les illusions d'une capitale régionale (1840–1900)*. Madrid, Casa de Velázquez, 2007.



Bodega Casa Izquierdo, en la calle de Miguel Iscar 3

No estará de más aclarar que el urbanismo de la ciudad va muy ligado también al desarrollo comercial de esos años ya que, gracias a la actividad mercantil y al rápido ascenso social de esos comerciantes burgueses se alzan nuevos edificios, surgen lugares para espectáculos y se diseñan construcciones muy bellas que sirven para dar a Valladolid un tono del que aún puede presumir.

Buena parte de esas construcciones incluían el aspecto externo del negocio comercial, es decir, las fachadas, escaparates, diseño de los aparadores, diseño gráfico de los anuncios y calidad en los productos ofrecidos. El Código español de

Comercio de 1829²¹, creado a imagen y semejanza del francés de 1807, contenía en uno de sus artículos una descripción sencilla pero significativa del comerciante. Porque Napoleón Bonaparte, inspirador del Código Civil francés y de otras normativas reguladoras, era, además de un militar ambicioso y de un político insaciable, un legislador de altura y también – no lo olvidemos – un precursor de las campañas de imagen que hoy parecen imprescindibles en el escaparate de la vida. Decía el Código español en su artículo 17: «El ejercicio habitual del comerciante, se supone, para los efectos legales, cuando después de haberse inscrito la persona en la matrícula de comerciantes, anuncia al público por circulares o por los periódicos o por carteles o por rótulos permanentes expuestos en lugar público, un establecimiento que tiene por objeto cualquiera de las operaciones que en este código se declaran como actos positivos de comercio y a estos anuncios se sigue que la persona inscrita se ocupa realmente en actos de esta misma especie».

Es decir, que sólo el hecho de inscribirse en el libro provincial de matrícula y de declarar por escrito la voluntad de dedicarse a la ocupación elegida por mayor o menor, era más importante o al menos anterior al acto de anunciar al público que se inauguraba un nuevo negocio en el que la relación humana y la claridad en el trato comercial eran tan primordiales como lo que se notificaba en el rótulo. De ahí que los nombres de muchas tiendas y fábricas se basasen o bien en el nombre de la persona titular –que apostaba sus propios apellidos

21

<https://web.archive.org/web/20130713171133/http://fama2.us.es/fde/ocr/2006/codigoDeComercio1829.pdf>

y con ellos la honradez de su comportamiento— o bien en algún poder de la mitología (como Helios, Gambrinus, etc.) o bien en títulos que eran toda una declaración de intenciones (como La Bondad, La Ilusión, La Constancia, La Progresiva, La Esperanza, etc.) o una bandera de identidad (La Vallisole-tana, La Castellana, etc.).

CONDENADOS A ENTENDERNOS



Si hay una palabra que signifique lo mismo en todo el mundo, esa es sin duda la voz «Quiosco», que se puede escribir con q o con k, pronunciarse chiosco en italiano, quiosque en francés, kiosk en inglés, der kiosk en alemán, киоск en ruso o kyösk en turco, pero en todos los casos estaríamos hablando de lo mismo: una caseta, una pequeña construcción desde la cual alguien pretende despertar nuestra imaginación o hacernos soñar. Según la época en que situemos nuestros recuerdos infantiles pueden variar los contenidos de esa caseta, porque las modas son así: imponen tiránica

o caprichosamente sus normas para hacerlas luego desaparecer cuando parece que nos vamos acostumbrando a ellas o en cuanto dejan de interesar al pequeño universo del comercio. En cualquier caso nos referimos a pequeños productos, baratos y fáciles de llevar o consumir, cuya visión invita a su adquisición, bien porque no es algo común bien porque su posesión nos producirá una ilusión o un deleite. En mi época de niño eran frecuentes las barras de regaliz de diferentes marcas, las bolas de anís, los caramelos de menta, los chicles de sabor a fresa o las pipas, pero cualquier persona que me aventaje en edad o tenga menos años que yo podría manifestar sus preferencias y recuerdos en otro sentido y hablar de las chufas, de los cacahuetes, de las almendras, de los cigarrillos, de los cromos o de las caretas de carnaval sin alterar la imagen mercantil y adictiva de los pequeños puestos.

Hay algo en lo que tampoco nos pondríamos de acuerdo y sería en los títulos de los tebeos que ávidamente nos poníamos a leer en cualquier banco de un parque o de una avenida. Los héroes de los cuentos escuchados al amor de la lumbre habían cambiado su nombre y se vestían de otro modo aunque sus virtudes y defectos continuasen siendo los mismos: en mi época estaba el Capitán Trueno o Roberto Alcázar en el bando nacional, mientras que Roy Rogers, Tarzán, Supermán, el Llanero Solitario o Big Ben Bolt nos llegaban de la América Imperial con sus usos y costumbres que nos sorprendían hasta que empezábamos a practicarlas. Nada que decir del lenguaje escrito, que nos acercaba americanismos por obra y gracia de la editorial Novaro cuyas publicaciones

eran distribuidas en España por Queromón editores. Nunca me olvidaré de algunas palabras leídas en aquellas publicaciones, que tuve que consultar al diccionario porque todavía no habían entrado en mi vocabulario, como «abigeo» (con tanto tebeo de vaqueros había mucho robo de ganado, claro), que resultaron ser voces latinas usadas en toda América y tan precisas como descriptivas. Así, «llorando y riendo, iba el niño aprendiendo», como dice la paremia.

A veces, cuando el comerciante propietario o arrendatario del quiosco se percataba que estaba un poco lejos del público usuario —que era mayoritariamente infantil— enviaba una franquicia en forma de señora mayor con mantón y cesta para todo uso, que se apostaba a la puerta de los colegios para abastecer de chucherías a la chiquillería a la entrada o a la salida de los centros escolares.

Algunos propietarios de quioscos pasaron a la historia por su incesante y «cultural» actividad. Es el caso de Celestino González, dueño sucesivamente de los quioscos de la Plaza Mayor y de la Fuente Dorada en Valladolid, quien a comienzos del siglo xx llegó a ofrecer a su clientela distribuida por toda la Península más de quinientos títulos de zarzuelas y óperas de cuyas transcripciones y reducciones fue autor. Otros adaptadores, como José Aranda y Acisclo Gil en Madrid, también cumplieron el mismo papel, dejando clara en primera página su autoría y mencionando el recurso a la Justicia en el caso de que no se respetara su derecho o que se plagiasen su trabajo.

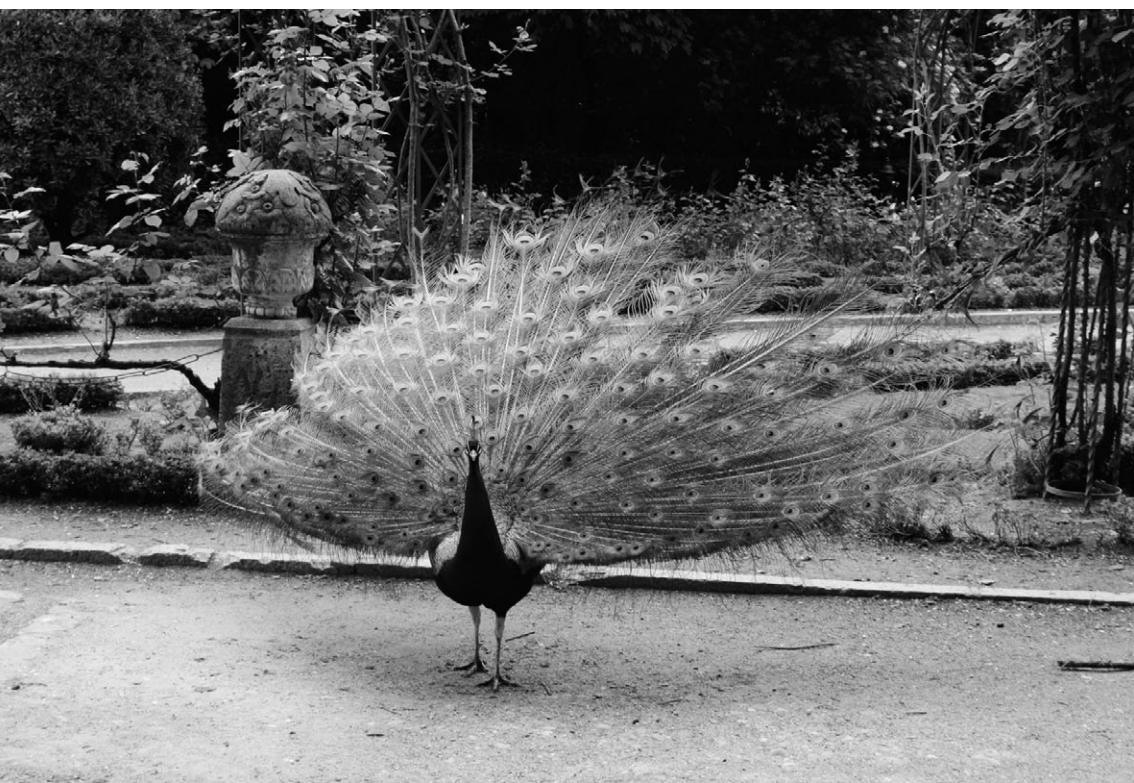
A esa forma de difusión del repertorio lírico y dramático contribuyeron en gran medida algunas imprentas de Valladolid como la de Eduardo Sáenz, la de Julián Torés situada en la calle Sierpe 16, Montero (en la Acera 4 y 6), la Imprenta Castellana, el establecimiento tipográfico de «La Libertad», Ruiz Zurro y Lozano (Cascajares 3) y hasta la famosa de Fernando Santarén. Sin embargo, quienes distribuyeron por toda España los argumentos de Celestino González fueron sus «corresponsales», quiosqueros como él, que desde Valencia (José Gallego), Sevilla (Rafael Virtudes), Coruña (Lino Pérez), Bilbao (Esteban García), Gijón (Juan Folguera) y Barcelona (Jaime Llach), repartieron a los cuatro vientos un trabajo tan meritorio como poco conocido.



En la última década del siglo XIX, Celestino solicitó al Ayuntamiento el uso y gestión de un quiosco en la Plaza Mayor (entre la columna mingitoria –o quiosco para necesidades, que no siempre estos negocios fueron limpios– y los soportales de la Acera de San Francisco) que intentó mejorar en 1893 pero que por razones ajenas a su voluntad no pudo reestructurar hasta 1896. Se ve que, a pesar de vender participaciones de lotería en su quiosco, la suerte no quería acompañarle. El

proyecto de esa caseta, del maestro de obras Bonifacio Rivero, era un modelo octogonal que se hizo muy popular en la época entre siglos y que aparece en muchas de las fotografías de aquellos años.

Hablando de proyectos de quioscos, en 1863 el arquitecto municipal José Benedicto diseñó un quiosco o templete para tener música en la Plaza Mayor, que no sería sustituido hasta 1927 por otro, diseñado por Domingo Velasco. Todavía no habían entrado las audiciones musicales en la esfera doméstica y la gente se conformaba con acudir a los paseos y parques a escuchar a las bandas, sobre todo de los regimientos militares. Pero quitando los pocos rapaces que crecían con una específica formación musical, en general su entretenimiento consistía más en tirarles chinitas a los músicos para molestarles, que en escucharlos. Años más tarde, algunos pocos – como el que esto escribe – se aprovecharon de que entre los tebeos de su época llegaban de vez en cuando cancioneros, con títulos tan pretenciosos como «Cancionero moderno», que le servían de entretenimiento y de documentación para hacer un repertorio, que se iría derivando hacia otros estilos y otros gustos.



EL CAMPO DE LA VERDAD

El Campo Grande ha sido un espacio ante el cual todos y cada uno de los vallisoletanos, o de los visitantes de Valladolid, hemos tenido un escalofrío particular. A veces la emoción habrá venido por el lado de la naturaleza, que tiene en ese precioso parque una de las cátedras desde la que se explica a la ciudad cómo sobrevivir en un mundo contaminado; en otras ocasiones, la sacudida procederá de los sentidos, que hallan en el solo hecho de traspasar los umbrales del parque un incentivo poderoso; a veces será el recuerdo o la memoria los que hablen en silencio de momentos perdidos y ganados; la historia, por fin, nos comunicará a través de sus datos las incidencias que a lo largo de varios siglos fueron dando forma y sentido a este enorme teatro. Porque teatro o escenario puede llamarse a un espacio que ha servido para que actuara tanta gente para tantos espectadores. En el Campo Grande ha habido juegos –de guerra y de paz, de mayores y de pequeños, aunque no le fuesen a la zaga en peligrosidad éstos a aquéllos–, ha habido representaciones, misas, máscaras, cosos blancos, arcos triunfales, desfiles, procesiones, carnavales, circos, exhibiciones, muestras agrícolas, puestos de feria, carreras de vehículos, figuras de cera, museos diversos,

títeres, autómatas, corridas de gallos, bolos, rifas, prestidigitación, luminarias, fuegos artificiales, funambulistas, exhibicionistas, despegue de globos aerostáticos, presentaciones (entre todas me quedo con una prueba de un nuevo «matafuegos», una especie de extintor que debía ser tan pesado que tenía que ir colocado en las espaldas de un pobre mozo de cordel), y siempre, por encima de todo, un Arca de Noé varado y variado donde destacaban los pavos reales descendientes de aquellos que regaló al parque la viuda de Zuazagoitia.

Especial lugar ha tenido la música. Durante el siglo XIX fue tal la afición por las bandas, particularmente en la segunda mitad del siglo, que prácticamente no había día en que no tocase alguna agrupación o banda militar para hacer más ameno el deambular de los visitantes del parque. Fueron suprimiéndose, eso sí, costumbres inciviles que habían obligado a elevar de nivel –de nivel físico– a los músicos y a aislarlos de posibles agresiones. Sí, no es ninguna exageración: alguna vez he contado ya que los músicos tenían que soportar a los niños tirándoles chinistas a la cara o apagándoles las velas en algún concierto nocturno, o a la gente acercándose tanto a ellos que no les dejaban interpretar libremente. Por eso se hicieron los templete, en los que la música se oía mejor, el intérprete se liberaba de molestos inconvenientes y el Arte con mayúsculas se podía elevar al Olimpo soñado por encima de las cosas mortales. El Norte de Castilla lo decía claramente en una gacetilla de 1863:

«El ayuntamiento ha decidido hacer un tablado en el Campo Grande para la música militar. Así se evitará el aglomeramiento (sic) de gentes alrededor de la música».

El periodista aprovechaba para recomendar que el tablado se construyera cerca de uno de los faroles del gas y así no necesitarían los músicos llevar hachas de viento. Se quejaba también de la algarabía que producían los niños y avisaba a los padres y a la autoridad para que tomaran las medidas oportunas. Y con humor terminaba diciendo que en uno de los conciertos se había encontrado una liga comprada en Pedroñeras que tenía 44 cms de circunferencia y pensaba que podría pertenecer a un manchego «más feote que el mismo Piscio»²².

Bromas aparte, la música era, por lo general, uno de los puntos de encuentro de casi todos los visitantes y paseantes del Campo Grande. Era ese lugar común, agradable, entretenido, emocionante, acústico, en el que querían encontrarse todos los vallisoletanos de distintas edades que circundaban el atractivo escenario de los templetes. Tan arraigada estaba la música en los espectadores que una poetisa anónima, desanimada al comprobar que por diversas razones el parque se había quedado circunstancialmente sin los sonos habituales, mandaba al periódico en 1875 un poemita que decía:

*Música, se oye decir,
Musica, se oye gritar
y Música...repetir
por el Campo y nada más.*

*¿Es ilusión o deseo
esa voz que el pueblo lanza?*

*Es que perdió la esperanza
de escucharla en el paseo*

*El paseante:– Si al ayuntamiento llego
¿me darán lo que suplico?
Una voz:– No hay perro chico
para hacer tocar a un ciego...*

*Coro general:– Entonces, señor alcalde
el que a tocar no se mueva
lo coge usted y lo lleva
a que nos toque de balde²³.*

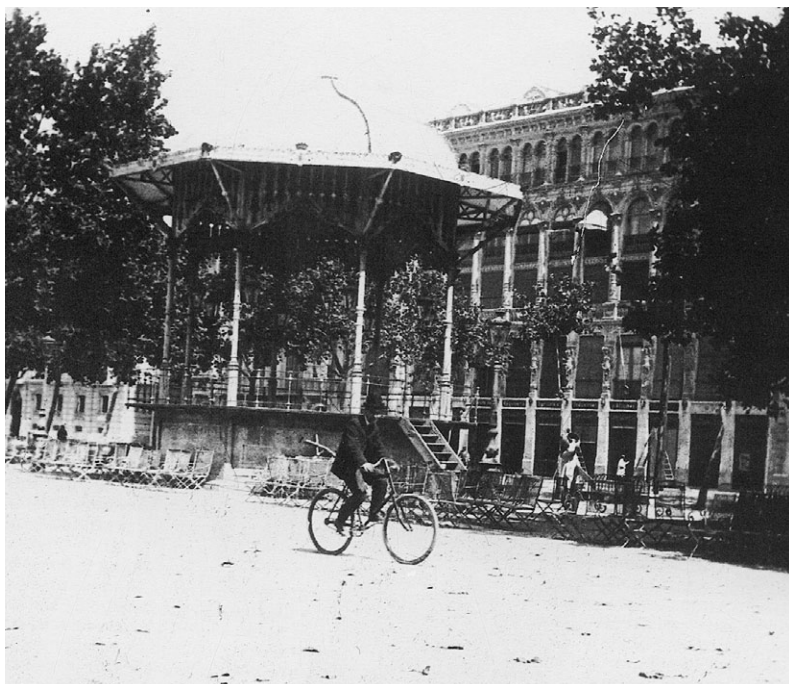
No todo eran delicias, sin embargo. Recordaré dos peligros a cuál mayor para finalizar. Uno, tradicional, los toros. Decía un periódico local a fines del siglo XIX: «Anteayer, aunque la empresa de la Plaza de Toros no había fijado carteles, ni anunciado función, hubo sus correspondientes corridas, y muy expuestas por cierto, pues a no ser por el valor de un joven paisano hubieran sucedido en el Campo Grande mil desgracias. Y todo porque no se cumplen las ordenanzas y no se cuidan de proteger a sus subordinados con la observancia de las mismas. Como a las cinco y media de la tarde y cuando toda la gente salía a paseo, cuando en el Campo Grande había mucha concurrencia y entre ella un número crecidísimo de niños, llevaban por el Campillo un torete al Matadero público, sujeto con una cuerda que amarraba una de las astas a una pata del animal; pero este se acordó de su autonomía, quiso recobrar su libertad, se sublevó contra los conductores y alar-

mó al público que por la calle de Miguel Íscar iba al paseo del Campo Grande. (...) Finalmente fue degollada en pleno paseo público por un matarife»²⁴.

Sorprende que hubiese en aquel punto y hora un matarife tan a mano, pero hemos de pensar en la cantidad de cortadores, carniceros y tablajeros que tendrían los mercados vallisoletanos de la época, y el del Campillo estaba cerca...

El otro motivo de sobresalto llegaba de la mano del progreso, según escribía la *Crónica Mercantil*: «Se ha desarrollado tal afición en esta Capital a los velocípedos que son muchas las personas que les usan y se pasean en ellos por todos los sitios sin reparar en la incomodidad que ocasionan al que lo hace a pie. En el salón del Campo Grande hay algunas tardes cuatro o seis que son la alarma constante de las madres que tienen a sus pequeñuelos jugando en este lugar. Para evitar pues cualquier percance, se ruega a la autoridad municipal encargue a sus dependientes prohíban la circulación de velocípedos por paseos tan concurridos como el que nos ocupa».

Había afición y un entusiasmo sin medida, como puede verse. Con ocasión de la llegada de un espectáculo ciclopedista a Valladolid se publicaba en *El Norte de Castilla* en 1886: «Con esa entrada selecta, escogida y numerosa que suele concurrir al magnífico teatro de Calderón las noches de gran solemnidad, dieron el jueves su primera función los artistas que forman la compañía de velocipedistas que con tan justo nombre



vienen precedidos por su habilidad y maestría en el manejo de velocípedos y variados y difíciles equilibrios». No era sencillo mantenerse en un vehículo de esas características y menos si se querían hacer virguerías como parece que realizaban estos «artistas». En cualquier caso, parece que su arte contribuyó a crear adeptos ya que bien pronto el Ayuntamiento incorporó a las fiestas de septiembre las carreras de velocípedos, como se refleja en las Actas del Pleno de septiembre de 1886: «En la sesión municipal celebrada el día 9 del corriente la Comisión de Gobierno presentó a la aprobación el programa de festejos para la próxima feria consistentes en músicas, fuegos artificiales, iluminaciones en el templete de la Plaza, dulzainas, cucañas y carreras de velocípedos, y se acordó autorizar a la Comisión para que disponga la ejecución de dichos festejos».

En la prensa se publicaba el programa del concurso de grandes carreras de velocípedos organizadas por el Excmo. Ayuntamiento de Valladolid con la colaboración de la Sociedad de Velocipedistas de Madrid y Valladolid y que se habría de celebrar en el paseo del Campo Grande el mes de Septiembre. Se añadía una nota final: «Para tomar parte en las carreras es obligatorio el traje de velocipedista. Los que hayan de tomar parte en las carreras, mandarán antes del 15 del corriente nota de su nombre o pseudónimo, colores de traje, peso, altura y sistema de su máquina».

Casi como en Halloween, vamos.

CRÍMENES DE LIBRO



La familia Díaz, en 1955, junto al portal de la calle de Italia 7

Tratando de recordar cuál fue el primer relato que llegó a mi infancia vallisoletana, me topo de pronto y con un realismo inusitado con una historia que circulaba por el barrio donde nos vinimos a vivir cuando mis padres se trasladaron desde Zamora a Valladolid. Las calles de ese barrio, bautizadas desde la década de los 40 con los nombres de algunas de las naciones que compusieron el Eje en la segunda guerra mundial, o sea, Alemania, Italia y Portugal, se habían trazado sobre unas antiguas huertas salpicadas aquí y allá por casitas molineras donde habitaban y trabajaban los huertanos. Cuando Cándido Learra construyó la manzana a la que después iríamos a vivir, con una altura de cuatro pisos, todas las demás edificaciones quedaron empequeñecidas por la nueva mole que venía a anunciar una vida «moderna» y superior.

Nada más llegar al barrio, las porteras entraron en acción y comenzaron a informar a mi madre de los sucesos recientes que habían sacudido la tranquilidad del entorno. Precisamente el espacio que ocupaba el edificio recién construido tenía a su alrededor todavía unos solares que, en la zona de la calle de Italia se denominaban «la huerta del cascabel» y albergaban un pequeño edificio de una sola planta siempre cerrado a cal y canto. Pronto supimos que aquella casa había sido testigo mudo de un crimen que había cometido un tal Lesmes, crimen del que se hacían lenguas todos los vecinos por lo insólito y secreto. Al parecer las discusiones entre Lesmes y su esposa eran tan frecuentes y tan estruendosas que llegaban a todos los rincones de la pequeña barriada. Un día, aquellos gritos e improperios dejaron de sonar y se convirtieron en abiertas carcajadas que primero sorprendieron a todos y luego dejaron de interesar porque la felicidad no suele ser digna de comentario. Todas las tardes, al terminar el trabajo de la huerta, Lesmes entraba en su casa y comenzaban a oírse las risas incontenibles de su mujer, que a veces alcanzaban tal grado de paroxismo que algunos malintencionados lo identificaban con los estertores de un orgasmo. Vista la poca conversación que la dicha conyugal podía provocar e imaginadas todas las posibilidades orgásmicas y anorgásmicas que se podían suscitar en una relación marital, la vida de Lesmes y su mujer dejó de ser la comidilla vecinal y pasó a convertirse simplemente en costumbre. Sólo una portera observó que Lesmes se encargaba de la escasa compra semanal que podía necesitar un matrimonio sin hijos, con verduras a mano y numerosas gallinas picamierda, y su mujer no salía ni a sacudir las sábanas, tarea tan habitual como necesaria en cualquier

hogar. Lesmes le aclaró que su mujer padecía un achaque que le impedía andar y que prefería que no lo supiera nadie para evitar cualquier tipo de comentarios, tanto los malignos como los que pudiesen contener innecesaria conmiseración. Añadió que cuando entraba en casa después del trabajo diario se sentaba junto a la cama y contaba historias divertidas a su mujer que le hacían reír mucho... La portera quedó tan convencida como satisfecha.

El día que la Guardia Civil entró en la casa molinera para realizar un registro todos supieron que Lesmes se había entregado a la Justicia y confesado su crimen: durante meses había estado torturando a su mujer, a la que había atado a la cama, haciéndole cosquillas en la planta de los pies con una pluma de gallina...



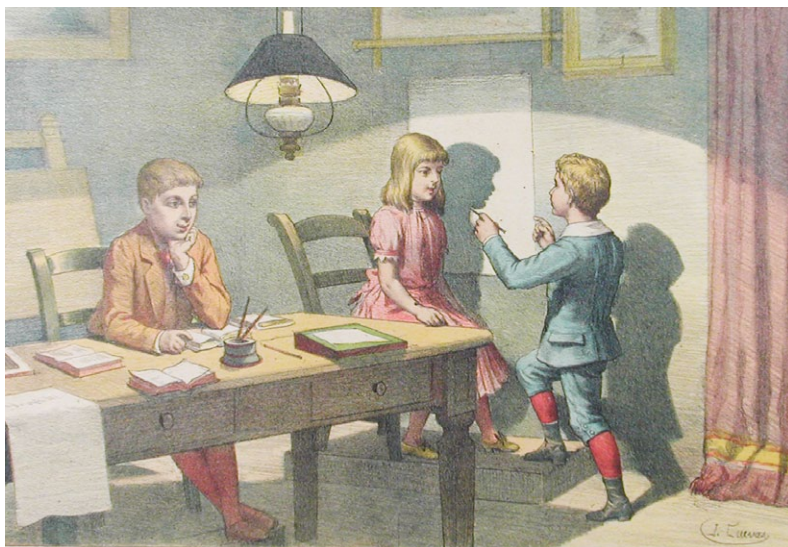
¡Qué mundo el de la infancia, delicioso y terrible al tiempo! Durante mucho tiempo estuve mirando con recelo a Lesmes I, famoso futbolista y vecino nuestro –un encanto de

persona y un expeditivo defensa—, sólo por llamarse igual. A la mente me venía frecuentemente además una canción que solía cantarnos mi madre:

*Manolo Pirolo
mató a su mujer
la hizo escabeche
y la puso a vender...*

Las cosquillas mortales, las risas locas, el escabeche y la casa molinera se hacían sitio en mis fantasías hasta convertirse en ese tipo de pesadilla nocturna que tanto nos alteró los pulsos en la infancia.

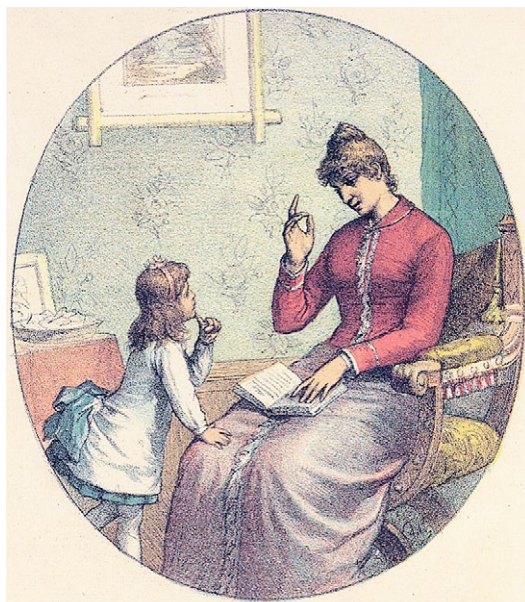
JUEGOS DE NIÑOS



Durante buena parte del siglo XIX se llamaba policía a la correcta conducta en la *polis*, es decir en la ciudad. Las buenas costumbres, algunas de ellas modificadas o mejoradas con el paso de los años por la relación cotidiana con los vecinos, se iban adquiriendo ya desde la primera infancia. La función de «la guardia urbana» —o sea de la policía de hoy— era precisamente ayudar a los padres (no siempre atentos a los movimientos de sus hijos) en la tarea de corregir a tiempo los comportamientos infantiles, sobre todo si de sus diversiones irresponsables pudiera seguirse un perjuicio para el resto de los ciudadanos. Los decretos de la autoridad competente, en forma de bando, se fijaban por las calles y advertían de las multas o castigos que se seguirían de su incumplimiento. El Bando de buen gobierno para la ciudad de Valladolid publicado por el Alcalde corregidor en

1862, por ejemplo, insistía en sus artículos 4 y 13 en la prohibición de jugar a la pelota en los atrios de los templos y a los bolos, barra, morrillo y demás juegos de esta clase en sitios públicos, extendiendo la orden a las pedreas y cualquier otro juego perjudicial. Pese al precepto claro que alcanzaba a niños y jóvenes —y justamente en el mismo año del bando— un periodista o gacetillero se quejaba en un diario vallisoletano de que «cuatro mozos que jugaban a la barra en las Moreras hirieron gravemente a un niño» y avisa de que se practicaba a diario. Un año más tarde continúa escribiendo con insistencia: «Anteayer, en uno de los juegos de barra que se sitúan en el campo de marte, al soltarla uno de los jugadores se atravesó un muchacho de unos diez años de edad. recibiendo tal golpe en la cabeza que es probable deje de existir pronto». Advierte también que, ya que no se suprime el juego, convendría limitarlo a un terreno a propósito, separado por una reja o una cuerda. Diez años más tarde la gacetilla vuelve a aparecer con el título «No me gusta» y dice: «Sobre las cinco y media de la tarde de ayer, hallándose jugando a la barra varios aficionados, se le desprendió de las manos a uno de ellos el hierro que sirve para esta clase de diversión, hiriendo en la cabeza a uno de los espectadores. No es la primera vez que suceden desgracias como ésta por acercarse demasiado los espectadores a presenciar tales distracciones».

Con la misma diligencia en advertir pero con el mismo resultado negativo en la concienciación de los jugadores, aparecen gacetillas sobre bolos, tango o tanguillo y mocha. Sobre la chirumba, especie de golf rústico en el que en vez de una bola



se golpeaba con un palo largo otro más corto afilado en sus dos extremos, se escribe: «En la glorieta de la Plaza Mayor, aun en las horas en que el público está paseando en ella, los chicos se divierten con el juego de la chirumba, muy a propósito para sacar los ojos a los transeúntes, por lo cual la autoridad debía evitarlo». Y poco después insiste: «¿Por qué se permite? Ayer por la mañana, y estando en la plaza mayor disfrutando del sol que la bañaba, un amigo nuestro, señor muy respetable por su edad y posición, estuvo expuesto a que le saltaran un ojo con un pedazo de madera unos muchachos que jugaban. Si estos sitios se han hecho y no tienen otro objeto que pasear en ellos, debieran los agentes impedir que los chicos jueguen, mucho más si sus juegos son de exposición, como el de la chirumba, pues es lógico que, no teniendo los jugadores el suficiente criterio para conocer que pueden hacer daño a alguno de los que tranquilamente pasean, suceda lo que da

lugar a nuestra queja. Por fortuna la chirumba llevaba poca fuerza y no se produjo más que el susto consiguiente»²⁵. El periodista, desesperado por el escaso resultado que tenían sus advertencias, había ido pidiendo responsabilidad, sucesiva e infructuosamente a los propios jugadores, a los espectadores y finalmente a la autoridad. En una gacetilla de 1874 aparece un nuevo peligro y se escribe: «Qué diversión. Hemos tenido el disgusto de presenciar días pasados que los inocentes muchachos han añadido una diversión más a las tan consabidas de las hondas, la pelota y la chirumba con que ponen en un hilo la tranquilidad del transeúnte, y que consiste en colocar dos alambres paralelos y sujetos entre sí, con los que, poniendo en una especie de hondita pequeña una piedra, es arrojada con fuerza por una goma, pudiendo aquella causar grave riesgo al que tenga la desgracia de servirle de blanco». O sea, el invento del tirachinas en Valladolid.

No todas las costumbres eran tan violentas, sin embargo. Hacia el mes de mayo y en sus primeros días regresaba cada año la tradición de la cruz de mayo, cristianización de las fiestas paganas de la primavera dedicadas al culto al árbol. Los niños se encargaban de ir por las calles pidiendo una limosna «para la cruz de mayo, San Felipe y Santiago», actividad que provocaba la inmediata reacción en los vigilantes de la moral y los comportamientos: «Vemos que no se ha olvidado entre los muchachos la tradicional costumbre de pedir para la cruz de mayo. Esta diversión sería algo distraída si no fuese tan molesta a los bolsillos de todo transeúnte». Hacia la década de los 70 del siglo XIX parece que decae un poco, de lo cual se

alegra el periodista, pero es una ilusión suya: la tradición entra en el siglo xx sin señales de agotamiento y aún seguirá bastantes años cubriendo los tres primeros días del mes florido.

Más personal, y por tanto menos molesto, era el llamado juego de la rayuela. Una diversión tan sencilla, que aún practican muchos niños y niñas de todo el mundo, nos servirá para comprobar el contenido simbólico de algunos juegos y su representación por medio de gestos: los niños deben ir avanzando en su recorrido –un recorrido que se ha marcado previamente y que se asemeja a una cuadrícula escaqueada– que realizan sobre una sola pierna y procurando que el tejo que van golpeando con el pie alcance nítidamente el centro del cuadro inmediato a aquél en el que están. Los tres primeros cuadros se deben recorrer, pues, sin que el tejo quede nunca en las líneas de separación. El cuarto escaque permite descansar y luego hay otros cuatro espacios triangulares formando un cuadro mayor, que se deben recorrer en el sentido contrario al que llevan las agujas del reloj para quedar, finalmente, de frente a todo el camino recorrido. Cuando tal cosa sucede, el niño o la niña, de espaldas para que la acción tenga más dificultad, tiran el tejo con el que han jugado hacia los últimos cuadros que representan el infierno y el cielo, con la intención de que caiga en el segundo. Si el tejo se pasa o se queda en el infierno, se ha perdido el juego.

No hace falta cavilar demasiado para adivinar en este pasatiempo una imitación de la propia vida según el sentido de la cultura cristiana: el cuadro primero representa la infancia, el

segundo la mocedad, el tercero la madurez y el cuarto el descanso de la vejez, es decir, las edades del hombre; las cuatro «campanas» o triángulos que vienen a continuación, que se recorren en sentido contrario a las agujas del reloj (es decir, en contra del tiempo vital, por así decirlo) obligan al jugador a enfrentarse con su propio recorrido, es decir con su propia existencia, concluida la cual, si tiene habilidad y precisión, puede obtener la recompensa del cielo –es decir, ganar el juego– no sin antes haber hecho el último movimiento certero para colocar su tejo (su alma) en el lugar deseado. Todo el entretenimiento es, del principio al fin, un remedo o imitación de la vida y hasta el hecho de echar a suertes para saber quién saldrá o jugará en primer lugar, es un acto imprescindible y ritual que evidencia la intervención del azar en la ventura que a cada uno le espera.

En este, como en otros juegos, se requiere del jugador una actitud atenta; la distracción, desatención u omisión de cualquiera de los pasos intermedios, le desconcentrarían y le acarrearían adversidad. Es cierto que la suerte y el destino son parejos y en cierto modo dependen del azar, pero la experiencia ha demostrado que estrategia y habilidad convierten al juego (o a la vida) en un hecho mejorable. El jugador ha recibido las normas de otros que le precedieron y a quienes trata de imitar en los movimientos fundamentales, pero intuye también que puede crear o modificar sus propias tácticas –esas que le sugieren precisamente sus aptitudes y su situación en el juego y en el campo– para conseguir un mejor resultado.

UN TRANVÍA LLAMADO DESEO

Los años 60 del siglo XIX –y yo añadiría que el siglo entero– fueron propicios para los inventos, las patentes, las aventuras y, todo hay que decirlo, la incertidumbre acerca de cuál sería el sistema ideal o definitivo de desplazamiento en una ciudad del futuro. Todavía seguimos esperando, pues de los lujosos y potentes vehículos a motor hemos regresado al patinete que montaron nuestros abuelos cuando eran mozalbetes o a los velocípedos que defendió don Narciso Alonso Cortés.

El efímero recorrido de uno de esos medios de transporte –el tranvía– comienza en 1868 con una noticia advirtiéndolo en el periódico local *El Norte de Castilla*, que el 18 de abril se iba a presentar un proyecto para un «ferrocarril o tranvía» con motor animal desde Rioseco a Toro, Villabrágima, Tordelumos, Villagarcía, Villanueva de los Caballeros, San Pedro de Latarce, Vardemarbán, Pinilla de Toro, Villardondiego y Tagarabuena²⁶.



No sabemos muy bien qué tipo de vehículo se proponía concretamente en ese proyecto, pero naturalmente iba a ser arrastrado por caballos o mulas igual que todos los tipos de tranvías que se habían experimentado desde que en 1807 se hicieran las primeras pruebas de tranvías de viajeros, sobre los mismos carriles que se usaban para transporte de mercancías. A España el tranvía llegaría definitivamente en 1871 y su deslizamiento sobre las calles de la ciudad de Valladolid correría la misma suerte aciaga que el resto de los vehículos anteriores —carretas, carros, carruajes, carromatos, diligencias, landós, tílburis y tantos otros modelos— por causa de los baches de las calzadas.

«Hace días —escribía un poco molesto un periodista del diario mencionado— se llamó la atención al Alcalde por el mal estado en que se encontraban algunos tramos del pavimento que comprende el trayecto del tranvía. Algunos días después vimos que un pequeño número de hombres se ocupaba de arreglar la entrevía de los raíles, pero tan sumamente económica ha sido la reforma practicada que no se deja notar el arreglo».



Los peligros por descuidos o imprudencias también eran similares y preocupantes. Leemos en otra gacetilla: «Antes de ayer fue atropellada por el tranvía una mujer que caminaba sobre un pollino por el estrecho de la calle de Santiago. Está terminantemente prohibido el tránsito de caballerías y carruajes, excepto del tranvía, por dicho sitio (se refiere al tramo que se estrechaba por efecto de la propia fábrica de la iglesia) y un guardia municipal debe prestar servicio en aquel punto permanentemente»²⁷.

La cosa se complicaba si ese paso se llenaba de gente en determinados momentos como las fiestas del Carnaval: «El tránsito de los carruajes del tranvía por el estrecho de la calle de Santiago puede dar lugar a irreparables contratiempos en estos días en que por dicho trozo de vía discurre numerosa muchedumbre».

Los frecuentes descarrilamientos por el mal estado de la vía repercutían asimismo en el estado y la salud de los animales que se encargaban de arrastrar los carruajes. La prensa local lo ratifica: «Llamamos la atención del Sr. Director de los tranvías interiores para que ordene sea retirado del servicio en público un caballo cuyo estado es verdaderamente lastimoso y que causa repugnancia a cuantas personas tienen la desdicha de verle».

Y eso por las frecuentes salidas del carril que acababa con la resistencia de los animales y con la paciencia de los viajeros: «Dos veces descarriló el tranvía en la Plaza Mayor, viéndose precisados los viajeros a continuar su camino *«pédibus»* andando». La frecuencia con que se repiten estos casos revela el mal estado del trayecto y la empresa no debe descuidar ese servicio en bien de sus propios intereses».

¿Cuál era ese recorrido aparentemente tan calamitoso y deteriorado? Según Pedro Pintado que ha estudiado el desarrollo de los tranvías en la ciudad²⁸, el primer proyecto lo presentó Enrique Martín Cordero en 1871 y pretendía llevar mercancías y viajeros desde la dársena del Canal al Poniente, donde se bifurcaría el viaje yendo un ramal por María de Molina, Arco de Santiago, Plaza de Zorrilla y Paseo de Recoletos mientras el otro iba por Fuente Dorada, Duque de la Victoria, Campillo de San Andrés y el descampado donde después se abriría la calle de Gamazo hasta la estación del ferrocarril del Norte. Las condiciones impuestas por el Ayuntamiento no le parecieron bien al peticionario y desistió. El segundo proyec-

to, casi cinco años más tarde, presentado por Carlos Anglada, tampoco tuvo éxito. El tercero y definitivo vino de la mano de dos empresarios, Antonio Valero y Francisco Morales, quienes lo presentaron con Alejandro Aced como director facultativo. Pronto se dio de baja Valero por enfermedad y Morales inició las obras en agosto de 1880, aunque su proyecto era tan ambicioso y tenía un recorrido tan largo que el Ayuntamiento, a la vista de los incumplimientos, traspasó la concesión en 1881 a Eduardo Barral, otro empresario, que fue más realista y propuso un recorrido sencillo por la Acera de Recoletos, Santiago, Plaza Mayor, Lencería, Lonja, Platerías, Cantarranas y Angustias. Los primeros vagones vendrían de Bélgica y podrían transportar hasta 26 pasajeros, doce en el interior y siete en cada una de las dos plataformas exteriores.

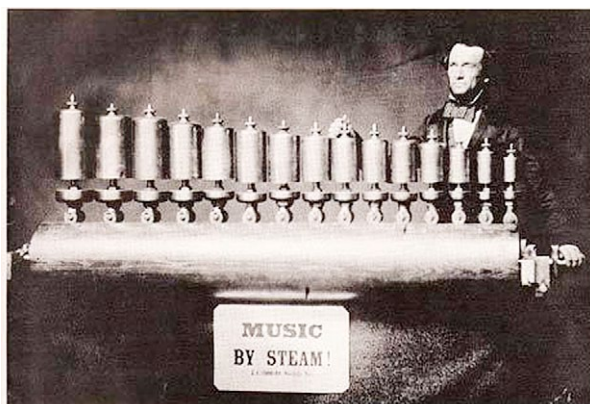
Comenzaba su andadura así, la Sociedad «Tranvías interiores de Valladolid» que duraría hasta la venta de la entidad a la empresa belga de Emilio Cuyllits van Bevaer. Este, a su vez la traspasó en 1901 a una sociedad que se había creado en Bruselas en 1900 para hacerse con el negocio de los tranvías en Valladolid. Finalmente, en 1910 Santiago Alba y Basilio Paraíso crearon la nueva sociedad «Tranvías de Valladolid» con un capital de 1.000.000 de pesetas y el proyecto de electrificar las líneas y suprimir la tracción de sangre. La entidad puso sus oficinas en el Paseo de Filipinos y mantuvo seis líneas con casi 5 kilómetros de recorrido que sirvieron para trasladar a los vallisoletanos durante más de veinte años. En 1933 desapareció la compañía después de haber adquirido con grandes dificultades unos tranvías de segunda mano que llegaron desde Cartagena y que no fueron del gusto de los usuarios. Años

atrás había nacido la Sociedad Anónima de Importación y Ventas que había apostado por los autobuses y que explotaría las líneas del nuevo tipo de vehículos (en muchos casos coincidentes con las de los tranvías). Al no llegar a un acuerdo satisfactorio con el Ayuntamiento fue otra empresa, la Sociedad Anónima de Transportes Automóviles (propiedad del Conde de Gamazo), la que se comprometería a mantener unas líneas fijas y la que se quedaría finalmente con la concesión al fusionarse con la sociedad de los tranvías en 1932.

Las cocheras que albergaron a esos tranvías durante años tendrían un uso triste e inadecuado como prisión durante la guerra civil. De ese modo sórdido acabaría un sueño que duró algo más de medio siglo en la historia reciente de la ciudad.

DE CINE

La musa Calíope —la de la voz hermosa— fue considerada por los griegos como el paradigma de la elocuencia. Su facilidad para expresarse y comunicar fue representada también en la iconografía al mostrar generalmente a una joven sosteniendo una trompeta en una mano mientras mantenía en la otra un libro sobre el que aparecía un reloj de arena. En cualquier caso, y del mismo modo que los ciegos españoles se encomendaban a la Virgen al comenzar a cantar sus relatos, muchos poetas de diferentes orígenes hicieron lo mismo con Calíope al considerarla un dechado de inspiración musical. Incluso, a mediados del siglo XIX, hubo un inventor (ya se sabe que ese siglo fue especialmente abundante en inventos y en patentes), Joshua C. Stoddard, que patentó en los Estados Unidos un instrumento musical al que denominó «Calíope». Lo fabricó en Worcester, Massachusetts, en 1855 sobre la base de un órgano de tubos al que incorporó el vapor sustituyendo al clásico fuelle. Para mejor difundir y vender la novedad creó la American Steam Piano Company, y su primera invención consistió en una caldera de vapor y quince silbatos con notas musicales.



El instrumento era tan ensordecedor y molesto que el Ayuntamiento de Worcester le prohibió tocarlo dentro de los límites de la ciudad. Stoddard quería que su instrumento se usara en las iglesias sustituyendo al órgano, pero fueron finalmente los barcos de vapor los que lo adoptaron más fácilmente. Los primeros Calíopes eran como una caja de música mecánica con un rodillo donde se codificaba el tema musical. Los diseños posteriores incorporaron un teclado para ser tocado por un músico. A partir de 1880 la familia Gavioli, fabricantes de preciosos ejemplares de órganos de feria movidos por vapor, compartió fama y prestigio con otros fabricantes como Marengi y Mortier, creando entre todos una «necesidad» de ambientar las ferias y espectáculos con esos grandes órganos en los que unos muñecos se movían al ritmo de las melodías que los tubos reproducían.

En Valladolid, los hermanos Pradera adquirieron un órgano de Gavioli para el barracón donde se instaló el primer cinematógrafo de la ciudad que tenía dos accesos, uno preferente y otro general.



Algunos experimentos habían tenido ya lugar en diferentes emplazamientos –calle Constitución y plaza de Fuente Dorada– y podría darse como cierta la fecha de 1896 para el primer espectáculo de un Kinetógrafo que traía la empresa Eliseo Express. Un año más tarde se instaló unos días en el Teatro Zorrilla el cinematógrafo de Charles Kalb y otros más vinieron en 1898, como el del Mágico Farrousini, que ya proyectaban sobre la pantalla hasta corridas de toros. Sin embargo quienes mantuvieron con más éxito y duración su negocio fueron los ya mencionados hermanos Pradera, que primero instalaron una barraca, después construyeron un salón y finalmente edificaron un precioso teatro. La primera sesión tuvo lugar en 1900 y se desarrolló al aire libre proyectando sobre una gran pantalla una serie de imágenes. Más éxito tuvieron los Pradera a partir de la construcción del salón porque «el cine público» ofrecía una agradable oscuridad que permitía imaginar y hasta «actuar». Carlos Rodríguez Díaz se refería a ello en unos versos publicados en «El Norte de Castilla» en los que dejaba ver las preferencias feriales de los vallisoletanos:

*Festejo sin novedad,
pero hay quien con ansiedad
el cine público anhela,
«que eso de la oscuridad
nos gusta una atrocidad»,
como dice una zarzuela.*

En 1908 a los hermanos Pradera les vino a hacer la competencia otro grupo de empresarios (Novella, Ibáñez y Torrebadella) que construyó el café Novelty. En el lugar donde estuvo el Novelty, en la calle Santander (hoy Héroes de Alcántara, antes Héroes del Alcázar de Toledo y antes de Isabel II; y mucho antes, de la Tumba —por el cementerio de la iglesia de Santiago—), se instaló luego el Aero Club (ya desaparecido). Tenía el Novelty una entrada privada por la calle de la Pasión por la que llegaban determinados caballeros de la ciudad que no querían ser vistos públicamente. Disponían de un reservado conocido como «el patio de caballos». El café costaba 2 reales los días que no había espectáculo. Cuando lo había costaba 3 reales. Gran éxito tuvieron allí durante mucho tiempo las canzonetistas frívolas «Paca la Pastora», «La Soriano» y «Flor de Mallorca». El director de la orquesta solía ser Juan Liébanos.

Como se puede comprobar todavía el espectáculo cinematográfico se combinaba con otras atracciones pues las imágenes de la pantalla aún no habían conquistado por completo el favor del público. La mayor parte de las producciones cinematográficas de los primeros años del género, generalmente de escasa calidad e interés, se han perdido o se conservan

fragmentadas en algún archivo de rango internacional. Entre los programas que aún pueden encontrarse de los cines de Valladolid anteriores a 1920 sobresale la cinta muda «Las aventuras de Catalina» (The adventures of Kathlyn) protagonizada por la actriz Kathlyn Williams y dirigida por Francis J. Grandon en 1913. La película se proyectaba por capítulos en el Teatro-Cine Hispania (inaugurado en 1915 en la calle Muro sobre lo que fue el frontón Fiesta Alegre) e incluso fragmentada en los intermedios de las comedias que se representaban en la misma sesión, combinando filmes de aventuras como el de «Las aventuras...» con comedias y dramas de época, y teniendo una duración total de dos horas y media en la sesión «vermut» (la primera sesión solo duraba una hora). Todos los pases comenzaban con música y los precios oscilaban entre los más baratos de 0,15 céntimos y las entradas preferentes de 4 pesetas.

Cuando el cinematógrafo se consolidó ya como invención popular y el público se acostumbró a sentarse en butacas individuales para «ver» un espectáculo con mayúsculas, el papel vino a prolongar la ilusión de las escenas imaginadas sobre la pantalla, aportando como complemento a los espectadores que asistían a las sesiones pequeños programas de mano, fotogramas de determinados pasajes de las películas que se podían contemplar en el zaguán de entrada, cantables para memorizar las melodías que se escuchaban en la cinta, revistas para ensalzar a actores y actrices o carteles de gran formato que ayudaban a rememorar lo mejor de cada película y se conservaban finalmente como parte de una biblioteca peculiar y personal.

A partir de los años 40 comienzan a crearse los departamentos de publicidad, luego llamados gabinetes de comunicación, que se encargaron de magnificar, cuando no de manipular y engrandecer artificialmente las cualidades de un producto. A veces incluso la publicidad hacía uso de la amenaza, como cuando se aconsejaba a un empresario que reservara una superproducción y se añadía la coletilla: «Si no lo hace, peor para usted». O del engaño, como cuando se pretendía convencer al espectador de que Luis Prendes, galán de moda, era guapo. Se impuso la era de la publicidad exagerada o falsa, la era de Hollywood, que transformaría nuestras vidas.

Buena parte de esa transformación tuvo un reflejo en nuestra educación, pues el amor, el humor, el misterio, el terror, las creencias, las aventuras, la historia, acompañaron nuestra infancia y juventud como ritos de paso a través de los títulos y temáticas más diversos. Tal vez alguien echase de menos en la época temas como la violencia o el sexo, tan cotidianos y presentes en nuestros días, pero es que el período de tiempo inicial aún no había dado paso a esa nueva cultura cinematográfica en la que iban a predominar los gustos de las élites americanas triturando la influencia de Francia o Alemania.

Todo esto se produjo entre los años 20 y los 70 del siglo pasado, creando un «estilo» publicitario muy particular que ya es historia. Miguel Mihura, fundador de La Codorniz, se inventó en 1942 un *slogan* para la famosa revista de humor: «Donde no hay publicidad, resplandece la verdad». Tal vez se habría podido completar la frase: «Pero sin ella no se vende nada».

UNA INSTANTÁNEA HISTÓRICA



Más de una docena de vallisoletanos que dedicaron su vida a la política desde el siglo XIX, alcanzaron la categoría de ministros. Se podría asegurar que el más querido por sus cualidades así como por su permanente dedicación a la provincia fue José Muro. Nacido en Valladolid el 21 de diciembre de 1842, fue bautizado en la iglesia de San Martín. Hizo sus primeros estudios en el Instituto, emprendiendo después la carrera de Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad Literaria, donde llegó a ser profesor auxiliar en la cátedra de Metafísica. En 1865 se incorporó al Colegio de Abogados de la capital, interviniendo en numerosos casos, pero especialmente en la causa que se siguió por la quiebra del Banco Castellano que acabó en una crisis económica de gran calado. Tras obtener en 1870 la cátedra de Geografía e Histo-

ria del Instituto vallisoletano entró en política, siendo elegido Diputado a Cortes en 1871 con tan solo 29 años y nombrado posteriormente ministro de Estado en 1873 bajo la presidencia de Pi y Margall. En 1894 fue reconocido como hijo predilecto de la ciudad por el Ayuntamiento de Valladolid, que además le dedicó una calle, una de las que prolongaban hacia el sur la capital desde la vía del Duque de la Victoria. Su fallecimiento en Madrid, el 18 de junio de 1907 fue lamentado por toda la sociedad española pero muy especialmente por los habitantes de Valladolid quienes tuvieron oportunidad de conocerle y tratarle pues, a las virtudes de la discreción y defensa de sus ideales, unió Muro la cordialidad y la corrección en el trato con sus conciudadanos. Amigo de Ricardo Macías Picavea con quien compartió ideas e ilusiones, llegó a escribir incluso con él un texto, titulado *Apuntes didácticos de Historia Universal, por dos catedráticos*²⁹, en cuya obra se extendían ambos en reflexiones y apuntes acerca de acontecimientos históricos más o menos recientes.

Podría decirse que su muerte causó una enorme sensación y profundo pesar en Valladolid y que su entierro, recordado en la foto que encabeza este artículo, fue uno de los más multitudinarios y sentidos que se recuerdan en la historia vallisoletana de los dos últimos siglos. El Norte de Castilla reconocía que la vida le había concedido «el altísimo goce del amor de los suyos, del cariño de sus amigos, del entusiasmo de sus partidarios, del afecto de sus paisanos y del respeto de todos». En su testamento, Muro pedía un entierro modesto,

29 *Apuntes Didácticos para la Enseñanza de la Historia Universal por dos Catedráticos*. Valladolid, Gaviria, 1882.

sin ostentación alguna, que no se admitiesen coronas ni se repartiesen esquelas y que su cuerpo fuese trasladado a Valladolid donde habría de dársele tierra en el panteón familiar al lado de su esposa.

El féretro viajó en tren desde Madrid y recibió el acompañamiento, a partir de Medina del Campo, de numerosos correligionarios del partido Republicano. Una vez llegados a la estación del Norte, el alcalde se hizo cargo del sencillo ataúd y de sus llaves y a través de las calles de la ciudad (carretera de la Estación, paseo central del Campo Grande, calle de Santiago) fue llevado a hombros hasta la Plaza Mayor para ser depositado en el nuevo Ayuntamiento, ya terminado pero no inaugurado oficialmente. La capilla ardiente fue instalada en uno de los salones del ala izquierda y a partir de las 8 de la mañana fue pasando el numerosísimo público –calculado en más de 10.000 personas– que quiso dar el último adiós al político vallisoletano. Hacia las 6 de la tarde, y abriendo la comitiva una escolta de la guardia municipal montada a caballo, se inició la marcha hacia el cementerio precediendo al féretro los asilados del Hospicio, de la casa de Beneficencia y del asilo de la Caridad, a los que seguían serenos y guardias municipales, una brigada de obreros del Ayuntamiento y los empleados del Casino Republicano llevando blandones. A los lados del ataúd, familiares, autoridades y amigos se abrían paso en medio de una gran multitud que quería tributar su respeto y cariño hacia Don José Muro, Pepe Muro como le llamaba casi todo el mundo, en su último recorrido por la ciudad que le vio nacer. Una vez enterrado el político vallisoletano en el panteón de hombres ilustres, su compañero de partido y Di-

putado, don Gumersindo de Azcárate, que había ostentado la representación del Presidente del Congreso, emprendió viaje a Madrid en el coche de Isidro Rodríguez Zarracina (conducido por él mismo) y acompañados por Julio Guillén —padre de quien sería años más tarde reconocido como uno de los grandes escritores vallisoletanos, el poeta Jorge Guillén—.



LARGA VIDA AL CÍRCULO



Fachada del Círculo de Recreo que da a la calle del Duque de la Victoria

El edificio que actualmente ocupa el Círculo de Recreo –entidad fundada en 1847– está emplazado en el solar que hace esquina entre las calles de la Constitución y Duque de la Victoria. Construido en 1901 sobre el espacio que ocupó la anterior sede de la entidad, que hubo de derribarse por problemas estructurales, constituye uno de los más hermosos edificios de la ciudad en orden a su carácter histórico y estético. Proyectado por el arquitecto Don Emilio Baeza Eguiluz –quien por la situación de esquina del edificio decidió

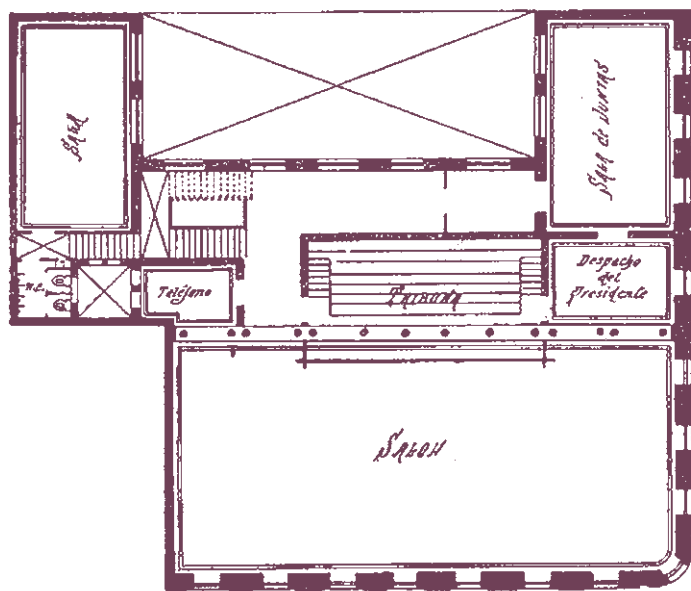
culminarlo con un torreón cubierto con cúpula bulbosa-, estaría, por su construcción, dentro de los requisitos que siempre tuvo en cuenta la legislación existente como imprescindibles para su declaración patrimonial –tener más de 100 años de antigüedad, entre otros-, pero añadiría un valor cultural intrínseco derivado de su belleza estructural y de su estilo, muy influido por un eclecticismo de época sin abandonar los cánones neoclásicos de la *École de Beaux Arts* parisina.

Uno de sus mejores conocedores, el arquitecto municipal de Valladolid don Juan Agapito Revilla describía así los materiales empleados en la construcción: «Se emplea el granito de Villalba en los zócalos y la piedra de Campaspero en la parte inferior de los machos de la planta baja. El resto se hace de ladrillo ordinario cubriendo el detalle de molduras y relieves con cemento y dejando los fondos lisos de ladrillo fino prensado. Se emplea la fundición en columnas y las viguetas laminadas en suelos. Las vigas maestras que sostienen el piso superior al gran salón están formadas de chapas de palastro y escuadras, dando una altura de 50 centímetros. Ese suelo constituye el elemento de construcción de más estudio y atención de todo el edificio».

Los adornos de la fachada y la ornamentación del edificio se deben al escultor zaragozano Dionisio Pastor Valsero. Destacan –escribe Casimiro García Valladolid en la descripción que hace del inmueble– «a ambos lados de la ventana del último piso sobre la puerta principal, dos estatuas de gran tamaño que representan la Agricultura y el Comercio. Encima, un frontón semicircular rematado con un mascarón; bajo él

pueden verse dos geniecillos semidesnudos sosteniendo el escudo del Círculo de Recreo».

Aunque en principio se dedicó la planta baja para comercios debido a que la zona era una de las más solicitadas y propias para tal fin, desde 1914 se aprovechó el espacio para crear un salón utilizado por los socios para tertulias y diversos servicios, como una cafetería.

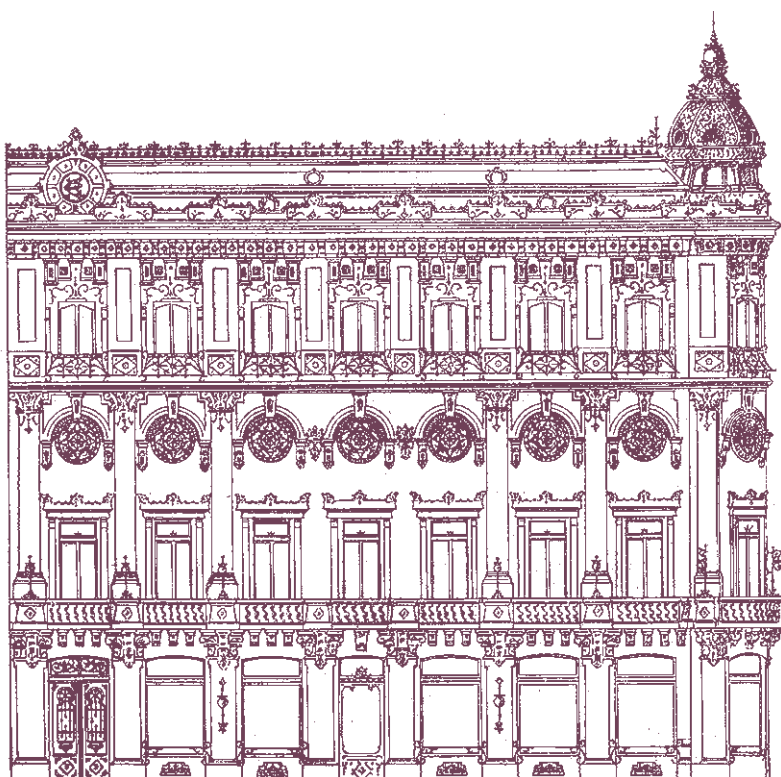


Plano de uno de los pisos

El salón principal del primer piso, de 23 metros de longitud, 10,70 de luz y 8 de altura, además de poseer una tribuna que permite aumentar la capacidad del espacio, está adornado con pinturas de Eugenio Oliva Rodrigo representando

diversos hechos históricos relacionados con la ciudad de Valladolid, uno mostrando la apoteosis del poeta vallisoletano Don José Zorrilla y otros figurando a los condes Don Pedro Ansúrez y su esposa Doña Eilo examinando los planos de la iglesia de Santa María la Mayor; un ángulo del patio del Colegio de San Gregorio; el Verano; el Invierno; y los retratos del Rey Don Felipe II, Cristóbal Colón, Miguel de Cervantes, Juan de Herrera, Don Rodrigo de Villandrando, primer Conde de Ribadeo, Don Juan de Matienzo, Don Luis de Mercado, Don Diego Valentín Díaz y Don Juan Arfe y Villafañe. En el techo hay una alegoría en que figuran el dios Apolo y la diosa Terpsícore, la Música, el Amor y la Gloria.

La preciosa estantería de la biblioteca –otra de las salas nobles del Círculo– es de nogal tallado, estilo Luis XV y fue la misma que hubo en la biblioteca del antiguo edificio, ampliada convenientemente por el entallador Don Claudio Tordera. En lo que respecta a la decoración artística, fue encomendada al pintor vallisoletano Don Leovigildo Benito, quien encargó al señor Oliva la pintura de las figuras del techo cuyos temas son un genio impulsando a las Ciencias, a las Artes y a la Historia, en el centro, y a los extremos la Lectura y la Escritura, realizando el mismo Leovigildo Benito los adornos de las demás dependencias.



Fachada que da a la calle Constitución

YA VIENEN LOS REYES

Entre los recuerdos de nuestra infancia lejana, están aquellas navidades en que, tal vez para amargarnos las vacaciones, se nos amenazaba con la idea de que los Reyes Magos sólo nos traerían carbón si éramos malos. A mí me preocupaba –inocente que es uno– la posibilidad de que los blancos guantes de Melchor se mancharan, porque acostumbrado como estaba yo a ver a los carboneros trajinar como negras cogujadas cargando los sacos hasta el sótano de casa, me parecía que tenía que ser Baltasar el rey destinado a repartir ese tipo de castigos psicológicos. Asociar lo negro con lo malo debe ser tan antiguo como el negar que nuestros antepasados vinieron de África o que tuvieron un primo que salía en la etiqueta del anís del mono. Los antropólogos, que siempre encuentran explicación para todo lo que nos sucede en la vida, dirían que el límite entre el bien y el mal debe estar lo suficientemente nítido como para no dejarnos dudas: pisar raya o caer fuera del espacio dedicado al juego nos sacaría de la sociedad y perjudicaría nuestra formación.

Pensar que alguna vez pudimos ser negros introduciría en nuestros cerebros una especie de neumooniosis que alteraría la percepción de la historia y nos descolocaría gravemente.

Y sin embargo ¿quién podría decir que está libre de contaminación, y menos hoy que nuestras ciudades están condenadas a mancharse con esa oscura niebla fabricada por el hombre? La mistificación de las historias, la inoculación de prejuicios y el inficionamiento de las costumbres son tan antiguos como la misma vida. El siglo pasado, ese período de tiempo tan inútil como nuestro, transcurrió entre guerras y mentiras dividiendo a la humanidad en dos grandes grupos, los que vivían en desproporcionadas y populosas urbes donde el pasado no podía existir y los que habitaban en el pasado muy a su pesar. El siglo xx sirvió para mezclar todo eso y para fundirlo en un crisol que transformó en escoria cualquier pureza que hubiera podido salir alguna vez de la mente del individuo. Todavía este siglo xxi, tan raro y tan convulso, nos regala con imágenes en las que agentes de seguridad vigilan fronteras y pretenden que algunos seres humanos de color distinto al suyo, al menos aparentemente, no las traspasen.

Todo está escrito y lo que no está impreso está hablado en cualquier tertulia de la televisión. El granadino José María Carulla se molestó en escribir la Biblia (al menos algunos de sus más populares pasajes) en verso y aunque algunas de las coplas le quedaran discretas, en la mayoría le pudo la evidencia más prosaica:

*«Nació Nuestro Señor en un pesebre:
donde menos se espera salta la liebre»...*



Acaso esa «evidencia» sólo la vemos en los demás y nos cuesta mucho reconocerla en nuestro propio comportamiento. En el vecino vemos todos los defectos, que para eso está, para criticarle y para convertirle en chivo expiatorio de nuestros propios errores. Pero ¿en qué cabeza cabe que vayamos a confesar que hemos sido malos? ¿Qué niño es tan tonto como para caer en la trampa de declararse culpable? ¿Qué delincuente no es capaz de proclamar a los cuatro vientos su

inocencia? Todos pondremos los calcetines o los zapatos a la ventana o en la chimenea porque estamos seguros de que algo de lo que traiga San Nicolás, Santa Claus, el Niño Jesús, los Reyes Magos o la Befana italiana será para nosotros.

A partir de ahora, sin embargo, preveo unanimidad en el reparto general. El corona virus, el cambio climático, la guerra, el terrorismo, los nervios, los malos modos, las envidias, las «malas prácticas», las mentiras, la delincuencia de guante blanco (y no el de Melchor, precisamente), la pirámide de Ponzi, el precio del petróleo, el fracking demencial, la insolidaridad, el materialismo, el odio, la política mal practicada, la religión mal entendida; en suma, la tontería generalizada, nos lleva de cabeza a una solución ecuánime, armónica y equilibrada: carbón para todos.

OTROS LIBROS DEL AUTOR SOBRE VALLADOLID

-*Catálogo folklórico de la provincia de Valladolid* (con Luis Díaz y José Delfín Val). Diputación Provincial de Valladolid, 1978-1982.

-*Temas del Romancero en Castilla y León*. Excmo. Ayuntamiento. Valladolid, 1980.

-*El Duque de Marlborough en la tradición española* (discurso de entrada en la Real Academia de Bellas Artes). Valladolid, 1982.

-*Cien temas infantiles*. Centro de Estudios Folklóricos y Excmo. Ayuntamiento. Valladolid, 1982.

-*Otros cien temas infantiles*. Centro de Estudios Folklóricos y Excmo. Ayuntamiento. Valladolid, 1983.

-*Instrumentos Populares*. Caja de Ahorros Popular. Valladolid, 1986.

-*Danzas y Bailes*. Caja de Ahorros Popular. Valladolid, 1988.

-*El traje en Valladolid según los grabadores del s. XIX*. Real Academia de Bellas Artes. Valladolid, 1989.

-*La Pastorada* (con José Luis Alonso Ponga). Caja de Ahorros Popular. Valladolid, 1989.

-*Valladolid*. Edilesa, 1990.

-*¡Qué zorro eres!* Ed. Paulinas. Valladolid, 1991.

-*Leyendas tradicionales*. Ámbito, Valladolid, 1996.

-*La Navidad en la Tradición*. Universidad de Valladolid, Valladolid, 1997.

-1898. *Crónica ilustrada de un año*. Libro Catálogo de la Exposición. Universidad de Valladolid/Banco Santander, 1998.

-*Doctorado Honoris Causa: «Excelencia de la voz como medio de transmisión y comunicación»*. Universidad de Valladolid, 2006.

-*Valladolid hace cien años*. Editorial Castilla Tradicional, Urueña, 2008.

-*El Campo Grande, un espacio para todos (Coord.)* Editorial Castilla Tradicional, Urueña, 2009.

-*Diseño gráfico en el comercio de Valladolid* (con Juan Hormaechea y Juan Antonio Moreno). Fundación Joaquín Díaz, Urueña, 2009.

-*Álbum de Valladolid*. Editorial Castilla Tradicional, Urueña, 2010.

-*Enciclopedia de la industria y el comercio de Valladolid*. (con José Delfín Val) Cámara de Comercio de Valladolid, 2011.

-*Escaparates: 200 años de Comercio e Industria en Valladolid* (Catálogo de la exposición) Diputación Provincial de Valladolid, Valladolid, 2013.

-*La abuela de Julio César*. Colección de cuentos «La Osa Mayor». Diputación de Valladolid, Valladolid 2017.

-*Valladolid sobre ruedas*. Edición digital. Fundación Joaquín Díaz, Urueña, 2021.

-*Miradas del pasado*. Ayuntamiento de Valladolid, Valladolid, 2021.

-*La imprenta en Valladolid* (Catálogo de la exposición) Ayuntamiento de Valladolid, Valladolid, 2022.

PASEANDO
POR LA
MEMORIA
VALLADOLID ANOTADO
JOAQUÍN DÍAZ



Ayuntamiento de
Valladolid

